¡LAS POQUIANCHIS!

Elisa Robledo

EL CASO CRIMINAL MAS ESPELUZNANTE JAMAS OCURRIDO EN MEXICO

SELECTOR

Elisa Robledo

¡LAS POQUIANCHIS!

OBRA PUBLICADA
INICIALMENTE CON EL TITULO:
¡Por Dios que así fue!

SELECTOR
actualidad editorial

© Derechos Reservados (D. R.)
1980 por Compañía General de Ediciones,
S. A. de C. V.
Mier y Pesado 130, Col. del Valle
03100 México. D. F.

Prohibida la reproducción, parcial o total de esta obra, por cualquier medio, sin permiso expreso por escrito de los escritores y de la autora.

ISBN: 968–403–431–8

Quinta reimpresión: Abril de 1993

Características tipográficas aseguradas conforme a la ley. Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra sin autorización de los editores. Impreso y encuadernado en México. Printed and Bound in México.

PROLOGO

Las Poquianchis son parte real de nuestro tiempo. Constituyen un caso extremo y muy revelador, materia rica para encontrar la entraña de nuestras contradicciones. La palabra pueblo asume en ellas resonancias significativas, un modo vivo de comprensión que, alejado de los datos verídicos, no sería más que leyenda oscura.

Delfina y María de Jesús González Valenzuela, quince mujeres en estado de desnutrición avanzada y tres menores entre cinco y siete años de edad, fueron capturados el doce de enero de 1964. Las mujeres rescatadas hablaron de torturas, muertes, aberraciones sexuales, trata de blancas y un penoso secuestro. Se calcularon en cientos los muertos, entre mujeres y fetos. La noticia prendió como pólvora, hasta alcanzar magnitud internacional.

A partir de estos hechos, surge una historia abrumadora en donde vemos latir a los personajes llenos de fuerza, hacer proyectos y entregarse a los mecanismos morales aceptados en México. Sus testimonios pecan de humanos. Júzguelas como se las juzgue, las Poquianchis vivieron, actuaron, aceptaron un orden y se movieron dentro de él. Las ambigüedades no son sólo suyas: acabaremos por aceptar que, de algún modo, son parte nuestra.

1

nos agarraron en curva

Le dan a uno ganas de borrarse del mapa.

Señales mudas con el arma, que si es M-1, más llega.

Protegida dentro de la patrulla, suspiré y saqué mis cigarrillos del portabustos.

Yo, María de Jesús o Manuela González Valenzuela, apodada la Poquianchis, tengo bien presente el día que perdí mi libertad. Los pájaros me anunciaron los primeros amaneceres tras las rejas, pero ellos en vuelo y yo tras la jaula. Acurrucada entonces junto a mi hermana Delfina, buscaba un poco de calor en la fría humedad del invierno en San Francisco del Rincón, Guanajuato. La luz tempranera espantaba las sombras de la celda cuando le di un leve codazo a Delfina para pedirle otro cigarrillo. Teníamos la boca seca y el tufo a nicotina. Ni modo, eso era lo único que habíamos comido en el encierro: humo. Las bocanadas dibujaban fantasmas y diluían sueños. Aquel frentazo con la realidad le hubiera hecho dar la vuelta hasta al más pintado.

Pisadas de los guardias por el pasillo me cimbraron las asentaderas y le dije a Delfina:

—Ya vienen otra vez, manita, vamos a pararnos.

Nos sacudimos las faldas oscuras y cubrimos los cabellos con un chal, enlutadas por la muerte de mi sobrino el Tepocate. Para esa negra ocasión no podíamos estar mejor trajeadas.

¿A dónde vamos, a dónde?, pregunté cuando en vez de judiciales un grupo de soldados con casco, traje

verde olivo y rifle hicieron valla frente a los barrotes de la puerta. El rechinar del fierro fue la única respuesta. Señales mudas con el arma, que si es M-1, más llega. Pa' qué preguntar, si presentía que íbamos derechito y sin rodeos, rumbo a la tiznada.

Fuimos a dar a la calle donde una multitud nos seguía con ojos hambrientos. Semanas antes éramos unas cualesquiera y luego, asunto internacional. Extraña sensación de monigotes de feria, donde un castillo de pólvora se enciende de un chispazo, arroja llamaradas y cubre el lugar con lenguas de fuego:

– ¡Viejas malditas! –Una trompetilla.

– ¡Judas Iscariotes! –Una mala seña.

– ¡Engendros del mal! –Varias leperadas.

– ¡Ahorquenlas! ¡Mátenlas! ¡Quémenlas con leña verde!

¿Más quemadas nos quieren ver, jijos?, vociferaba quedito para no hacer más borlote. El gesto angustioso de mi hermana me hizo tragar de golpe la saliva. Merecía mi respeto por ser doce años mayor. Miré hacia los soldados que nos flanqueaban el paso.

–Ay, ¿cómo será la gente, no? –comenté buscando un poco de compañía.

– ¡Cómo serán ustedes! –nos sentenció alguno sin más ni más.

Respingué cuando un barquillo de nieve, de limón o de mentada, se me estampó en la espalda. Los manoteos de los curiosos me alcanzaron a jalar el suéter y yo trataba de quitármelos de encima. Una cáscara de naranja me cayó en la cabeza, seguida de

una lluvia de pepitas de melón. No sé si dolían más los dichos o las acciones, pero la vergüenza y la impotencia son cosas que, palabra, lo hacen a una sentirse con ganas de borrarse del mapa.

Periodistas de varios países, gueros, pelirrojos, de ojos claros o achinados tomaban notas y fotos por todos lados. Qué importantes somos. ¡Hasta autógrafo me pidieron en la inspección! ¿Es burla, o qué?, les dije bien claro.

Y dónde que voy reconociendo entre la gente al Pelón Casillas, un asiduo cliente del burdel que yo tenía en León. Fue casi ayer que llegó borracho con la mujer a un lado y la hija al otro. Las traía prendidas del brazo y me las paró enfrente para luego gritar:

– ¡Acércate Poquis! ¡Dale unas lecciones a mi vieja que no sabe ni cómo bajarse las enaguas! ¡Enséñale a ser hembra, pues'n. . .! Y también que mi hija tome conocimiento, pa' que llegue a ser mujer cabal. ¡Orale pues'n. . .!

El mustio me miraba feo, protegido por la multitud se paraba el cuello y hasta casto parecía el muy cabrón. ¡Casillas, apóyame ahora que lo necesito!, pensé. Nada, qué. Era inútil. Caras vemos, corazones no sabemos.

La cuadra se hacía interminable y ya había reconocido a otras caritas más cuando al fin nos metieron a una patrulla. ¿Qué les costaba haber colocado el auto a la mera salida de la cárcel? Mejor exhibirnos para recibir hasta veintes por la función a nuestras costillas.

Abusan del poder, caray. Ni estando una moribunda les puede perdonar estos detallitos.

Protegida dentro de la patrulla suspiré y saqué mis cigarrillos del portabustos. Me acordé de mi padre leyéndonos la Biblia. ¡Claro! El pasaje mismo de *el que esté libre de pecado que tire la primera piedra*. . . Pero aquí no hubo defensor y en vez de piedras eran guayabazos. Pobre de mi padre, las cuatro hermanas le resultamos unas perdidas. El camino lo traza uno, sí, pero las vueltas de la vida la ponen a una como el revés de un comal.

—¿A dónde nos llevan, Miguel Angel? —le pregunté al jefe de grupo de la Policía Judicial de León, quien iba en el asiento delantero de la patrulla.

—Ya verás —me dijo de reojo.

Qué chiquito es el mundo y más cuando se vive en un pueblo. A Miguel Angel Mota lo conocí desde que era juez de barandilla. Entonces sí que era mi cuate, y más cuando yo le invitaba copas, como lo hacía con todas las autoridades para quedar bien. Y de refilón, él era el cuero de mi comadre Estela. Que ella lo diga si no, era bien generosa con su cuerpo, cachuchera. Todo le salía gratis, hasta se quedaba a dormir en mi casa. Y ahora, en vez de agradecer, llevaba la batuta de este asunto para refundirnos. ¿Por qué, Mota, por qué?

Recordé la última vez que lo vi, ya era judicial. Estaban de testigos mis abogados Aysa y Contreras cuando Miguel Angel revisó los inmuebles que recuperé durante un juicio de mi casa en León y dijo:

—Poquis, estás bien ricacha, mira nomás todo lo que tienes aquí. De haber sabido que tenías tanto, soy el primero que te chingo y me quedo con todo esto.

Por la ventanilla del coche vi la plazuelita de Purísima de Bustos, con su kiosco blanco. Seguimos derechito para pasar por la ranchería del Tecolote, con sus casas de adobe y una cruz de la iglesita que coronaba el lugar. Continuamos entre las líneas de arbustos secos de frío y después de cinco minutos de andar en carro llegamos a la granjita de San Angel, una propiedad de cuatro hectáreas mías y 19 de Delfina. Primero pensamos en hacerla casa de campo y hasta alberquita le mandé poner. Luego mi hermana le compró una concesión a su yerno, Primitivo Rosales, amigazo del diputado Heliodoro Hernández, para fincar una gasolinería pero de ahí nos sacaron derechito al bote y los documentos desaparecieron en el juzgado.

Al bajar del vehículo se amontonaron otra vez los curiosos que merodeaban la granjita, salte y salte por aquí y por allá, entre hoyos y peones que escarbaban pala en mano. Montones de tierra y polvo. A Delfina la sentaron bajo un ahuehuete y a mí me indicaron, con el cañón del fusil en la costilla, que caminara rapidito hasta colocarme junto a una de las excavaciones. Luego adiviné: ¡Claro, ya sé lo que me van a hacer, si lo vi en las películas, se trata de un fusilamiento!

—Párese ahí —me dijo un judicial indicando que me acercara más a un hoyo de medio metro de pro-

fundidad, donde quedé de espaldas a los hombres armados.

—¿Me van a matar, verdad?

—Sí —respondió tajante.

La verdad es que unas lágrimas me traicionaron, era demasiado para un sólo día. Empecé a rezar:

—Padre mío, recibe mi alma. No fui buena, la verdad. Fui muy puta. Putísima. Me diste licencia y traté de ser justa. Te ofendí mucho pero, perdóname, ¿si?... Ya que me voy de este mundo, mejor te doy cuentas a Ti y no a esta bola de desgraciados.

Con la voz toda sofocada del susto, le dije al inspector:

—Oiga, yo he visto en el cine que a los condenados a muerte se les concede una última petición. ¿Puedo?

—Sí, claro, ¿qué quiere?

—Mire, allá enfrente, cruzando la carretera, vive don Angel, un peón que me ayudó a cavar el pozo en la granja para surtirla de agua. Quiero dejarle mi bolso.

Traía conmigo dos billetes de a mil, un rosario de plata y mi licencia de manejo. Me quité la medalla y mis dos anillos (me aseguraron que eran de oro cuando me los vendieron) y mi reloj. Quizá, al saber mi sobrina Estela Soto que nos habían dado en la madre, vendría a darnos el último adiós.

—Déjeme entregarle esto a don Angel, para mi sobrina.

—No se puede hacer —dijo el hombre—, no se mueva de aquí.

Miré hacia los soldados y encontré a uno de esos tipos que todo les queda mal: el casco grande y detenido con sus pobres orejas, el pantalón tan justo que mostraba sus miserias y la camisa arrugada. Uno de esos seres que se ve que no dan golpe en la vida.

—Oiga usted, pssst, usted.

—Dígame señora.

—Se ve medio jodidón, tome esto y espero que le sirva.

—Gracias, señora, gracias.

—Bueno —dije inflando el pecho—, ¡que venga el primer plomazo!

Ni ruido.

La voz ronca del inspector irrumpió ordenando que me volteara para quedar frente a ellos.

—Mire qué canijo, quiere que caiga boca arriba para que los zopilotes me coman los ojos. No, gracias. Mejor apúrenle porque el chispazo de valentía se me va. Jalen el gatillo de una vez.

Que me apunta al pecho el viejo que traía la metralleta M-1 y... ¡Purrum!

Me sentí congelada a pesar del calorón.

El tronido no era de arma sino de cámara... el clic de fotos. Poses para la prensa. Sustazo en balde. De remate me pusieron a las otras viejas detenidas para que me golpearan frente a los periodistas. Puro teatro.

Alguien ordenó que me devolvieran la bolsa. Metí mi carterita en el pecho. Cuando llegué a los separos de la Judicial, en León, dijeron que pusiera mis pertenencias sobre el escritorio y adiós bolsa.

Me explicaron que me habían llevado a la reconstrucción de los hechos y que los hoyos eran para sacar cadáveres de fetos y mujeres calcinadas.

—Firme la declaración rendida en la reconstrucción de los hechos —me ordenó el secretario, cara de cepillo.

—No firmo y no firmo. Mi condena que la firme su abuela.

—La voy a amonestar —me repitió de vuelta.

—Me vale.

¿En dónde empezó la salazón?, me preguntaba de regreso en mi celda. ¿De dónde salió? Con el cigarrillo en la boca, empecé a retroceder el tiempo.

Recordé que seis años antes de nuestra captura, llegaron a talonear en mi burdel en León dos muchachas muy bonitas de Ciudad Juárez. Mi amigo el taxista las había llevado a otros prostíbulos y no les habían parecido. Pero como el mío estaba arregladito y limpio, con boxesprings y colchas afelpadas en cada cuarto, les gustó el lugar.

Las observé y a primera vista se veían muy jovencitas: una de 20 años y la otra como uno menos. Les advertí que Salubridad no admitía menores de 21 años, que multaban a la dueña con 500 pesos.

—Señora, ya somos de mucha experiencia —aseguraron.

—Pidan la tarjeta a ver si se las dan.

Javier García, de Salubridad, consciente de que no tenían la edad de ley, las aprobó y dijo que en una semana entregaran su fotografía. De noche en mi casa, estaban muy arregladitas cuando llegaron unos tejanos que parecían roperos de lo altos, con bota de montar y pañuelo al cuello. Vieron a las güeritas y les encantaron: estaban nuevas y eran las más bonitillas. Tomaron vino juntos y luego sacaron cien dólares para cada una si los acompañaban a la recámara. A mí me dieron 500 pesos por dejarlos tomar bebida en el cuarto.

El cantinero que entraba a servirles copas fue el primero que corrió con el chisme a las demás viejas. Yo las espié por un cerrojo de esos grandes, donde cabía una llavesota antigua y ¡madre mía!, estaban haciendo chorro las dos. Se mamaban el pecho entre ellas y se ensartaban las piernas quién sabe cómo. Viejas cochinas y atascadas, me alejé murmurando, estas cínicas me van a salar la casa.

Llegaron luego las demás a mirar por el ojo de la cerradura, risa y risa.

Al otro día que se fueron los tejanos, amanecieron muy contentas porque se iban al centro a gastar los dólares. Las llamé:

—Oigan, ¿qué estaban haciendo que todos andaban mirándolas?

—Ah, señora, esto se acostumbra mucho en Ciudad Juárez, por eso hasta nos pagaron en dólares. Aparte,

a usted también le fue bien con la propina, ¿verdad?

—Sí, pero a mí no me pareció porque dice una conseja que eso da salitre a los burdeles, así que mejor se van de aquí. Precisamente hoy temprano me llamaron unas muchachas que vienen a la feria del 20 de enero y necesito su cuarto.

Ese día se fueron a *La Casa Amarilla,* situada en la zona de tolerancia. Me vinieron a contar luego que le iba mal a Mario, el dueño. Yo bien sabía por qué. Hasta la fecha me da coraje ver viejas chanclas.

Esa fue la primera ave de mal agüero, la segunda empezó cuando estaba arreglándome en mi recámara. Serían las cinco de la tarde cuando llegó Luz (una de las que trabajaban conmigo) a decirme que aguardaba un cliente dispuesto a pasar, siempre y cuando no permitiera entrar a nadie más, que consumía mucho y pagaba bien.

—¿Pos quién es?

—Es el sacerdote de la parroquia de León, viene con su sacristán.

—Ay, ¿pero cómo? Yo no lo puedo aceptar aquí, soy católica.

No encontré la disculpa para correrlo.

—Al fin y al cabo es en la tarde —me apoyó Luz—. Dicen que oscureciendo se van para que no los miren.

¡Vieran al padrecito! Hagan de cuenta un padrote, bailando al son de la rocola a todo tren, el ese *suing* y el *buguibugui*. Agarraba a las muchachas por la cintura con un brazo y con el otro cual timón las traía

vuelta y vuelta, alzando un pie para atrás y otro hacia adelante. Les ponía sus besotes y les acariciaba todo lo que se podía. Eso sí, no vi que se metiera al cuarto con alguna de ellas, pero el sacristán sí. Olvidé el nombre del sacerdote, pero tenía una cicatriz en la mejilla. A lo mejor sigue oficiando en la mera parroquia de León.

Traía un costalito lleno de morralla, de las limosnas que recogía. Llenaba la sinfonola de monedas y a mí me pagaba con cerritos de pesos. Sentí feo y la tercera vez que regresó, de plano ordené que amablemente le dijeran que mejor no pasara.

De ahí vino la mala racha, y lo que siguió fue terrible, hasta que me condenaron a 40 años de prisión.

Al inicio de estas confesiones cumplo 17 años de sentencia. De las tres hermanas, Delfina se murió en la cárcel de Irapuato, Luisa está loca y yo parece que tengo la concha más dura que la de un armadillo, porque sigo cuerda y quiero decir las cosas de corazón para que me juzgue el lector. Me han tratado con un odio infinito y por eso desconfío hasta de mi propia sombra. Quiero que se sepa todo antes de que me muera. Delfina, desde donde Dios la haya puesto, me sabrá comprender.

Espero que la señorita reportera, en quien confío a pesar de que pertenece al gremio que ni cachito me dejó, descubre cuántos heridos, muertos y desbaratados hubo aparte de los que yo diga. A ver si logra llegar a los expedientes que guardan bajo cuatro llaves

para que conozca el guateque que se armó, nada más que todo lo ocultan porque, como ya sabrán, muchos tienen su milagrito colgado en esta historia. Para empezar, ¿por qué los hombres del gobierno no me defendieron un poco si tantos se quedaron a dormir conmigo?

La verdad es que unas lagrimas me traicionaron. . .

¡Claro, si lo vi en las películas, se trata de un fusilamiento!

2

según el sapo, es la pedrada

¡MUERTE A LAS POQUIANCHIS!

El primer paso consistió en husmear los archivos periodísticos para ver qué tanto escribieron los colegas acerca de esta historia. Oh, sorpresa: en enero de 1964 en que fueron capturadas las Poquianchis, la revista *Alarma* tenía un tiraje de 140 mil ejemplares semanales y debido a este escandaloso proceso, en sólo tres meses alcanzó la fabulosa cantidad de medio millón de revistas. Prácticamente esas mujeres son las madrinas de su éxito, y ni una caja de bombones, ni siquiera una palabra gentil han recibido por parte de los editores.

Como en todas las historias corregidas y aumentadas hay héroes y villanos, *Alarma* publica que *gracias a su valor y responsabilidad como representante de la ley, la magnífica labor del comandante de la policía judicial, Miguel Angel Mota Ayala, dio por resultado descubrir los asesinatos más espantosos que se han registrado en la historia. El comandante Mota es el héroe.*

La asquerosa villana María de Jesús se queja del afán de Mota por acabar rápidamente con el proceso sin investigar a fondo, aportando testigos parciales y sin citar a ningún visitante a los burdeles que pudiera ser más objetivo. Ella reclama que si él mismo asistía a su casa de asignación en León, mucho tiempo atrás,

y se le trataba de maravilla, ¿por qué desde entonces no la denunció?

En busca de un periodismo imparcial, la que esto escribe pensó en Miguel Angel Mota para que diera su punto de vista. Borrado en la lista de la Policía Judicial de Guanajuato, se le localizó por medio del teniente Carlos Hidalgo que en aquella época era jefe de la Policía Judicial de León. La charla con Mota dentro de un restorán capitalino empezó amablemente, con comentarios de lo dura que es la vida de un policía expuesto a un sinfín de peligros, que ahora tenía una institución pública y, aunque le iba bien, extrañaba su antiguo oficio. Dijo gustarle la idea de revivir el caso Poquianchis para que sirviera de ejemplo a la juventud actual, pero que ya no quería más crédito en el asunto, sino una mera plática entre amigos. Nada de fotos, sólo preguntas. ¿Cómo se inició la investigación?

—Tres madres angustiadas llegaron a mi comandancia para solicitarme ayuda. Estaban desesperadas por encontrar a sus hijas perdidas. Habían oído decir que estaban en manos de las Poquianchis. Esa era la única pista. Hace tantos años de esto que no recuerdo muchos detalles, ayúdeme a pensar con los datos que tiene usted.

Entre cafecito y cafecito, se le refirió que la Poquianchis aseguraba ser muy cuata suya antes del proceso, desde años atrás, cuando la visitaba con frecuencia en su burdel. Saltó el hombre de la mesa. Dirigió su mano a la grabadora prendida que estaba junto a su taza y con el dedo índice sumió el botón de *stop*. Escudriñó a la entrevistadora quejándose de

que estaba usando técnica de interrogatorio policíaco y no de mujercita discreta (apreciación a primera vista).

Respiró profundo para controlar un poco el enojo y alegó:

—Sabía de la Poquianchis, pero nunca fui su amigo, ¡nunca! ¡Lo juro! Mire linda, ¿hacia dónde quiere ir?, ¿qué trata de probar? No se meta en mi vida privada porque. . . Le advierto que. . .

— ¡Gulp!

—Corazoncito, créame que nunca asistí al antro de la Poquianchis, y encima de lo que trabajé en este asunto, ahora resulta que usted quiere arruinar mi vida privada y mi empleo actual. . . Le advierto que esto está sobre su conciencia. Desconfíe de una delincuente, créame a mí. El caso se llevó con toda honestidad y ahora quiere enlodarme más. ¡No es justo!

Se le refirieron los comentarios que él mismo hizo a la revista *Activa,* donde dice que a pesar de la honestidad de los jueces, hubo *ciertos enjuagues,* porque se deformaron las declaraciones hechas a los judiciales y luego en los expedientes llegaron abogados de fulano y zutano y dijeron *párale aquí o hazle allá.* Citó como ejemplo a un amante de ellas, quien confesó haber tirado un cadáver en la carretera y luego salió libre. Que resultó seriamente perjudicado ya que después de que el gobernador José Torres Landa lo había tenido en un alto concepto, lo menospreció reclamándole que debió haber sido más discreto por estar en puerta la campaña del licenciado Díaz Ordaz. Que en realidad se le dio mucha difusión al caso gracias a que la prensa local lo seguía a todos lados, mas la presión

siguió sobre él al grado de exigirle la renuncia *poniéndole un cuatro.* Que se vio *precisado* a abandonar el país con su esposa, después de esconderse en un hotelucho de Guerrero, debido a amenazas de muerte en contra suya y de su familia. ¿Por qué declaró esto?

Rojo del disgusto, Mota dijo:

--Yo le hablé en confianza a su compañera periodista, sin darme cuenta que tenía una grabadora puesta. ¡No vuelvo a dar entrevistas! Le digo por último que yo renuncié debido a amenazas de personas que acusé de abigeato y no por parte de las Poquianchis, aunque eran ricas e influyentes. Mire, aquí entre nos, hasta me ofrecieron 10 mil pesos y sus propiedades si me ponía de su lado, pero yo no acepté. Ahí usted sabe si me cree o no, pero, palabra, si usted publica algo en contra mía. . . Me despido depositando mi confianza en sus manos.

El miedo es humano, así que esta autora corrió a quejarse con el teniente Carlos Hidalgo, su ex jefe (descrito por María de Jesús como policía bueno y gentil), quien comentó:

--Miguel Angel miente, porque sí conocía muy bien a las Poquianchis desde mucho tiempo atrás. Y recuerde: la investigación se inició gracias a un anónimo que *yo* recibí indicando que había niños secuestrados en una casa de San Francisco del Rincón. Fui yo quien ordenó a Miguel Angel realizar las averiguaciones. En fin, lo que se le ofrezca, estoy a sus órdenes.

Ya más tranquila, siguió en pie la incógnita del dinero y las propiedades, el móvil más común en las historias de crímenes. El siguiente paso fue recorrer

sus casas y terrenos, una vez enterada de que a Delfina González Valenzuela la querían obligar los judiciales a firmar la renuncia a sus bienes, y que en rebeldía se quitó un zapato y a chanclazo limpio quiso defender lo destinado a sus hijos, y de remate se mordió los pulgares hasta sacarse sangre para imposibilitar la impresión de huellas digitales o el uso de la pluma: orgullosa enseñó sus dedos sangrados a la prensa.

La sentencia incluyó los embargos de las dos casas de las Poquianchis, situadas en León y San Francisco, y la granja de San Angel como parte de la reparación del daño que debían pagar, *mancomunada y solidariamente con los demás acusados,* por un total de 840 mil 120 pesos. Además de estas tres propiedades, las hermanas González Valenzuela tenían otra en Lagos de Moreno, Jalisco, que fue igualmente embargada.

La granja está abandonada, pese a que un señor Merced Flores dice que compró cuatro hectáreas a 12 mil pesos cada una y aseguran que paga las contribuciones con la mira de adquirirlo todo. La casa en San Pancho esta semiderruida, con dos carros de ellas hechos pedazos. Cualquier curioso puede entrar para toparse con un lugar húmedo y lúgubre.

En la propiedad de León vive un individuo de casco amarillo, Mauro Padilla, quien al abrir la puerta mira al visitante con más recelo que un perro a un gato. Negándose rotundamente a ser fotografiado y rodeado de muchos chiquillos, habló sin tomar respiro:

—No conocí a la Poquianchis, pero mi familia siempre ha poseído esta casa. Tengo las escrituras a

nombre de mi mamacita. Pobre, se murió de tanto disgusto, porque durante un viaje a Estados Unidos esas mujerzuelas le quisieron quitar su propiedad. Mire los papeles notariados. Los periodistas son cabezas huecas, a ver si usted es capaz de correr a los vecinos de a lado que me bardearon y se apoderaron de una parte de mi terreno que me dejó mi mamacita.

Se le argumentó que esta visitante sabía, por medio del licenciado Jesús Orellana, de Guadalajara, que la propiedad había sido ganada en juicio por las González Valenzuela. Al moreno grandulón le bailó el casco amarillo y manoteó gritando:

—¡Ahhh! Usted es pariente de las Poquianchis, ¿es de Jalisco, verdad? Se le ve la finta: los ojos tapatíos. Me está diciendo que soy sinvergüenza. Usted está enferma, no quiere saber la verdad, váyase a Lagos. ¿No quiere? ¡Saque a los vecinos! ¿No? ¡Los periodistas no sirven para nada!

Harta de agresiones y en defensa de la profesión, empezó una pelea de "a mí no me manda, yo hago lo que quiero, yo también, grosero, no tiene conciencia, usted menos", todo para amedrentar al hombresote que se le ponía al brinco a una dama que le dijo por último: "Esto se va a publicar, la grabadora está puesta"...

—Publíquelo, publíquelo. ¡Ja! Me importa un bledo. No se atreve ni a eso.

Totalmente derrotada salió la intrusa reflexionando acerca de la razón de tantos líos con la tenencia de tierra, sobre todo si se juega con varios títulos de pro-

piedad "debidamente legalizados". Y la pregunta quedó en pie: ¿Por qué tanto abandono de estas propiedades en manos del Estado?

Comentarios de curiosos que se acercan a estos lugares, dicen que "algún dedazo acabó con el escándalo" o "váyase usted a saber qué hay detrás de todo esto, o *quién*, más bien".

Cerca de la granja estaba un niño que recita como tarabilla: "La llevo al castillo negro de las Poquianchis, señito, la llevo, mataban mujeres, las torturaban ahí, vea". Al llegar, se desilusiona uno de ver una casucha sin bardas, completamente vacía.

¿Y cuántas muertas hubo?, se le pregunta al muchacho. "Muchas, muchas, ni sabe qué tantas, la policía es la que sabe"... "Ni sé bien cuántos muertos hubo, parece que un titipuchal", opinó un gendarme de la comandancia que luego bostezó para indicar que estaba harto del tema.

¿Qué va a pasar con las propiedades que deben sumar una cantidad considerable por la plusvalía?, se le preguntó a los empleados del Ministerio Público en San Pancho del Rincón. Comentaron que "como en ese tiempo no trabajaban ahí, no están obligados a saber".

Hay una consigna de no rascarle más al asunto.

La casa de Delfina en Allende 15, San Francisco del Rincón, Guanajuato. Totalmente abandonada con dos autos derruidos.

La casa de María de Jesús en Leon, Gto. denominada el Poquianchis. Actualmente habitada por Mauro Padilla y numerosos acompañantes.

Interior de la casa de Delfina en Lagos de Moreno, Jalisco, en los momentos en que fue inspeccionada.

La granja San Angel, propiedad de Delfina y María de Jesús González Valenzuela. Actualmente deshabitada, está situada a unos diez kilómetros de San Francisco del Rincón Guanajuato.

"Ante San Francisco, patrono del pueblo de San Francisco del Rincón, las infelices mujeres que fueron salvadas de la muerte a que las habían condenado 'Las Poquianchis', se arrodillan y dan gracias por haber sido rescatadas. Momento bueno y piadoso del gran drama..." ALARMA

JAMAS LA LEY HABIA CONOCIDO LA PERVERSIDAD HUMANA EN SU GRADO MAS BAJO Y CANALLA

"Hemos dado la exacta dimensión a las asquerosas villanas. Ha sido tan rico el volumen informativo y hemos creado tanto asco y horror en contra de ellas, que temen que el pueblo las queme vivas. Pero el nombre de México que no se ha manchado ni opacado por lo ocurrido en la granja San Angel, no sufrirá mengua ni nadie pensará que nuestra patria está corrompida y dominada por la lujuria y el crimen. Ninguno nos identificará con las Poquianchis como nadie dijo que Landrú era Francia, el destripador era Inglaterra y Capone, Estados Unidos. México es y seguirá siendo ante el mundo, grande y bello, noble y valiente, limpio y justo, orgulloso y pacifista, fraternal y gallardo".

3

mi vergüenza
y mi doncellez,
las perdí una
sola vez

Mis padres

Retozaba yo dentro del vientre de mi madre cuando mi hermana la mayor huyó con el novio, Luis Jasso. Simplemente dijo que lo quería y se fue a vivir con su familia, a tres cuadras de nuestra casa. Llegó mi padre de su jornada de vigilancia y, al enterarse, aventó el sombrero lleno de ira y salió a paso de prisa.

Ataviado con su gabán de policía y en carácter de padre ofendido, un golpe bastó para romper la tranquita de palo que tenía cerrada la puerta de los Jasso. El novio brincó las tapias hacia un terreno baldío. Tanto era su miedo que huyó sin que se le viera más por todo Jalisco.

Mi padre agarró a Carmen de los cabellos y la fue arrastrando hasta que se dejó conducir dócilmente a la prisión. "Para que aprendas a portarte como una señorita decente", le dijo al encerrarla. Como él era la autoridad, sin levantar acta ni oficio dejó ahí a mi hermana quinceañera esperando el perdón.

Mi padre era muy delicado, y queriendo que todos fuésemos honrados, se traía a raya a la docena de hijos que tuvo con mi madre Bernardina. El se inició en el comercio con un atajo de 22 mulas y cuatro burros que transportaban a Guadalajara carbón, piloncillo y maíz, hasta que lo llamó don Saturnino, el presidente municipal de Santa Ana Acatlán de Juárez, para ofre-

cerle una chamba que le diera mejor vida a la familia. Consiguió el puesto de juez de acordada, o sea, encargado de la vigilancia: al oscurecer daba órdenes a los policías de prender las linternas de petróleo de las calles y por la noche hacía ronda a caballo.

Un domingo lo citó el presidente municipal y le dijo:

—A ver, Isidro Torres, quiero saber si haces lo que te mando o tienes miedo. . . . Anda por ahí el desalmado de Félix Ornelas, que arma escándalos cuando bebe. Hoy bautizan al hijo de su hermana y hay convite para un baile, pero los músicos no han sacado licencia. Ve en la noche y suspende la fiesta.

—Señor, no es miedo, pero ese tipo no tiene palabra.

—No importa, vas con tres policías más, recoge a los músicos, y si Félix se pone pesado, también lo traes.

—Señor, quizá me reciban a balazos, no me importa morir, pero es por la responsabilidad de la familia, y luego si me defiendo con el rifle hasta puedo parar en prisión.

—No tengas pendiente, por mi cuenta corre que no caigas. Félix lleva días borracho y lo traigo de encargo por el escandalito que armó ayer en la plaza. Figúrate, frente a esta honorable Presidencia me gritó que "si tenía huevos, que saliera al instante". Anda y cumple mis órdenes —finalizó Saturnino dando un golpe seco con el puño cerrado sobre su escritorio.

Mi padre se presentó en la fiesta acompañado de tres uniformados y pidió cortésmente que dejaran salir un momento a los músicos. Salió Félix a echarles brava

despepitando mentadas hasta desenfundar la pistola. Bueno fue que las linternas alumbraban poco y mi padre vestía el gabán negro, por lo que pudo agazaparse junto al marco de la puerta, mientras Félix se ocupaba de disparar a los tres policías que corrieron desaforados a esconderse. Seis detonaciones al vacío y el cargador se agotó. Intentaba reponer el parque cuando mi padre aprovechó para darle con la carabina máuser en el puritito corazón. Félix sólo alcanzó a decir:

—Isidro, me mataste como a. . . todos los hombres. . . eres el que tiene. . . más huevos—. Y expiró.

Mi padre relató esto muchas veces. Hablaba despacio cuando llegaba al punto de deber una muerte, revivía la impresión que sacudió sus nervios. Contaba que después, sin ver dónde pisaba, en la mera esquina entró a la cantina a beber un vaso de vino que le supo a pura agua. Sintió vagamente que lo cargaban y al abrir los ojos a la luz del día estaba en la cárcel, con expediente y todo.

Logró comunicarse con don Saturnino para recordarle la promesa pactada.

El presidente municipal explicó que la familia del difunto pidió de inmediato justicia al Ministerio Público y habría que disimular un poco. Le contó de un plan de "escapatoria", junto con ciertos maquinistas que habían chocado en la estación. Le envió una carta de recomendación para conseguir chamba en El Salto de Juanacatlán y, como a las nueve de la noche, el mismo alcalde les abrió la reja y los dejó ir.

Isidro llegó de incógnito al Salto, con la indicación de cambiarse el nombre, escogiendo el de mi abuelo: Andrés González. Mediante un hermano cartero, Bernardina recibió indicaciones de vender las dos casitas, los animales y reunirse con todo y prole para empezar una nueva vida.

Siete años siguió de policía cuando Carmen, como les contaba, se arrejuntó con el novio y de puritito coraje se trasladó a Atotonilquillo, y como yo estaba por nacer, caí en ese pueblo el primero de enero de 1922. Ya no me tocó el apellido Torres, me registraron en Guadalajara con el nombre de Manuela González Valenzuela.

Un tío convenció a mi padre de cambiar el trabajo de policía por un puesto en el mercado de San Juan de Dios, en Guadalajara. Tan ocupado estaba en fincar dos cuartos de adobe crudo y una cocina en un lotecito frente al parque Alameda, que ni se acordó de sacar a Carmen de la cárcel. Año y medio después supieron que ella vivía con un abarrotero cincuentón, quien la sacó del bote prometiéndole casarse con ella, pero nada más la deseñoritó y le plantó una hija. Unos meses después fuimos a vivir de vuelta al Salto y entonces Carmen, separada de su marido, pidió perdón a mi padre refugiándose en casa con mi sobrina, quien parecía mi hermana por tener casi mi edad.

Cuando mudé de dientes empecé a tomar conciencia de las cosas a mi alrededor. Me recargaba en el barandal del puente para contemplar una cascada indomable. El ruido estruendoso del agua me ponía chinita, haciéndome sentir como una pobre hormiga en

un mundo impresionante y misterioso. Y más con la leyenda de que, en la noche, cerca de ahí andaban hombres que mataban a las mujeres. Me inquietaba también el movimiento del río, como invitándome a seguir la corriente, que quién sabe hasta dónde llevaría. ¿A dónde quiero ir?, me preguntaba. "Que Dios te enseñe el camino", repetía mi madre y entonces yo buscaba el punto donde empezaba el cielo y el azul cubría el paisaje como un manto inmenso y protector.

Mi madre rezaba a todos los santos, hasta los Santos Reyes para que no nos desampararan. Tenía al niño de Atocha atrás de nuestros retratos, sobre el altar. Yo rezaba con ella, pero sin ganas de implorar cuando algo me hacía daño. Por esto, cuando mi padre llegaba borracho y golpeaba a mi mamacita, sus gritos me impulsaban a defenderla a como diera lugar, en vez de bajar la cabeza y quedarme callada.

Una noche vi que él la arrastraba de las trenzas y le dije a mi otra hermana, Luisa, que me hacía caso en todo a pesar de ser mayor:

—¡Ven rápido, vamos a defender a mamá!

Entre las dos lo agarramos y a empujones lo tumbamos en la cama. Pero no se dejaba dominar, quería levantarse. Agarré una botella de aguardiente que estaba sobre el buró y dejé que el líquido saliera a borbotones sobre su boca, para que se acabara de emborrachar y no se moviera más. Casi lo ahogamos, y como estábamos las dos trepadas sobre su cuerpo, hasta le rompimos una costilla.

—¡Ya déjenlo! —gritaba suplicante mi madre.

—No lo vamos a soltar hasta que se duerma —dije decidida.

—Ay, hija —me reprendía ella después de dejar dormidote a mi padre —tienes que aprender a tener la humildad de Cristo, si te dan un golpe en la mejilla, pon la otra. El que se humilla es ensalsado y el que se ensalsa, es humillado.

—Ni de chiste, mamá. Me dan un golpe y lo devuelvo, no me puedo contener.

—¡Jesús! Tanto que le ruego para que no salgan rebeldes. La vida es bonita a pesar de todo, hija, trata de quitarte tu coraje endemoniado.

Quería que mi mamá se enojara con mi papá, que le dijera una mala palabra, pendejo siquiera, que le echara una viga. Nada. Y es que ella venía de muy buenas familias: había sacerdotes y monjas, eran católicos, honrados y todos casados.

La verdad es que yo no quería a mi padre porque golpeaba a mi mamá y era duro con nosotras, muy duro. Pero yo salí cabrona porque me brincaba todas las trancas que me ponían enfrente.

Lo que callaba en casa por temor y respeto, lo soltaba en la escuela alegando con maestros y compañeros. Cursaba el tercer año de primaria cuando fueron a indicarle a mi padre que iban a juntar a niños y niñas en el mismo salón por falta de espacio.

—Ya sabes leer y escribir y eso basta, me parece indecente que junten a hembras con varones, ya no vas —sentenció él y me fregó la cultura.

La industria de mi pueblo se reducía a la fábrica

de Hilados y Tejidos perteneciente a los Dávalos. El silbato, que anunciaba el andar de una aparatosa maquinaria a las seis de la mañana, llegó a ser tan importante como las campanadas de la parroquia. Un amigo de casa llegó un día alborotado con la nueva: estaban dando empleo en la empresa y él nos podría conseguir un puesto por ser encargado del personal. Mi padre alegó que las mujeres podrían descomponerse si ganaban sueldo, pero la carga de hijos y nietos era pesada, y más que acababa de regresar Delfina a casa.

—¿Quién es Delfina? —pregunté a mi madre poco después de ver a una desconocida ante la puerta.

—Es tu hermana. Tenías dos años cuando se perdió y no sabíamos nada de ella. Tu padre le pegó con un palo en la nuca por andar sinvergüenceando con un hombre y por poco le saca los sesos—. Con un pañuelo se enjugó las lágrimas y continuó explicando que Delfina tomó un tren hacia Sonora y anduvo perdida hasta venir a hincársele para implorar clemencia.

Mis hermanas Carmen, Delfina y Luisa entraron a trabajar a la fábrica. Hasta mi padre obtuvo empleo ahí, pero luego sufrió una caída que le desencajó el hueso de la pierna y mejor puso una tienda de abarrotes.

Ocurrió que a los trece años me gustaron los primeros pantalones, los del vecino. Era chaparro y flaco, pero muy alegre. Se veía bien con su traje dominguero. Rafael Franco tenía 24 años y le gustaba platicar conmigo en el escaloncito frente a mi casa. Una noche hasta me quiso dar un beso y me le resistí, lo aventé y le dije que no quería verlo más.

A los pocos días me cuentan que andaba ufanándose de haberme deshonrado. Me dio chorrillo de pensar que lo oyera mi padre y corrí a ver a su hermana, María Franco, como a eso de las cinco de la tarde y le dije toda sofocada: "Buenas tardes". Ella me contestó: "Qué milagro, pásate".

—Sí, paso, porque necesito decir algo y pronto: tu hermano dice que me deseñoritó y si se entera mi padre, nos mata. Ya sabes que es muy, pero muy delicado.

María llamó enseguida a su marido y a su hermano.

—¿Es cierto que deshonraste a esta muchacha, Rafael?

—Sí —le contestó a la hermana con actitud de pavo real.

La mujer se puso nerviosa y comentó:

—¡Pero en qué lío te has metido, Rafael! ¡Vamos rapidito a ver a mi papá para que te ayude a resolver esto!

—Mejor traemos al juez civil para que los casen antes de que maten a tu hermano —sugirió el marido.

Los comentarios me asustaron y dije que mejor regresaba a mi casa.

—No, no —opinó María temiendo que los echara de cabeza—. Espérate que ahorita regresamos.

Cerró la puerta con candado. Rafael me tomó la mano tranquilizándome un poco y me llevó al cuarto de María para que se me bajara el susto. "Recuéstate", me dijo, al momento de abrazarme brusco y de a tiro

me tumbó en la cama, sin que pudiera zafarme. Forcejeamos más de una hora y la bendita hermana no regresaba. Dale con subirme el vestido y arañarme los muslos, hasta que me rendí y me violó contra mi voluntad. Sentí vergüenza y empecé a llorar. Era una mezcla de coraje y de desprecio, de arrepentimiento por haber ido y de miedo a regresarme. Estaba magullada, como una guayaba echada a perder.

Serían las ocho cuando regresaron con otro de los hermanos. Rafael me soltó y salió a recibirlos al patio. Yo no alcanzaba a oír lo que decían porque hablaban en voz baja, quise moverme de la cama y no pude. María entró a preguntarme cómo me sentía y le dije que mal, que me habían estrujado a la fuerza y que me sangraba mucho la parte por donde yo era mujer.

—Ya no llores —dijo ella tratando de consolarme—. Vamos a traer un médico y mi hermano se va a casar contigo.

—Pero. . . Es que yo no me quiero casar. Me siento toda golpeada del cuerpo y sin fuerzas. . . Que ya no me toque Rafael porque me lastima mucho.

El médico ordenó que no me moviera para detener la hemorragia y que mandaran por una mujer que me diera una compuesta y me pusiera faja. En diez días, entre María y mi padre arreglaron mi boda por el civil. Un domingo en la tarde, frente a invitados y testigos, el juez me preguntó que si aceptaba el matrimonio y yo dije que no, pero él me aseguró que por ser menor de edad mi palabra no valía, la de mi padre era la legal.

Escribieron el acta y me ordenaron firmar. Yo no dije nada más. Sólo quería estar sola y esa noche dormí en casa de Delfina.

El lunes temprano dijo María que su hermano había comprado lo indispensable, que fuera al mandado para cocinarle y lo esperara en un cuarto rentado, para atenderlo después de su trabajo. Lo recibí con la comida hecha pero yo no tenía hambre, mejor salí a sentarme en las gradas de la casa mientras me preguntaba: ¿Cómo le hago para vivir con alguien que odio?

Salió en la nochecita a llamarme y muy obediente le arreglé su cama. En el confidente que tenía tendí una colcha con un almohadoncito y ahí me iba a dormir cuando gritó enojadísimo:

—¡Eres mi mujer y te acuestas en mi cama! ¡Por eso hasta me casé contigo!

Corrí a la puerta sin importarme que viniera tras de mí amenazándome. Di la vuelta a la esquina hasta llegar a casa de Delfina, donde me abrió mi cuñado. Trabajo me costó convencerlos de darme cabida en su casa. Me dormí en la cama junto con sus hijas. Al otro día me llevó a demandar a mi marido, a quien sacaron de su trabajo para carearlo conmigo. El juez le ordenó pasarme la mitad de su sueldo. Delfina habló luego con el secretario del sindicato de la fábrica para que entrara de aprendiz y pronto empecé a ganar mi dinero, cosa que no le pareció a Rafael y comenzó a molestarme hasta que le dije:

—Mira, ya no me pases nada de tu mugroso sueldo, pero déjame en paz.

Nació otra niña de Delfina. Después tuvo un disgusto con su marido y se separaron. Decidió entonces poner una cantina, imitando a Carmen que ya había montado una en 1938, cuando se juntó con un hombre apodado el Gato. Un día que llega a la casa y me regaña:

—Estás viviendo conmigo y no te quito un centavo de lo que ganas, gastas en lo que quieres, pero ya he recibido muchos regaños de mi padre por tu culpa. Dice que tú te vuelas y ensanchas porque te doy alas. Estáte en paz, cada vez que llego no te encuentro, y sólo te pido que me ayudes a cuidar a mis hijos.

Delfina me quería mucho, pero sus consejos me entraban por una oreja y me salían por la otra. Ella necesitó mandar a sus hijos con mi madre a quien de toda la prole le sobrevivimos sólo las cuatro mujeres. Mi padre protestó, pero como dice el dicho, "los hijos amansan y los nietos ensillan".

En el departamento de restiradores, de donde sale el algodón, me fijé en los ojos revolcados, muy cafés, vista mañosa (de esas que derriten) de Gerardo Reynoso. Y no sólo eso, era blanco, alto, de nariz afilada y bonito vestir después del trabajo: camisas de cuello duro y mancuernillas. Además, soltero.

—Te has puesto muy chula —me decía—, dan ganas de comerte a mordidas, pero me tengo que aguantar porque a las mujeres hay que tratarlas como al pétalo de una rosa y tú eres un botón de flor que empieza a abrirse. Deberíamos acomedirnos y si nos amoldamos, me caso contigo.

Hablaba como persona letrada y besaba con suavi-

dad. Era sigiloso, y cuando menos me lo pensaba, ya tenía sus manos sobre mis partes discretas. Fue con el primer hombre que sentí bonito, tan a gusto que pronto estaba durmiendo en su cama, sin casarnos, pero bien enamorada. De defectos principales tenía tres: la bebida, la jugada y la parrandeada.

—Me voy a cazar conejos con el retrocarga de municiones. Me acompaña mi amigo el Cascabel. Luego regreso.

Al irse cerraba la puerta con candado y cuando tocaba el lechero no podía recibir la leche. En vez de traer conejos llegaba bien crudo, y pronto supe que se iba al burdelillo del Botas.

—¿Para qué te vas de parranda? Ya supe que vas al burdel.

—No es cierto, no es cierto, te juro que no, pregúntale al Cascabel, él te dirá la verdad.

Después de los pleitos venían unas agasajadas que nomás vieran. Nos poníamos tan calientes que pronto salí embarazada de mi primer hijo, como dicen: "si ya te comiste los dulces, pos ahora trágate la zanahoria", y ahí va, chica panzota.

Lo malo fue que mi bebito nació eclipsado de la cabeza, le afectó el eclipse y tenía su cráneo aguado, aguado como una naranja. Pero a los 40 días salí preñada de nuevo y nació otro varoncito. Sólo vivió unos meses. Lo atacó una infección intestinal y murió de vómito y diarrea. Entonces las cosas entre Gerardo y yo no iban tan bien. Mientras me agobiaba el parto él andaba cazando ocelotes, tlacuaches o quién sabe qué vieja.

En la máquina de restiradores perdió tres dedos, y por esto lo indemnizaron con 30 mil pesos, 10 mil por cada dedo. Con el bonche de dinero ni adiós dijo, se fue al rancho de un tío y, como no regresaba, fui a tocar la puerta de la casa de mi padre.

—¿Qué quieres? —me preguntó.

—Recógeme, ¿sí?

—Pásate, pero ya no te vas a volver a salir de aquí.

¿Ya se fue ese tal por cual?

—Ya, y ni sé pa' donde.

Dormí tranquila, sin la zozobra de la espera. Amaneció tan clareado que corrí al salón de belleza a hacerme permanente. Me dieron trabajo de vuelta en la fábrica, ganando más de los míseros diez pesos semanales que me daba Gerardo. ¿Qué perdí? Nada espectacular.

Cuando se quiere, se quiere, y cuando se olvida, se olvida.

4 malas para el metate pero buenas para el petate

Las pupilas

Al recapacitar en la sentencia de 40 años de prisión, Delfina y María de Jesús pronto se sintieron emparedadas en el Penal de Guanajuato. Los recuerdos de noches de vino y parranda se momificaban al lento paso del tiempo. Desposeídas, de sus bocas salían toda clase de palabrotas como único recurso:

—¡Hijos de la tiznada! ¡Si somos tan delincuentes, mejor mándenos a las Islas Marías! ¡Por lo menos allá hay sol, palmeras y hasta mar!

Entre tos y tos de fumadera, fueron brotando secretos y detalles de glorias pasadas.

—Ya dímelo todo, Delfina, que de esta boca no sale nada —le suplicó repetidísimas veces María de Jesús.

Bajo promesas hechas con besos en los dedos formando una cruz, Delfina empezó a soltar prenda, con largos días de silencio y otros de parlanchina: trabajo le costaba hacer confidencias a la mandona de las hermanas. Le chocaba dar explicaciones de sus actos, pero entre tanta ociosidad, hablar fue un desahogo.

Recordaron desde la primera cantina que puso su hermana Carmen en El Salto, cuando se juntó con Jesús Vargas, el Gato, pero dicen que más que gato era un cabrón que le ponía los ojos morados a la delgaducha de su amasia. Tuvieron problemas con el méndigo

ese que le quitó la cantina y la lana para abrir en San Pedro Tlaquepaque su propio negocio de movidas. Entonces Carmen instaló una bodega de vinos, con baúles llenos para vender. Pero la más lista fue Delfina, que de su fracaso tomó colmillo y puso cantina acondicionada con tres cuartos pequeños para los que quisieran otras cositas. Empezó contratando meseras que pasaron a ser ficheras.

Un día tocaron a la puerta de Delfina. Abrió con desgano pensando que era un vendedor de camotes o tamales. Era una mujer sin canasto de mercancía. Venía acompañada de unas jovencitas que parecían mudas. Pidió la extraña hablar en privado y le dijo que vendía mujeres "a según".

Lo primero que hacía Delfina con sus adquisiciones era tratar de quitarles la finta de rancheras tímidas y apocadas. Alguna de las más experimentadas les enseñaba a pintarse de carmesí los labios y rayas negras en los ojos; a ponerse moños en el pelo, calcetas llamativas y vestido de escote. Argüía la madrota que bien pronto se acostumbraban a esa vida porque poco que ganaran era mejor que nada, comían bien y aprendían nuevos modales.

El control de los lenocinios era escaso en El Salto. Los pocos policías que hacían ronda entraban a la cantina tentados a saborear los placeres ligeros y eran ellos mismos los que salían borrachos, cantando, turbando la tranquilidad del pueblo.

Las pupilas de doña Delfi, ya mañosas, salían al río a plena luz de día para coquetear con los hurraños,

incitándolos a emborracharse con ellas en la nochecita. Las campesinas que iban a lavar al río ponían el grito en el cielo, y cuando veían que alguna de las prostitutas hacía señas a sus maridos, hermanos o hasta sus mismísimos padres, le aventaban piedras o trapos mojados. Al poco tiempo se juntó un quejadero de señoras ante la Presidencia Municipal.

El padre de Delfina, que luego iba a ver cómo regenteaba la cantina, vociferaba:

—Saquen a esas viejas del negocio, hay puros líos con el pueblo y las autoridades. Dedíquense a otra cosa.

Por un zafarrancho de los que surgen al calor de las copas, donde todos bailaron al son de las balas entre las patas, las pupilas tuvieron que salir huyendo esa noche hacia la punta de los Altos de Jalisco. Se alojaron en un rancho lechero, escondidas entre la ordeña. Entretanto, Delfina movió palancas para pagar multas y pensar en otro negocio donde pudiera proteger a las muchachas que, una vez compradas, tendría que mantener, cuidar y hacer servir por el resto de sus vidas.

Se acercó el 2 de febrero de 1941, fecha que no se olvidó porque aunque dicen que el 41 es mal número, resultó al contrario, gracias al consejo que recibió Delfina. Primero contrató un camión para sacar a las mujeres del rancho y transportarlas a San Juan de los Lagos, a medianoche (por aquello de que hubiera golondrinas en los alambres), y luego se dirigió al presidente municipal del lugar Rafael Pérez, quien alquilaba salones para fiestas durante las ferias.

El alcalde le rentó dos locales: el primero para cantina y baile, confeccionado a base de armazones de palo con barritas para servir, y el segundo, provisto con divisiones hechas con sábanas de manta o de costal, que servía para fornicar un rato con los clientes, sobre un triste petate. El alcalde también prestaba los envases de cerveza para ganar más dinerito.

Uno de los secretos del éxito consistió en pagarle a un hombre entrenado para caminar sobre largos zancos de madera, de traje estrafalario y adornos de chaquira. Sobresaliendo de la marejada de cabezas que daban vuelta en la feria, entre zancada y zancada gritaba con una bocina de lata vieja:

-- ¡Arrímense, arrímense, que llegó lo bueno!

Los mirones alzaban la vista boquiabiertos ante el gigante mitad de palo, deseosos de saber qué era lo mejor.

—No se quede sin saberlo, joven, lo bueno está en *El Guadalajara de Noche.* Síganme. . . No se lo pierdan. . . Allá ustedes. . .

Pronto acarreaba un largo chorizo de curiosos que tropezando se metían al primer salón, a tomar y a bailar de a 20 centavos por pieza. Calentados los motores, se pasaban al cuarto de los petates, donde el ratito salía a cinco pesos.

La previsora jefa puso a su hermana Luisa en la máquina registradora y a Carmen en la cocina, para vender meriendas.

Carmen tuvo la idea de vender ropa fiada a las pu-

pilas. Consiguió una libretota de contabilidad y anotó los nombres de las mujeres que trabajaban ahí. Cuidadosamente registraba las deudas contraídas: 20 pesos por un vestido guinda, tres pesos por lápiz labial y polvo rosado, diez por zapatos de tacón, etcétera. Bajo el temor de que algunas pupilas ya borrachas huyeran con algún prometedor ranchero sin pagar, tenía que vigilarlas bien. Y para asegurarse de la puntualidad en los abonos, Carmen se colocaba a la salida del tendajón de manta, tan atenta como si esperara a que la gallina pusiera un huevo.

—A ver, tú, abóname —le decía a la recién salida, todavía con los pelos enmarañados y la falda volteada.

—Sí, Carmen, pero déjame comprar jabón, aretes, comida y luego te pago.

—Ay, jijas de la jijurria, se ponen un buen trapo y ya quieren tener el vestuario de Mamá Carlota.

En aquella feria reinó la algarabía y hubo tantos ganosos que las mujeres se turnaban velozmente a uno y otro. Dicen que una batió el récord de sus compañeras metiéndose hasta con 25 hombres en un solo día, y ni siquiera cayó desmayada por tanto trabajo.

Las ganancias se multiplicaron, hubo noches en que salieron hasta cien cartones de cerveza. Terminada la feria, la dueña levantó dos valijas de cuero amarradas con correas, repletas de billetes y dos costales con monedas de plata y cobre, saldo de 15 días muy trajinados. Y a buscar la siguiente feria.

El galán en turno de Delfina, llamado Enrique, le sugirió buscar local en San Francisco del Rincón,

Guanajuato. Ella se fue a ese lugar y se presentó sola ante el presidente municipal, en el entendimiento de que las mujeres arreglan mejor los negocios con los hombres.

En ese tiempo, la autoridad local era un señor obeso que respondía al nombre de Adelaido Gómez. Cuando ella se le apareció ante sus ojos, hubo una especie de brillo extraño en su mirada, no de morbo, sino más bien de ternura, porque le dijo:

—Señora, lo que usted me pida se lo voy a conceder. . . ¿Sabe por qué? Porque se parece tanto a mi madre. . . ¡Es casi igualita!

Delfina nunca supo en qué se parecería a la mamá de ese hombre, pero supuso que en lo gorda. Aprovechando la feliz coincidencia, de plano quiso hablar claro:

—Mire usted, don Adelaido, vengo a solicitarle un permiso para casa de mujeres.

Se quedó el hombre pensativo, medio destanteado porque no entendía bien si era casa de huéspedes o qué.

—Mejor se lo digo bien claro: quiero poner un burdel. Bur—del. ¿Ora sí me entendió?

El casi mastodonte mostró una sonrisa de oreja a oreja.

—Ahhh —suspiró—, eso está como de la mano. ¿Tiene usted la casa?

—No, pero traigo billetes para conseguirla.

—Yo mismo la voy a llevar a una ya puesta para que la vea, a ver si le gusta. La dueña es Juana Becerra, y me cae re mal. Se la voy a quitar nomás por eso: porque me cae re mal.

Fueron los dos rechonchos a casa de la Becerra y Delfina quedó encantada con el lugar: tenía camas con sus tocadorcitos y una silla en cada cuarto con jarra de lavabo, salón de baile y comedor, lo que resultaba excelso junto a las tienduchas de feria.

Lueguito abrió la maleta amarilla que llevaba y de la cual no se desprendía ni para dormir (desconfiaba tanto de los bancos como de los ladrones), y sacó monedas para adelantar a la dueña medio año de renta. Juana se vio precisada a aceptar el trato ante el presidente municipal, quien le pelaba los ojos para darle a entender que se daba por enterado y aceptado el asunto.

Delfina alquiló un camión para llevar todo el viejerío de San Juan de los Lagos a San Pancho para trabajar. Junto con ellas viajó Carmen, acompañada de sus libretotas repletas de nombres y números.

Años después, a don Adelaido lo pescaron con plantíos de mariguana y corrió el rumor de que, para salir libre, tenía que pagar su propio peso en plata, lo que era una cantidad bárbara porque cada año el viejo aumentaba de peso y la plata de precio.

Corría el año de 1943 cuando Delfina fue al Salto a visitar a los familiares. Se encontró con la novedad de que su padre había comprado un terrenito barato en Lagos de Moreno y no sabía en qué ocuparlo.

—Papá, no se diga más, el negocio más rentable es la casa de asignación.

A la velocidad de un rayo, Delfina instaló una filial del lenocinio de San Pancho, sin mayores problemas porque el terrenito estaba dentro de la zona de tolerancia. En un pedazo se construyó la casa particular y en otro el burdel.

En San Pancho dejó al frente del negocio a dos mujeres compradas de su absoluta confianza: Juana o Beatriz Moreno y Adela Mancilla.

La hermana mayor de las González Valenzuela, Carmen, murió de cáncer en 1949, junto a sus libretas llenas de deudas por pagar.

Delfina se puso toda una noche a revisar esos cartones y al día siguiente juntó a sus pupilas para expresarles:

—Les voy a perdonar estas deudas en memoria de Carmen, para que le recen. Las revisé y yo no entiendo bien de cuentas. Aprendí a firmar con mi nombre, pero no sé leer. Qué suerte tienen, muchachas, qué suerte.

Rodeada de sus pupilas, posa Delfina González Valenzuela en El Salto de Juanacatlán, Jalisco en 1938. De pie, en la extrema derecha, están Luz Ramos y Guadalupe Moreno.

Delfina

5 mi amor desde lejos, amor de puros pendejos

Por la cascada, antes de llegar a la planta de luz, pasando por un llanito, estaba un salón de baile a todo mecate. Jalaba a mi sobrino y le decía a mi papá:

—Me voy al cine y luego regreso, ¿eh?

Y a darle vuelo a la hilacha. Partía plaza con mis piernas, pues usaba las faldas medio zanconas. Bailaba una tanda tras otra hasta que salía volada a las siete y media a buscar a mi sobrino, que me esperaba bobeando o pateando una lata vacía. Era una mosquita muerta, al parecer no rompía un plato de día, pero de noche me daba mis buenas mandadas. A mis 16 abriles, ansiaba ya tener el mundo de mis hermanas mayores.

En mi trabajo había un tipo llamado Pedro García, quien en vez de verme a los ojos, me escudriñaba de la cintura hacia abajo. Todos los días me pedía que lo acompañara de paseo a la Gigantera, a un lado del río. "Andale, ¿sí?" y "ándale, ¿sí?"... Y me tenía harta con su insistencia.

Por quitármelo de encima, le dije que yo era garbanzo de a libra, que no me llegaba. Y que me ofrece cien pesos. Le hice fuchi, y que me ofrece el sueldo completo. Me quedé callada y dijo que nos veíamos el domingo. Sugirió que llevara a otras amigas para ir con sus cuates.

Me arreglaba para la misa cuando se apareció Pedro con un manojo de diez gallinas amarradas que nos comeríamos en el campo. Cacareaban a los cuatro vientos como anunciando el bendito paseo a todo mundo. Me pasó él un rollito de billetes y pronto llegó su amigo José con los caballos, otro con una guitarra y Sabino Padilla con una carreta. Me animaron y convencí a Estefanía y a Toña mi sirvienta, apodada la Gallina, para que nos acompañaran.

Al trote pasamos el puente hasta llegar a un lugar repleto de árboles gigantescos. Ahí nos apeamos de los animales, aunque me andaba quedando colgada de la silla con tantos olanes que traía mi vestido de tafeta negra con moñitos de colores. En un llanito cubierto de pasto, después de comer y brindar, prendieron una fogata y rascando la guitarra empezaron a cantar *Desvelo de amor*.

En la tarde el cielo se puso de colores chillantes y yo, con la responsabilidad de las muchachas que encampané, les dije:

—Tomamos una copita más y nos regresamos.

Entre todos decidieron quedarse hasta el amanecer porque estaban muy a gusto cantando a la par de grillos y cigarras. Donde que a José le apodaban el Pollo, de manera que lueguito se abalanzó sobre la Gallina, mientras García me jalaba para acurrucarme con su sarape, queriéndome deshacer los moños que traía en la cabeza. Yo nada más quería divertirme un rato. Ya eran las tres de la mañana y todos estaban muy a gustote. Le dije a Pedro, mientras le daba de manotazos:

—Me choca que me besen y me abracen.

Claro que me gustaba, pero no con ese viejo. Mejor contemplaba al tal Sabino Padilla, que se veía muy apuesto a la luz de la luna. No hallaba qué inventar para acercarme a él y dije que iba a buscar leche caliente para sentirme mejor del estómago. Sabino me acompañó a un establo. Sentados en una cerca, entre el olor a majada, el espumoso tazón de leche tibia y el mugido de vacas, él me preguntó:

—¿Quieres a Pedro?

—No, es sólo un amigo de confianza, nada de otras cositas. . .

—Quiero que tengamos amistad, ¿podemos hablar luego?

—Ahora que regresemos, para que se vaya le digo a Pedro que mi padre anda buscándome y que me quiere golpear. Te espero en la nochecita con una botella de vino para entrar en calor. Le cerré el ojo y bajé la cabeza para que no adivinara el resto de mis pensamientos. De regreso le puse cara de susto al García y se pintó.

A la media noche llegaron Sabino y el Pollo con la botella de licor: en un cuarto se acomodaron dos tortolitos y en otro Sabino y yo. En pleno arrumaco se oyó el sonido de una corneta que me hizo dar un brinco. ¿Quién me traerá serenata a las cuatro de la mañana? ¿Cuál de todos? No tuve ni qué asomarme. De un patadón abrieron la puerta y que se aparece Pedro furioso. Quesque muy serena le pregunté qué quería, mientras Sabino hinchaba el pecho como escudo para protegerme.

—No, no quiero pleitos, sólo vengo a cantarle a Manuelita una canción de despedida.

—Bueno —intervine—, pero luego te vas, ¿sí?

Le dio pie al mariachi para que se arrancara con lastimosas notas y a voz en cuello entonó:

Maldición pa' la puta que quise.
Su castigo lo pido llorando
y al Eterno le estoy suplicando
que separe de mí la ilusión.

Separarme de ti ya es costoso,
ya no puedo vivir más contigo.
Te veré y te hablaré como amigo,
pero amarte como antes ya no.

Y en la noche quedré estar tranquilo
ya me entero quién es mi rival
yo quisiera brindarle a ella el veneno
y en el pecho clavarle un puñal.

El mariachi se desgarraba mientras mi corazoncito se fruncía. Siguió un incómodo silencio, roto por el zapatazo sonoro de Pedro, que se perdió en la noche junto con sus músicos. Suspiré de alivio.

El Pollo y la Gallina duraron dos meses, pero Sabino y yo nos hallamos mucho. Empezamos con los picones: yo me paseaba en bicicleta con un amigo que me traía bien apergolada con los brazos en el manubrio, nada más que me cuidaba que no me besara porque le olía muy feo la boca. Un día me dio cien pesos, mismos que sacó Sabino de mi portabustos y los hizo cachitos. Le reclamé:

—Oye, ¿crees que no te he visto pasearte con Her-

melinda? Escoge de una vez: ella o yo.

—Te voy a escoger a ti, mi bodoquito.

—Bueno, pero ¿cuánto ganas en la panadería?

—Depende, como soy tesorero del Sindicato de Panaderos, a veces saco 300, a veces 400 pesos.

—Bueno, si no quieres ver bultos por acá, me das tu dinero.

—Está bien, vamos a juntarnos, a ver cómo nos llevamos.

De maravilla, Sabino tenía 18 años y era un toro, a diario hacía el amor, sin falta. Yo hasta me aburría de tanto sexo. Está bien que sea bonito, pero tanto, harta. Mas yo lo quería y a diario lo dejaba hacerme caricias.

Estábamos muy acaramelados una tarde, cuando llegó su padre y lo sacó a golpes, alegando que yo lo traía embrujado. Sabino no tardó ni dos horas en regresar y, de coraje, el viejo hizo que lo corrieran de la panadería y tuvo que emplearse de peón, así que yo lo ayudaba con mi sueldo.

Poco después a Sabino le dio mucha fiebre, se puso tan enfermo que su mamá se acercó a nuestra casa y después de un "buenas tardes" me dijo:

—Has de dispensar que venga a ver al niño. No debería porque viven en amasiato.

—Pase, mire el calenturón que tiene. Si quiere llevárselo, lléveselo.

La cabecita blanca miró acongojada al hijo y comentó en un ruego:

—Hijo, eres católico. ¿No te enseñé que debías

tener temor a Dios? Pídele alivio y de agradecimiento prométele casarte. Todo sea por tu salud.

Con tal de que se fuera, Sabino dijo que sí con la cabeza. Se alivió y mi suegra siguió con la cantaleta de que vivíamos en pecado mortal y que por eso recibíamos esos castigos de Dios.

—¿Cúal pecado? —alegaba—. No es pecado dormir con un hombre, pero sí andar sinvergüenceando con uno y con otro, digo yo.

Tanta fue su insistencia y la de los vecinos alcahuetes, que fijamos una fecha para el casorio. Aproveché que mis padres peregrinaban en Ameca para cumplir una manda a la virgen. Estaban enojados conmigo por voluntariosa.

No me atreví a vestirme de blanco porque no me quedaba nada de pureza. Compré un vestido azul marino, zapatos de ante color celeste y un sombrero que no usé, porque el padrino me regaló una sevillana negra de encaje muy fino. Ahí está el papel de mi matrimonio, en la parroquia del Salto.

En la confesión anterior a la boda dije que había andado con Fulano, Zutano, Perengano y otros más. De penitencia el cura me ordenó rezar varios rosarios.

—¿Por qué no te has divorciado? —preguntó el sacerdote.

—Tengo tres años de separada, si me piden el divorcio, lo doy.

—¿Sabes que el matrimonio por la Iglesia es hasta la muerte?

—Sí, sí, prometo no andar con otro.

Mi padrino llevó el carro de alquiler hasta el atrio del templo. En la ceremonia le pedí a la Virgen del Rosario que no fuera a pasar los productos de las penas del pasado, que ya no metiera más el choclo, que mi promesa durara hasta la muerte. A la salida, después de bañarnos con puños de arroz, me detuve en la última escalinata, frente a la plaza de armas, y distinguí a mi otro marido, Gerardo, sentado en una banquita con la cabeza baja, como los gallos corrientes. Me había dicho muy engreído en un encuentro anterior:

—A ver si aparece un hombre como yo que quiera jalar contigo. Hasta pago un novenario, a ver quién te resana. . .

—Oye, si tú no eres albañil, ya encontraré otro que me tape el hoyo, mejor dicho, otros, los que se me pegue la gana.

Alcé la cabeza en pleno desafío, como diciendo ¿No que sólo tus chicharrones tronaban?

Estaba rete contenta, confesada y comulgada, disfrutando de un sabroso mole, cuando se aparece Delfina y me insulta:

—Vas a ver, Manuela hija de la chingada, siempre has de hacer tu voluntad, ya te casaste con este cabrón y crees que la hiciste ¿no? Te conozco, al rato te vas a aburrir y vas a agarrar otro, no soportas un marido. Ni siquiera le avisaste a mi papá, pendeja.

La pata de pollo se me atoró en la garganta y me defendí:

—Yo sé lo que hago, manita, ya cumplí los 18 años, ya no te metas.

A su regreso, mis padres seguían sentidos conmigo, pero Sabino los buscó disculpándose por la falta de atenciones.

—Comprendo que eres un buen muchacho —reconsideró mi padre—. Manuela ha andado con uno y con otro y vergüenza da saber la vida que llevaba. Ahora ésta es tu casa y ojalá vivan bien.

Mi madre lloró emocionada.

Unos meses después, mi padre adquirió la casa de don Teodomiro y nos la cedió para instalar una panadería. Hasta dejé mi trabajo de la fábrica para ayudarle a Sabino en el amasijo y despacho de pan. El panorama era prometedor. Estábamos contentos pero nos inquietaba la ausencia de la cigüeña. Sabino fue con un doctor y éste le dijo que era chiclán, que no podía tener familia. Yo creo que eso me lo pegó, porque ya nunca más volví a encargar niño.

En 1946 escaseó el azúcar y la vendían racionada, no alcanzábamos a cubrir la producción necesaria. Cansado y abatido me comunicó Sabino que en la Junta del Sindicato de Panaderos los comisionaron a él y a Cristóbal para ir al ingenio de Ameca, a comprar azúcar por mayoreo. Me pidió dinero del ahorro y se fue un lunes a cumplir con su misión.

Todo el martes esperé a mi marido despachando el pan. Como a las once de la noche, cuando iba a cerrar, que se aparece con sarape y sombrero grande: "Ven pa' dentro", indicó nervioso.

—¿Sabes lo que nos pasó? Le dimos un balazo al inspector de policía de Zapopan y nos viene siguiendo la Judicial. Dicen que el muerto era sobrino de Avila Camacho, así que nos van a perseguir hasta matarnos como perros. Dame dinero. Me voy a esconder con mi tía María en el rancho de Juanacaxtle. Apúrate o me matan.

Se fue y huyó pegado a las paredes de la calle, sin dejar rastro. A los 15 minutos llegó un comandante preguntando por Sabino y dije que lo estaba esperando. Fingí bien porque se retiró diciendo que "traía un asuntito con él".

Al otro día andaban dos camionetas repletas de agentes pidiendo a Sabino y a Cristóbal vivos o muertos. Sobre la cabecera de mi cama estaba un cuadro de nuestra boda, mismo que descolgaba en el momento en que entraron unos agentes que me lo quitaron para "identificación". Comentaron que el difunto era sobrino de la señora Soledad Orozco, esposa del señor Presidente de la República, don Manuel Avila Camacho, y que en la madrugada irían a buscar en los ranchos aledaños hasta dar con Sabino.

Desesperada, me puse un rebozo y le pedí a un amigo nuestro que se vistiera como gente muy pobre. Tomé a mi sobrinita Maurilia en brazos, la hija de Victoria Ramos, una mujer que trabajaba en la cantina de

Delfina y que se la dejó encargada a mi familia. Mi amigo y yo agarramos la calle que salía al campo de pelota hasta llegar al puente, donde nos encontraron unos agentes. Bueno fue que la luna brillaba poco y que él dijo con cantaleta de indito que llevábamos a la niña enferma, porque nos dejaron seguir nuestro camino.

A la una de la mañana estábamos frente a Sabino para llenarlo de advertencias, y de aquí empezó un largo trajinar. Yo me regresé a la panadería y él se fue al rancho de Poncitlán con unos parientes de nuestro amigo, con quien le enviaba dinero. A los cinco meses me mandó llamar para que personalmente le llevara fondos porque no tenía. El "amigo" se clavaba los envíos.

Luego lo acompañé a Irapuato, hasta el rancho del Tecolote, donde estuvo con mi tía Cleofas. Fue a parar después a Torreón, Coahuila, esperanzado en que faltaban cinco meses para que Avila Camacho dejara el poder. Me dijo que vendiera la panadería y con valija grande fui a encontrarme con Sabino. Buscó trabajo de panadero y los dueños del cuarto que rentábamos lo dejaron poner en el patio un horno cubierto por una tejavana de láminas. Hasta instalamos una vitrina de metro y medio para exhibir el pan dulce y mi familia envió artesa, mantas, palas y tablones de madera para hacer bolillo.

Pasaron unos meses y una tarde me dijo Sabino que iba a una tienda en la cual habían quedado de resolver una entrega de pan. Se paró en la puerta mirando hacia la acera de enfrente, donde estaba el consultorio de un médico militar que era atendido por una muchacha. Vi que ella se paró en su portal porque yo estaba

acomodando el pan con los ojos hacia la vitrina.

Noté que se hacían señas y cuando Sabino volteó para despedirse de mí, yo me hice la distraída. "Me voy", dijo. "Bueno", le contesté. Qué bueno ni qué bueno. Al ratito me asomé y él caminaba por una banqueta y ella por la de enfrente en forma paralela. Me fui tras ellos hasta que se sentaron en la banquita de un parque, platicando animadamente. Me escondí un rato detrás de un árbol, pero no me aguanté los celos. Salí de mi escondite y me les planté enfrente.

—Ajá, Sabino, ¿es aquí donde vienes a hacer los entregos?

Sorprendido, se quedó viendo y preguntó:

—¿Y tú, qué haces aquí?

—Mira qué bien acompañado estás. . .

Debe haber sido una mirada dura la que le clavé a la muchacha porque, sin chistar, se paró y se fue. Sabino se puso rojo de coraje, se me echó encima y me quiso pegar. A empujones me defendí diciéndole:

—Atrévete a golpearme y ahorita mismo doy parte a la policía. Más vale que evites un escándalo y vuelvas a la casa.

El regreso fue tenso. Nos mirábamos desconfiados hasta que llegamos a la avenida 20 de noviembre 112 sur, en donde la casera había vendido unos panes durante mi ausencia y preguntaba por qué había abandonado el negocio sin avisar. Le agradecí la gentileza y me fui al cuarto con Sabino.

—Sabes, a mí no me gusta que me andes siguiendo y menos que hagas papelitos en la calle. Arregla tus co-

sas y ahorita mismo te regresas. No te quiero ver más, agarra el tren de las diez de la mañana.

No entendí: en vez de ser yo la ofendida, él estaba furioso. Tarde se le hacía para que me fuera. Volví al Salto toda jodida, sin un peso, mis ahorros se quedaron en la panadería. ¡Vaya negocios que se hacen luego en los matrimonios!

Era un quince de mayo y mi padre celebraba su cumpleaños cuando se quedó boquiabierto al verme llegar.

—Hace mucho calor en Torreón, así que mejor me vine —dije tratando de disimular.

—¿Y tu marido?

—El sí aguantó el calor, así que se quedó. . .

—Hija, las canas no me salieron por pendejo, me salieron por viejo. Dime la verdad.

El relato fue breve, el orgullo dolía y lastimaba recordar.

—Eso sacas por no oír consejos m' hija, creen que uno les dice las cosas por mal y es por su bien. Escucha esto que no te había querido decir y que me contó la madrastra de Cristóbal: ellos no fueron a comprar azúcar, sino a Guadalajara a sacar a dos pupilas de la casa de Esperanza Benavides y luego a bailar a Zapopan. Sí, un inspector de la policía se las quiso quitar para que lo acompañaran a tomar en su mesa y Sabino y Cristóbal se opusieron. El inspector sacó un verduguillo de fuete que traía en la mano para darles en la cabeza, cuando Sabino desenfundó la pistola y le dio un balazo. Y mira dónde han llegado las cosas y cómo se ha descompuesto él. Tú lo sigues como un perro fiel, por no decirte cosas más ofensivas. No te voy a dar con las puertas en la cara m'hija, pasa, abre una panadería y ponte a trabajar, y ya, Manuela, ¡estáte en paz!

Con dos mil pesos de Delfina y mil de mi papá abrí mi propia panadería, arrancándome pronto a ver al secretario del Sindicato de Panaderos, Juan González, para que me mandara trabajadores, porque todos estaban sindicalizados. Así lo hizo, y cuando uno de los panaderos se emborrachaba, Juan mismo iba a hacer el bolillo, diciendo que él era el responsable de sus compañeros y ni modo de dejar botada la revoltura de harina. Yo le pagaba el sueldo del panadero ausente.

Entre amasijo y amasijo, empezó a tratarme de amores, y a mí me gustó el Juan. Eso sí, le aclaré:

—Oye, pero tú estás casado con Victoriana.

—Claro, pero tú también estás casada con Sabino. Nomás no hay que exhibirnos ante la gente.

Quedamos de vernos en Guadalajara, ciudad cercana al Salto, junto a la terminal de autobuses, una cuadra arriba del Hospicio Cabañas. En ese lugar nos abrazamos y luego entramos a un hotel. Juntamos nuestros cuerpos hasta las seis de la tarde.

Embonamos tan a todo dar que nos seguimos viendo, unas veces en ese hotel y otras en mi casa, cuando ya vivía sola. Primero entre los panaderos y luego entre los vecinos corrió el chisme como cuete. Terminé por esto con él, pero era muy rogón, andaba tan entrado que me dijo que iba a divorciarse de Victoriana para seguir conmigo.

Recibí una carta de Sabino que decía más o menos así:

Perdóname. Te extraño. Me voy a Tijuana, luego mando por ti. Tu marido que te quiere.

Los primeros días sentí angustia e inquietud. No sabía para dónde jalar. Quería estar un tiempo sola pero le temía a la soledad. La mujer no es mujer si no tiene un hombre que la quiera.

Yo seguía viendo a Juan cuando llegó otra carta de Sabino, preguntando que si era cierto lo que decían unos compadres: que lo había olvidado por andar con su amigo Juan González, que le dijera la verdad. Le contesté así:

Sabino: Pon los ojos en otra cara, ya no te acuerdes de mí. Sí es cierto que he andado con Juan. Pagar es corresponder. No se me olvida la muchacha de Torreón. Sigue tu camino y yo el mío. Quedas libre para hacer lo que quieras. Y estampé mi firma.

A los quince días escribió:

Vamos a perdonarnos, tú de allá para acá y yo de acá para allá. Voy a cambiar contigo. Vamos a hacer una vida nueva. Tuyo, Sabino.

Mi padre me traía cortita, Juan seguía de necio, los vecinos de víboras y Sabino arrepentido... Decidí empacar mis cosas, cerrar la panadería y juntar los ahorros.

—Mucho cuidado —alcanzó a advertirme mi padre dándose la media vuelta. Yo quería llorar pero me ha-

cía la fuerte, sabía del dolor que les había causado y causaba a mis padres.

La que lloró fue mi madre.

Me acordé de la promesa hecha el día de la boda: "Sí, padre, el matrimonio es hasta la muerte". Lo que pasa es que de coraje uno se olvida de los pactos y cada quien agarra por su lado. Regresaba con Sabino y en el tren hacia Tijuana me santiguaba: Te cumplo, Dios mío, te cumplo.

6

el prometer no empobrece, el dar es lo que aniquila

Soldado José Valenciano Tadeo

Entre cuatro paredes, Delfina le contó a su hermana que María la Cucha le llevaba mujeres de Guadalajara a su cantina en El Salto. María siempre usaba un rebozo para cubrirse la mitad del rostro: se le veían los ojos pero no la boca. Contaba que en el tiempo en que estuvo de gobernador don Guadalupe Zuno, suegro de Luis Echeverría, la metieron presa a ella, a la Huesos y a otra, acusadas de ser unas prostitutas desalmadas que tiraban a los niños que nacían en sus burdeles.

Dicen que el gobernador las mandó encarcelar. Y no sólo eso: para que escarmentaran públicamente, su gente las puso en una plaza de toros a las tres. Se trataba de dar una lección pública, porque habiendo tantas mujeres de cascos ligeros en la región, nada más faltaba que todas siguieran su despreciable ejemplo. Las que salieran vivas del redondel obtendrían su libertad.

María la Cucha se estrujaba al recordarle a Delfina el momento en que vio salir al toro bravo a la arena. Quería correr, pero las piernas se le pusieron tiesas. Las otras dos se abrazaron gritando de cosas. No sabían si juntarse o dispersarse, una se tapó los ojos para no ver y la otra se paralizó ante los cuernos de la bestia. Una de ellas murió, no se supo bien si del susto o la cornada. Por lo flaca, la Huesos logró huir y a María el animal le dio un tope en la quijada y se la descompuso.

Desde aquella extraña tarde de toros, María ya no mostró su rostro, andaba medio tapada con un rebozo. Sintió tanta vergüenza por el castigo impuesto que ya no quiso vivir en el Salto, mejor se perdía entre la muchedumbre de Guadalajara. Ahí puso otra casa de citas junto con un hombre que había sido sastre.

Entre las muchachas que le llevó la desquijarada María a su amiga Delfina estaban Guadalupe y Juana Moreno, que hacían honor al apellido: eran bien prietas. Guadalupe era guapetona, alta y delgada de ojos negros, pero con el tiempo se descompuso, pues dicen que los años no pasan en balde. Juana era muy ojo alegre, le encantaba la huaracha, bailaba sin cesar hasta el amanecer. Delfina les tomó tanto aprecio por servirle bien que hasta pagó 300 pesos cuando el entierro de la madre de ellas.

Juana nada más agarró práctica y se puso lista en el negocio. Imitando a María andaba comerciando mujeres bajo el nombre de Beatriz. Tan hábil era para acarrearlas que se quedó a cargo del burdel de San Pancho.

Aunque en Jalisco sí estaba permitida la prostitución dentro de la zona de tolerancia, los policías que hacían ronda luego entraban al lenocinio queriendo tener cachuchazo (acueste gratuito). Cuando las pupilas de Delfina se cansaban de ellos, entonces eran bien méndigos, esperaban a que saliera cualquiera de las muchachas a la calle y la llevaban a la cárcel quince días, que "porque andaba puteando fuera de la zona" o por "faltas a la moral en la vía pública". Delfina tenía que ir a sacarlas con mordidas o pagando multas. Les pedía mejor que salieran lo menos posible porque no sabían de qué humor iban a andar los cachucheros.

Con los que se llevaba a todo dar era con los soldados del regimiento que custodiaba la zona. Cuando andaban francos se iban a divertir de lo lindo. Había algunos que raptaban a una incauta muchacha de las rancherías cercanas, enamorada del vistoso uniforme viril y bota grande, y al poco tiempo, cuando se cansaban de su conquista, la depositaban en el burdel para no cargar más con el paquete y para que aprendieran a ser "más mujeres".

En 1954 hubo una orden de desarme en Jalisco, debido al exceso de machos que nomás porque los miraban feo aventaban de balazos. Nombraron jefe de inspección en Lagos al capitán Hermenegildo Zúñiga.

Cuando andaba de civil usaba una pelerina o capa negra, y los parroquianos, que habían visto varias veces la película *El Aguila Negra,* decían: "¡Mira! ¡Ahí va!", señalando a Zúñiga. Se le quedó el mote y ni modo de reclamar porque más se lo decían. Por lo menos no se burlaban de él por traer a una mujer desnuda tatuada en el brazo derecho.

Hizo buenas migas con doña Delfi porque se portaba amable y le gustaba ir a bailar y tomar. Nunca la vio cargando pistola durante sus inspecciones, pero "quién sabe si la tenía escondida en la recámara", dijo el militar al ser entrevistado.

José López Alfaro y Juan José Valenciano Tadeo

eran soldados y clientes asiduos del *Guadalajara de Noche*. Inclusive recibieron varios castigos en sus cuarteles por parranderos. Le tomaron tanto aprecio a la dueña del burdel, que cuando Alfaro se casó la invitó a ser la madrina de bautizo:

—Doña Delfi, quién mejor que usted para que bautice a mi hijito. Venga, le voy a presentar a mi esposa y vamos a buscar un sacerdote.

Vivían a la vuelta de la esquina, así que hicieron el festejo en un ratito. La esposa sabía bien de la fama de Delfina, pero como era buena y abnegada, la aceptaba de comadre.

No queriéndose quedar atrás Tadeo, también convirtió a la amiga en madrina de su hijo. Este soldado se había casado con una güerita sólo por lo civil, porque dicen que era bien mujeriego y no quería quedar mal con Dios.

Alfaro fue comisionado a Ocotlán, Jalisco, desde donde le escribía a su comadre. A él lo aprehendieron y sus cartas fueron decomisadas años después por el Ministerio Público, durante el proceso de las Poquianchis. Dos frases de sus cartas hicieron pensar a los jueces en claves secretas. Una dice: "No he podido mandarle nada, pero el día menos pensado ahí me tienen", y otra: "ya los perritos, si los quiere para mandárselos con su comadre, están bien bonitos". Esto podría interpretarse, con mucha imaginación, como el envío de mujeres al burdel. Alfaro se defendió diciendo que lo que quería enviar, según la primera frase, eran unas naranjas y, de acuerdo con la segunda, unos jarritos de Tlaquepaque. De cualquier modo, cumplió ya una

condena de 16 años por lenocinio, asociación delictuosa y plagio o secuestro.

A Juan José Valenciano Tadeo lo condenaron a 35 años de prisión, porque una de las pupilas de Delfina declaró que le oyó decir en una plática que "le iba a dar en la madre a Luisa", una muchacha que desapareció y que además él "mató a un hombre del *Quinto Patio* por órdenes de Delfina". Con esto y los mismos cargos que a su tocayo José López Alfaro, Tadeo murió en prisión sin teminar de cumplir su sentencia.

Igual suerte que Tadeo corrió el capitán Hermenegildo Zúñiga, alias el Aguila Negra, nada más que actualmente, a los 74 años, sigue luchando por su libertad, solicitando amparos y revisiones del expediente. Su fiel esposa lo apoya y visita. Gana algo haciendo suéteres estilo Chiconcuac.

Sentado con la espalda erguida como buen militar y sombrero de paja en vez de quepí, comenta por último:

—No niego que era cliente ocasional de Delfina. Ella trataba un poco mal a sus muchachas, pero no vi que las golpeara, por lo menos delante de mí, no. Yo era inspector ganadero cuando nos apresaron y había descubierto 54 abigeatos. Entonces me meten a la cárcel y por poco me matan los individuos que yo mismo consigné. Por consejo de Delfina compré un terrenito en San Angel y viví ahí dos meses con mi esposa para vigilar la cosecha, pero no aguantamos porque me enfermé de los ojos y había muchos alacranes. Hace poco vendí ese terreno.

El capitán recuerda a la amiga que sin querer le dio tantos años de prisión:

—Algunas veces le hice favores a Delfina porque era mi amiga, pero nunca le dije que se deshiciera de las mujeres porque estuvieran feas e inservibles. ¡Qué bárbaras, cómo despotricaron en mi contra! Estoy aquí, no sé ni cómo, todavía vivito. Parezco una botella de vino añejo a la que echaron resistol.

7 más me vale estar bien parada que mal sentada

Yo, Manuela o Ma. de Jesús

Sabino daba vueltas en el cuartito de hotel en Tijuana cuando le caí de sorpresa. Murmuraba repetidamente: Bodoquito, cómo no dijiste que venías para prepararte algo, no avisas, mañana buscamos acomodo, aquí está feo, vivo con otros dos cuates.

Por medio de unos amigos del Salto rentamos un cuarto en la colonia Libertad. Compré ollitas, cazuelas y lo indispensable, descontrolada porque me cobraban en dólares. Como vivían ahí varios paisanos me fui ubicando. Es de lo más tonificante la mano amiga en un lugar extraño.

La hermana de Sabino vivía en la misma ciudad con su marido. Este trabajaba en San Diego, California, y alborotó a Sabino para probar suerte, pero no tenía pasaporte y ni modo de pedir acta de nacimiento siendo prófugo de la justicia.

—Mira cuñado —indicó Ramón—, yo tenía un hermano que se murió hace poco y que casi era de tu edad. Si quieres escribo a mis padres para que nos envíen su acta y yo les digo a los patrones que mi hermano eres tú.

Así, en menos de dos meses Sabino consiguió pasaporte local y se aventuró al otro lado. Regresó feliz porque en una semana ganó 300 dólares, gracias a un bolón de horas extras que se echó para congraciarse

Sabino daba vueltas en el cuartito de hotel en Tijuana cuando le caí de sorpresa. Murmuraba repetidamente: Bodoquito, cómo no dijiste que venías para prepararte algo, no avisas, mañana buscamos acomodo, aquí está feo, vivo con otros dos cuates.

Por medio de unos amigos del Salto rentamos un cuarto en la colonia Libertad. Compré ollitas, cazuelas y lo indispensable, descontrolada porque me cobraban en dólares. Como vivían ahí varios paisanos me fui ubicando. Es de lo más tonificante la mano amiga en un lugar extraño.

La hermana de Sabino vivía en la misma ciudad con su marido. Este trabajaba en San Diego, California, y alborotó a Sabino para probar suerte, pero no tenía pasaporte y ni modo de pedir acta de nacimiento siendo prófugo de la justicia.

—Mira cuñado —indicó Ramón—, yo tenía un hermano que se murió hace poco y que casi era de tu edad. Si quieres escribo a mis padres para que nos envíen su acta y yo les digo a los patrones que mi hermano eres tú.

Así, en menos de dos meses Sabino consiguió pasaporte local y se aventuró al otro lado. Regresó feliz porque en una semana ganó 300 dólares, gracias a un bolón de horas extras que se echó para congraciarse

con los patrones. Me contó que en las etiquetas de pan decía "Frankie's", creo que era nombre italiano.

Un día que regresó Sabino de rayar en San Diego, pasó a casa de su hermana a ver qué noticias tenía de Guadalajara. Como a las siete de la noche se presentó conmigo y le pregunté si quería comer.

—Cené en casa de mi cuñado, mejor vente, vamos a dar un paseíto.

Caminamos hasta un lugar de muchas yerbas, cerca de la línea de alambrado que divide a Tijuana de los Estados Unidos. A lo lejos se divisaban las luces de San Isidro.

—Oye —preguntó Sabino—, ¿que tú te paseaste con Juan en Guadalajara a lo descarado? A mi hermana le contaron que él te llevaba en su carro y que con una mano manejaba y con la otra te traía abrazada...

—Yo misma te mandé decir por carta que andaba con Juan, ¿ya no te acuerdas? Tú también tuviste tu detallito en Torreón, y si te sientes limpio y puro, arrójame la primera piedra.

En eso que saca una navajota, de esas que usan los peluqueros para rasurar, grande, grandísima, de las que se doblan para cerrarse, y me sentencia:

—Prepárate, porque aquí te vas a morir.

Unos niños que andaban cerca de nosotros no lo dejaban llevar a cabo su plan.

—Váyanse de aquí, niños latosos, hay mucha yerba.

Y yo, queriendo salvar el pellejo, le decía:

—Mira, si de otra te escapaste, de ésta no, porque soy conocida, saben que vivo contigo, gente del Salto nos conoce.

Lo dije en tono tan chillón que una señora se acercó toda emocionada:

—Lueguito reconocí tu voz, siempre tan argüendera, te he andado buscando. Soy Luz, Luz Soto, ¿ya no te acuerdas de mí?

Vi a Luz con el resplandor de un ángel de la guarda, y le expliqué que Sabino me quería rebanar el pezcuezo con una navajota. Luz le dio su regañada y me ofreció su casa como refugio, para luego comentar:

—Qué suerte que haya traído a mis hijos a este llanito para hacer sus necesidades.

Cuando la fiera se ve perdida se convierte en una especie de perrito desvalido. Sabino andaba con la cola entre las patas, siguiéndonos hasta casa de otra amiga del Salto que pasamos a visitar. Deseoso de borrar la mala imagen, corrió a traer vino para celebrar el afortunado encuentro.

—En la esquina renta unos cuartos la mujer de un policía. Cámbiense ahí para estar cerca de nosotras en caso de que Sabino se alebreste de nuevo —me sugirió esa amiga.

Sabino llevó nuestras cosas a la casa indicada y todo volvió a la normalidad. Me aburría de estar toda la semana sin mi marido, los días me parecían eternos esperando el domingo para verlo.

Yo había aprendido a poner inyecciones intramusculares y sueros. El tiempo era propicio: acababa de salir la penicilina y las aplicaciones se cobraban en dólares. Conseguí una tabla y compré un pomito de pintura de esmalte para anunciar mi oficio. Hice un rótulo que puse con un clavo sobre la puerta, de manera que se colgara y descolgara el domingo, cuando llegaba Sabino. Pero una vez llegó en sábado, vio el letrero, hizo berrinche y hasta bailó el jarabe sobre mi pobre tablita.

—¿No tienes qué comer? Dinero te doy de sobra.

—Me fastidio de estar sola, te veo un día a la semana.

—Pos distráete en otra cosa. No sé, en otra cosa.

Sabino empezó a enfriarse conmigo, ya no me sacaba como antes al cine, al galgódromo o al parque. Llegaba a bañarse y con cualquier pretexto se acostaba para oír luego sus ronquidos. Eso sí, el gasto me lo daba completito.

En una de esas aburridas noches me puse mi camisón y me dormí a su lado. De repente me despertó algo calientito en mi boca. Me la restregué con la mano y que palpo una especie de mucosidad. Di un grito.

—¡Ay! ¡Desgraciado! ¿Cómo me pones tu basura en la boca?

Salté de la cama diciéndole cochino y cochino, me lavé con jabón, con pasta y hasta con alcohol. Regresé del baño y puse las manos en la cintura en forma de jarra, muy macha:

—Oye, ¿qué te pasa, cómo querías que qué?

—No, si yo nomás pensaba que. . . como dicen por ahí que se siente muy bonito. . .

—Acusas a mis hermanas de cuscas, pero quién sabe con quién te juntas que agarras esas puercas costumbritas. Te lo digo de una vez: prefiero convertirme en una madrota o buscarme un viejo que me trate como yo quiero, decentemente, antes que permitirte eso. ¿De qué sirve que seas mi marido y me trates tan de a feo?

No dijo ni pío, nomás se sintió. Seguro que dormía con otra porque de dónde había de sacar esa costumbrita sino de las gringas que tenían fama de locas y aventadas. Siguieron semanas de no hablarnos más que lo indispensable, y en el último intento de contentarme con él saqué pasaporte, pero me prohibió acompañarlo. Eso sí, siguió dando el gasto completo.

Junté en unos años 57 mil pesos que no hallaba dónde disfrutar. En la casa sólo se respiraba un aire de tristeza y lejanía.

Un lunes que Sabino se fue al trabajo junté a las vecinas, ofreciéndoles los enseres de mi casa en una ganga y se arrebataron todo. Me hice de dos petacas en el centro, decidida a dejarlo sin decirle ni adiós siquiera. Cerca de la terminal de autobuses compré un encendedor, unos calcetines de lana y un pantalón de baño para mi padre.

Salía de la tienda acompañada de una amiga cuando me paralizó una pinza clavada en mi brazo. Eran los dedotes de mi marido. ¿Cómo se enteró? No lo sé, algún chismoso.

—¿Así que te vas sin despedirte?

—Sí, y no me llevo nada tuyo, dejo las cuentas saldadas.

—Ya te hartarás y volverás de rodillas a buscarme.

—Sabino, haz de cuenta que ya me enterraste y yo a ti.

Ni la mano nos dimos ya.

De vuelta en la casa hubo revoloteo y abrazos a toda la familia: desde el jefe hasta el más pequeño de los sobrinos. En la noche se oyó una serenata y pensé que era para mis sobrinas. Que me van diciendo que era Juan González, quien andaba divorciándose de Victoriana. Otra vez la mula al maiz.

Cinco meses después murió mi madre, el 10 de octubre de 1949. Hasta muerta se veía bonita, pura. No está bien en mí decirlo, pero ella era una santa. La prueba está en que al año desenterraron su cuerpo y estaba toda entera.

Un día me encontré a Guadalupe Reynoso, hermana de Gerardo, mi primer marido. Apantallaba con un vestido provocador, muy pintada la cara y un caminado de mujer de ciudad. Parecía garza a punto de levantar el vuelo. Años antes había huido del pueblo porque le puso los cuernos a su marido y no supimos más de ella. Ahora las calles del Salto le quedaban angostas para pisar sobre ellas.

Nos saludamos y le invité una cerveza. Me contó que se fue a Villa Acuña a trabajar de pupila en un cabaret, que se hizo amante del dueño y le sacó dinerito para irse a León con la idea de independizarse:

—Alquilé una casa que antes estaba regenteada por un joto que le decían el *Poquianchis*. Te invito a

ir conmigo a León para que conozcas mi negocito. Y no me llames Guadalupe, ¿eh?, ahora soy Laura Lárraga. ¿A poco no suena bonito? Es un nombre como de emperatriz o de artista famosa.

Pies para qué los quiero. Me fui corriendo a acompañarla. Me encontré con un lugar muy elegante, nada parecido a las casas de Delfina, que eran vulgares junto a esto.

Al oscurecer empezaba el movimiento y el ruido de una sinfonola de lujo. A los lados de una barra de cedro redondita había dos espejos grandes con marco dorado. Las mujeres, que se repartían en una media docena de mesitas a brindar con la clientela, ni parecían putas de lo bien vestidas. Además no eran compradas, eso estaba pasado de moda en León. Prestaban sus servicios a sueldo. Laura me explicó que en Guanajuato las casas de asignación estaban bien reglamentadas, y por eso no había policías que quisieran extorsionar.

De regreso en El Salto no dormía en las noches, soñando en poner un lugar de esa categoría. Hasta Juan me dejó de interesar, así que agarré mis chivas y me despedí de todos. Alboroté a Enedina Bedoy y a María de los Angeles, que le daban al talón en unos cuartitos alquilados. Llegamos las tres a León, embobadas al contemplar una ciudad de verdad.

Atrás de la parroquia tomamos un taxi, dispuestas a encontrar una buena casa para abrir un negocio parecido. El chofer enseguida tomó confianza con nosotras y nos aconsejó buscar en las afueras de la ciudad, sin

cometer la torpeza de revelar para qué queríamos el lugar.

Encontramos una casita en Bellavista que rentaba 200 pesos mensuales. El mismo chofer, Gabino, nos ayudó en la firma del contrato. Le adelanté al dueño seis meses de renta y aceptó con mucho gusto. La sentí como una mansión: tres piezas, ventanas de vidrio, pasillo ancho y cochera; pisos de mosaico y árboles frutales en el jardincito.

Conocedor de estos manejes, Gabino nos guió a la Cervecería Corona a pedir una concesión, y no sólo eso nos dieron: también nos prestaron una barra, mesas y hielera, pidiendo sólo que las pintáramos porque eran de segunda o, más bien, de quinta mano. Compré cuatro camas, tres roperos sin luna y dos con luna, y hasta un lindo pulman de terciopelo guinda con dos sofás. Para marzo de 1950 la casita estaba arreglada, sólo le faltaba luz eléctrica porque los cables no llegaban hasta allá. Pusimos lámparas de capuchón que encendían con gasolina. Todo listo, menos lo principal: la licencia para funcionar.

—No hallo cómo llegar a la presidencia a solicitar los permisos —les comenté a Enedina y Angelita.

—Mañana vamos al salón y después nos presentamos en la alcaldía todas arregladitas, dices lo que quieres y a rezar porque nos den el permiso.

Gabino nos condujo a la Presidencia Municipal a las cuatro y media de la tarde. Hasta nos chifló al vernos tan despampanantes. Por las ventanillas del taxi salían los olores a lavanda, de esa que tiene un caballito pintado en la etiqueta del frasco.

A la entrada del edificio estaba la oficina de rentas, a un lado la de tránsito y al fondo una escalera de material. Subimos al segundo piso donde nos recibió el licenciado Luis Vázquez, oficial mayor. Explicamos el asunto y pedimos hablar con el mismo presidente municipal, pero no estaba. Así que se nos indicó volver el lunes a las once de la mañana. Tarde se nos hacía para que fuera lunes.

Vibrábamos cual batidoras cuando pasamos a la oficina del licenciado Fernando Liceaga Arrionda, secretario del presidente municipal, flanqueadas por el licenciado Vázquez. No hallaba cómo empezar y fue el oficial mayor el que dio una breve explicación.

—¿Quién de las tres solicita el permiso? —preguntó Liceaga.

—Yo, licenciado —dije tímidamente.

—¿Cómo se llama?

Le dije que Manuela González.

—Bueno, Manuelita. . .

(Le caí bien al licenciado).

—Manuelita, ¿en dónde está la casa? ¿No será céntrica, verdad?

—No, licenciado, está al final de la calle de Campeche, en la colonia Bellavista.

—Mira, en la noche vamos a ir Vázquez y yo a ver las condiciones en que está y ahí hablamos del permiso.

—Está bien, licenciado.

El oficial mayor sonrió, me hizo una seña como de *okey* y nos indicó la salida.

Gabino nos llevó a comprar vasos, refrescos, dos botellas de vino, tehuacanes y hielo. La tarde se nos pasó en un santiamén haciendo preparativos. Barrimos y trapeamos.

A las diez de la noche se anunciaron con el claxon del carro el licenciado Liceaga, Vázquez y un tipo que se llamaba Salvador. Nos tropezábamos al indicarles el camino para recorrer la casa.

—Está aceptable y en buen lugar, lo único que le falta es luz eléctrica —comentó el secretario del presidente municipal.

No supe qué responder. Estaba tan emocionada que pedía disculpas por la falta de luz, cuando en realidad era asunto del municipio. Pero la iluminación tenue de las linternas resultó acogedora y empezaron a tomar confianza; fuera sacos.

Tomamos vino y cerveza en una mesita hasta que el reloj marcó las tres de la mañana. Vázquez brindaba con Angelita, Salvador le sonreía a Enedina, y yo platicaba con el licenciado Liceaga, quien me decía:

—Si no tomas tú, no tomo yo.

Lo seguía, pero no estaba acostumbrada a beber tanto.

—Mira Manuelita, ya está bueno que me lleves a tu recámara para arreglar lo del permiso, quiero hablar en privado contigo.

—Está bien —y me paré a conducirlo hacia mi cuarto. Sentía mucha pena con el licenciado porque había cama y ropero, pero ni una silla.

—Siéntese donde pueda, licenciado.

Se sonrió, me abrazó y dijo:

—Mira, quiero estar un rato contigo.

Entonces comprendí bien de lo que se trataba. Lo miré a los ojos porque antes había sentido vergüenza: era moreno y más con la media luz, usaba lentes de fondo de botella porque tenía los ojos encontrados, tenía el pelo chino y engomado. Se paró a desabotonarse su chaleco gris y se quitó los pantalones. Pelé los ojos cuando observé que sus flacas pantorrillas sostenían un liguero para detenerse los calcetines.

Luego se acercó a seguir abrazándome y mientras me preguntaba: "¿No quieres acostarte conmigo?", me desabrochaba la blusa. No tuve otro remedio que desvestirme y hacer el amor. Este fue mi primer trabajo forzado en la profesión.

Como a las cinco de la mañana dijo que se iba a ir. Se puso de pie y mientras se vestía me indicó:

—Te voy a conceder el permiso, Manuelita. Esta semana viene de México nuestro presidente municipal, el licenciado Herculano Hernández (de cariño, Collanito). No te puedo decir la cuota de contribución que tendrás que pagar cada mes, hasta que él te asigne el pago. Lo voy a traer aquí a divertirse y simpatizar contigo. También debes ir a Salubridad con el doctor Castellanos. Es un hombre difícil. Tú nunca has trabajado en esto y se ve que no sabes, pero lo más duro es Salubridad. Ve mañana y luego pasas a la Presidencia a verme.

Yo no quería salir de la recámara porque sentía

mucha pena con el licenciado Vázquez y con Salvador. Pensaba que ellos creían que sólo estaba tratando el negocio en privado y que no pensarían en un revolcón de cama, pero Liceaga me insistió en que lo encaminara hasta la puerta y me despidiera de sus amigos.

Nos amaneció a Enedina, Angelita y a mí comentando los sucesos. Salimos sin dormir, desayunamos en la calle y encontramos el centro de salud.

Le expliqué el asunto al doctor Castellanos y me sugirió:

—¿Por qué no trabajas en una de las casas que ya están aquí? Yo puedo recomendarlas a ti y a tus amiguitas.

Negué con la cabeza y preguntó que de dónde veníamos. Yo le mentí diciendo que de Guadalajara. Pidió que salieran mis amigas y a solas me dijo:

—Te doy el permiso, siempre y cuando te pueda mandar llamar a mi casa cuando yo quiera. Puedo enviar a un empleado de confianza a que te recoja. Quiero que seamos amigos, pero muy a lo reservado, no se lo platiques a nadie. Yo de vez en cuando te daré tus regalitos. No puedo ir a tu casa porque me conoce todo mundo y sería un escándalo verme entrar a mí en un lugar de esos. . .

—Está bien, doctor, pero si es así, quisiera que me diera un permiso por escrito para llevarlo a la Presidencia Municipal.

Me agarró la mano, la apretó y dijo:

—Ahorita le ordeno a la secretaria que lo haga para firmártelo. Y dime, chula, ¿quieres que mañana pase por ti?

—¿A qué hora?

—A las seis o siete, antes de que estés ocupada.

—Está bien.

Escribió el oficio para la Presidencia y lo firmó. Al entregármelo, me dijo: "No te olvides de mañana, chula", y me llenó de saliva el cachete.

De regreso las muchachas me preguntaban que cómo le había hecho para conseguir lo más difícil. El chofer de taxi iba oyendo y dije que mejor en la casa les platicaba.

Una vez dentro, me arreglé ante el espejo de luna y me vanaglorié de la suerte que tenía de llegarle a amistades tan altas a los 28 años de edad. Fui a entregarle el permiso al licenciado Arriaga, quien se sorprendió de mi destreza y prometió ir a vernos pronto con Collanito.

Mandamos hacer unas tarjetitas donde anunciábamos la inauguración de *La Casa Blanca,* mismas que repartimos entre los choferes de taxi y los mariachis.

Junto a la casa había un zapatero llamado Ubaldo, a quien le iba muy mal remendando chanclas viejas. Lo contraté de cantinero por 20 pesos diarios. Inauguramos un sábado y los primeros en llegar fueron unos cancioneros, un trío de tres (luego llegaban tríos de dos o de cuatro).

Hasta las dos de la mañana se acercó un carro de sitio con dos señores que pidieron licor, pero sólo había cerveza. Molestos por la falta de luz y de sinfonola se pusieron a tomar con Angelita y Enedina. Pidieron canciones y luego se pasaron al cuarto. A la media hora salieron y uno le dijo al otro: Vámonos.

—Aquí está la cuenta, señor —indicó el eficiente cantinero.

—¿Cuál cuenta? No traigo dinero —y se encaminaron hacia la salida.

—Por favor, por favor —gemía el cantinero—, páguenme la cerveza.

Uno se regresó bufando y preguntó por la dueña del antro.

—Yo soy —le dije apoltoronada en mi pulman de terciopelo.

—No pago, y mañana va a ver lo que le pasa a este mugrero de casa. No tienen los servicios que se necesitan. . . ¿Pos qué no sabe quién soy?

Sacó enseguida una credencial para que la viera pero me negué.

—Yo soy periodista, Felipe Hernández Segura, ¡el Felipón! El Fe—li—pón. Mañana va a ver. . . Y no pago nada.

Me chocan las amenazas. De un salto me levanté y le di una bofetada en la cara.

—¡Te vas a arrepentir! —sentenció con una media vuelta de torero.

Le pregunté a Enedina por qué se había disgustado tanto el tipo, y explicó:

—Quería estar conmigo pero yo le pedí el dinero por adelantado. Revisó las otras recámaras y se puso amenazante, pero yo no cedí.

Eran las cuatro de la mañana y nadie más se paró. Cuando le pagué al cantinero, me consoló diciendo que a lo mejor mañana venían más clientes. Suspiré y le respondí:

—Si viene más gente como ésa, mejor que ni vengan.

Nos fuimos a descansar sin un centavo en la bolsa, más bien con pérdidas.

8 corazón de mesón, todos entran en montón

Guadalupe Moreno

Cinco mujeres fueron señaladas como las Poquianchillas, por estar encargadas de los burdeles en ausencia de las hermanas González Valenzuela, puesto de confianza que les costó hasta 26 años de condena. Una de ellas, Guadalupe Moreno Quiroz, delgada y de prominentes pómulos, tiene tapizadas las paredes de su angostísima celda con imágenes de santos y un altarcito a la Virgen de los Lagos. En el suelo hay cajas de refresco que, para ganar unos centavitos, vende a sus compañeras, además de tejer chales.

Relata:

—Hay un ojo que siempre me ha observado, algo que habrá de juzgarme. Cuando me metí a la mala vida, siempre me espiaban, a través de un agujero en la pared cubierto por un calendario, para que les cumpliera a los hombres. Las González Valenzuela andaban siempre tras de mí. Ni sé por qué este dominio, a lo mejor porque una es dejada e ignorante. Quién sabe por qué el ojo de Dios que me mira no me ha perdonado.

¿Sabe por qué hui con el novio a los trece años? Quizá por ser huérfana de padre. La vergüenza me atacó y dejé Atotonilco por no soportar ser señalada. . .

Mi madre que era honrada y no salía a ninguna parte me lo advirtió: "Hija, no vayas a Guadalajara porque está muy perdido". Pero allá me fui con mi

hermana Juana a trabajar en una tortillería. En llegando visité la catedral porque mi padre fue uno de los albañiles que ayudó a levantarla, pero él se cayó y le dieron ataques hasta que Dios se lo llevó.

Estaba yo jovencita, de 17 años, y andaba ensalsada para que me escogieran de abanderada en un festejo en el que hasta foto me sacaron. Creo que por esto, una tal María la Cucha pasaba y me veía mucho, también a mi hermana, hasta que dijo: "Muchachas, las invito a comer". Qué raro, pensé, si no teníamos amistad con ella, y menos con hombres porque yo me hacía pasar por señorita.

Entre peticiones de "un refresco de naranja, doña Lupe", "una coca si me hace el favor", la morena cesa de llorar a ratos durante esta conversación acerca de "la mala suerte de haber entrado a la perdición":

—Aceptamos la invitación de María y entramos a un cuarto donde estaban otras muchachas. Ahí vi por primera vez a Delfina: gorda, sentada con los pies hacia arriba en un sillón, sabe cómo se hacía bola, una pierna así y la otra encima. Nos ofreció trabajo el fin de semana, como meseras durante la inauguración de un juego de pelota en Río Grande: tres días, treinta pesos. Estuvimos de acuerdo porque se acercaba mi santo y quería hacer fiesta. Con el mismo vestido que traíamos puesto nos unimos al grupo. Delfina se despidió de María y le dio un rollito de billetes.

Llegamos hasta el Salto y me entró miedo a lo desconocido. Delfina con ojos de pipizca y toda sudada del viaje indicó que nos laváramos la cabeza en la pila y que nos pintáramos la cara. Acicalándonos ante un espejo de luna, se oía la tambora y un piano en la otra pieza, toque y toque. Carcajadas de hombres y ruidos

de envases. Voces: "órale piernuda, déjalas venir, que salgan las muchachas".

Nos dimos cuenta que era cantina y no nos atrevíamos a salir por la ignorancia que sentimos, pero los rancheros se acercaban al marco de la puerta que nos dividía para observarnos. "Guapa la muchacha", me dijo uno, "órale prieta, te invito a tomar".

Acepté una limonada con él, pero luego me convenció de beber cerveza, y a la tercera estaba bien borracha por falta de costumbre. Quería salir pero no hallaba cómo. Los señores me sacaban a bailar y era rete tonta para llevar el ritmo.

Al día siguiente, Delfina preguntó que si habíamos hecho sala, y le dijimos que no porque no estábamos acostumbradas.

A la segunda noche me fui al cuarto con un señor que hasta pensó que era señorita. "¿Por qué te metiste en esto?", me preguntó y yo alcé los hombros y bajé la cabeza. Le gusté y hasta quiso llevarme a vivir con él, pero Delfina lo puso de jijo de la tal por cual y dijo que las mujeres eran suyas.

El domingo nos queríamos ir, pero alegó que debíamos 80 pesos de ropa, comida y no haber hecho sala como se debía. Nos anotaron en los cartones de Carmen. Pronto comprendí que contradecir a Delfina era recibir bola de castigos, pero si le servía bien, obtenía su confianza. Juana (o Beatriz) y yo llegamos a ser de su completo agrado por honradas y diligentes. Ni modo de salirme si la policía estaba de lado de Delfina y también los soldados. Estos mismos traían mujeres que vendían a según, 200, 400 y hasta mil pesos.

Siempre estuve invadida por esos miedos de poder huir porque los ojos de Delfina se clavaban en mí y a

todo se acostumbra uno: prefería doblegarme porque pensé que el destino me lo había marcado así. ¿Qué había afuera para mí si no miseria?

Un día sentí ganas de escribirle a mi hermano para que viniera a recogerme, pero qué tonta, si ni sabía leer. Si le pedía escribirla a una compañera, pues a lo mejor me echaba de cabeza, y tanto hacer méritos para quedar señalada cual perra de mala. Luisa, la otra hermana, la más bonita, estuvo trabajando al principio, y era tan buena que la acompañaba muchas veces al mandado.

Allá en el Salto tuvieron dificultades con las autoridades y nos subieron a una troca de redilas, nos llevaron a la fiesta de San Juan, luego a San Pancho, luego a Lagos, otra vuelta a San Pancho, a León, andaba yo vuelta y vuelta de un burdel a otro.

Tenían un hoyo en la pared, como una ventanita, medio tapada con un calendario o periódico. Se turnaban las muchachas para vigilar que platicáramos poco y sirviéramos bien y rápido, porque lo que le interesaba a Delfina era el puro billete. Además, por ley debíamos revisar que el hombre no estuviera enfermo, porque teníamos registro de Salubridad. Si iban sucios de su parte, ahí los lavábamos. Era fácil saber si un hombre estaba enfermo: tenía su miembro pelado, con gotitas de pus o llagas a los lados. Si la vigilante se daba cuenta que no revisábamos, chismeaba y nos castigaban horas hincadas. Luego se juntaban filas de hombres para ocupar los cuartos y entonces nos daban cinco minutos para hacerlo todo. Lo que durara un disco, así calculábamos. Lo máximo: diez minutos.

A veces a los pobres no les alcanzaba el tiempo ni de bajarse el pantalón, y así tenía una que hacerle la

lucha para que el hombre no se fuera inconforme, porque luego salían furiosos dando de gritos. Si nos estábamos mucho tiempo decían que ya nos andábamos calentando y que buscábamos querido, pero también poco rato no daba tiempo de complacerlos bien. Total que era un desmadre, pues se trataba de sacar dinero a manos llenas. No nos enseñaban a hacer el amor bonito. Cumplir y pa'fuera.

Frente a la gente, las hermanas eran hasta simpáticas y de buen trato, tenían mucha labia: "Pita, por favor traime esto y lo otro, ándale Pita bonita". Todas teníamos puestos: encargada de cantina, de revisar mujeres, contar cerveza y cobrar los ratos. Mi mejor época fue cuando trabajé al servicio de María de Jesús en León, porque ahí la clientela era de primera. Ella andaba feliz de sentirse influyente por los amigos que tenía, y hasta se atrevió a quebrarle una guitarra en la cabeza a un político. Era tan atrevida, que cuando andaba de copas bailaba *Las copetonas* y se alzaba el vestido, enseñando el cuerpo como si enseñara el corazón.

Me aterraba envejecer porque es el fin de las prostitutas. Yo no quería llegar a inservible.

9 no me asustan leones, cuantimás ratones

Mi comadre Adela

Ubaldo el cantinero llegó a mi casa con la lengua de fuera. Nos revoloteaba un periódico indicando que miráramos porque el aire cortado no lo dejaba hablar.

El Sol de León decía horrores de nuestro burdel: que las mujeres salían desnudas a la calle, que todo el vecindario se quejaba y que el depravado antro no reunía los requisitos de ley. El Felipón ni siquiera puso su nombre en el artículo.

Al caer la noche, Angelita, Enedina y yo nos empujamos unas cheves para llorar, hombro con hombro, nuestra inminente quiebra. Entraron unos señores y lueguito comentaron:

—Oigan, ya ni chingan, esto parece panteón: nada de sinfonola y ustedes con la facha de ánimas en pena.

Nos salvó un trío que se acomidió a cantar boleros. Un carro de sitio condujo a otros tres clientes y pronto eran más hombres que viejas para atenderlos, así que yo también le entré a la taloneada, porque además me daba pena confesar que era la dueña de casa tan mal señalada. Vendimos 400 pesos de cerveza, cosa que nos contentó.

A media semana se presentaron unos tipos a tomar con dos muchachas del burdel de Juana Rodríguez,

situado en la calle de Santo Domingo. A ellas les agradó mi ambiente y se quedaron a trabajar conmigo. Eran Tomasa Morales y una amiga, quienes viven en León. Habría que preguntarles a ellas para que vean que es cierto lo que aquí digo. Eramos ya un equipo de cinco las que recibíamos clientela.

El viernes siguiente llegaron los de la Presidencia, incluyendo al mero don Collanito. Eran Liceaga, el oficial mayor Luis Vázquez, el jefe del Ayuntamiento, José de Jesús Ramírez el Chito, y el periodista Felipón. Bajaron de dos carros particulares. Estaba tonta viéndolos cuando Liceaga dice:

—¿Que te pasa, Manuelita, que no nos vienes a recibir?

—Sí, sí, pasen, están en su casa —me avispé.

Se rieron y pasaron advirtiendo que iban a estar en mi recámara para que no los vieran. El cantinero por poco se queda jorobado de cargar con mi pulman guinda al cuarto para que estuvieran cómodos. Collanito preguntó por la lista de bebidas y dije que pura cerveza. Llamó a su chofer Luis Ochoa, el Pajaro Loco, y le pidió dos botellas de güisqui. Liceaga dijo que tomaba bacardí y se lo encargué al chofer con cien pesos que le di. Estuvieron de las seis de la tarde hasta las seis de la mañana, y aunque llegaron otros clientes, nos dedicamos por completo a ellos. El cantinero cerró la casa y dijo que no había muchachas.

—¿Conoces al Felipón? —me preguntaron.

Me sonrojé de vergüenza y de coraje.

—Chóquense las manos porque será un buen amigo tuyo, a pesar del cachetadón. El te va a hacer propaganda escribiendo cosas en contra tuya. Así es la movida, así es. Hay que despertar el morbo —explicó Liceaga.

—Alégrate, Manuelita —dijo al final don Collanito—, pasa por el permiso el día que tú quieras porque eres buena muchacha y nos has atendido bien. Sólo pagarás una cuota de 75 pesos al mes a la Tesorería. Y cumple con tus cuotas semanales a Salubridad.

Collanito era persona decente y de dinero, se reía mucho y nunca se metía con ninguna mujer por muy buenota que estuviera. Iba un grupo de ellos cada ocho días, generalmente los sábados. Cuando mucho tardaban diez días en regresar.

Vino una demanda por parte del dueño de la casa y yo andaba apurada por encontrar otro lugar para acomodarnos. Conté el asunto a Liceaga y a sus amigos y nos fuimos a la cantina *La Cruz Blanca* a pensar una solución. Pidieron un reservado pero el dueño dijo que lo estaba ocupando el señor Guadarrama, inspector de policía. Pasamos con él y le vi las tres barritas de capitán del ejército. Quien lo acompañaba era nada menos que Laura Lárraga, mi ex cuñada, regenteadora del *Poquianchis*.

Laura estaba tomada y empezó a decir que ella era más chingona que yo y que mi competencia le valía madre. Yo me hacía la disimulada para que no me tomaran en mal concepto mis amigos. Laura pidió canciones picosas y hasta me aventó una copa a la cara.

me hice a un lado y cayó en el vestido, encorajinada le estampé mi vaso en su carota. El policía que se para con el ánimo de cachetearme, pero caray, mi galán era Liceaga, así que saltó y lo tomó del brazo:

—No la tocas Guadarrama, ¿qué no te das cuenta de que estás abajo de mí? Enseña a tomar vino a tu amante, que ella tome el vino y no que el vino la tome a ella.

Optaron por retirarse Laura y su inspector.

Una semana más tarde llegaron a mi casa Liceaga, Chito y Vázquez con el oculista Escalante. Brindamos y éste dijo que me vendía su casa para que me cambiara. Nunca me imaginé que se trataba del *Poquianchis.*

—Está muy céntrica, te conviene, ya tiene el permiso, es el negocio de tu paisana Laura, que anda en quiebra —acentuó Escalante.

Me la vendió en 25 mil pesos. Mi padre me prestó 20 mil a rédito después de darle el visto bueno a la casa. El notario público Francisco Alvarez revisó las escrituras y cobró 2 mil por escriturar las nuevas. Puse la casa a nombre de Delfina, porque me dijeron que al primer escándalo cerraban y embargaban. Poco a poco la arreglé: no tenía drenajes ni techos de bóveda. Construí un segundo piso donde instalé mi recámara y una salita. Llegué a gastar 87 mil pesos en todos los arreglos. La bauticé con el nombre de *La Barca de Oro,* pero nadie se fijó en el letrero. La gente la siguió reconociendo como *El Poquianchis,* y desde entonces me empezaron a decir la Poquianchis.

A la inauguración invité a todos los de la Presidencia. La casa era respetada gracias a los señores que la visitaban. Ambiente de categoría: a lo más, tuve a siete mujeres trabajando conmigo, calidad y no cantidad. Cobraban según, de 80 a cien pesos, de los cuales me daban comisión y las ganancias de la cantina eran mías. A los que me gustaban yo no les cobraba nada. Castellanos, de Salubridad, me regalaba pantuflas y batitas, otros me daban perfumes. Liceaga, ni un regalito.

Miguel Torres, el de la tenería del 20 de Enero, me quería y me advertía:

—Yo detesto a una mujer que se interese en mí sólo por mi dinero.

Como me gustaba, yo le cobraba los tragos, pero ni un quinto por lo otro. Total, que yo pensaba que mi cuerpo no era jabón para que se gastara. Era casado (uh. . . cuando lea esto me la va a mentar), uno de tantos hombres que buscan otro entretenimiento que no sea su mujer. Ya que cuento, lo cuento todo, porque son ellos testigos de esta verdad.

A Miguel le encantaba bailar conmigo y me decía:

—Yo no sé por qué te metiste en esto, si se ve que eres una buena mujer. . .

Le pedía al trío la canción *Aventurera* y me la cantaba en el oído (todo desafinado, pero muy entrado)... *Vende caro tu amor, aventurera, da el precio del dolor a tu pasado, y aquel que de tu boca la miel quiera, que pague con brillantes tu pecado. . .*

A la hora de la segunda parte de esta letra de Agustín Lara, *ya que la infamia de tu cruel destino, marchitó tu admirable primavera, haz menos escabroso tu camino, vende caro tu amor, aventurera,* hasta las lágrimas se le salían a Torres pero yo le replicaba:

—No me cantes ésa, fregado, ¿cómo que ya se marchitó mi admirable primavera? ¿Me ves ya vieja y abotagada o qué? Me falta mucho, hijo de la tal por cual.

Burla general ante mi indiscreción al hablar y pronto se juntaban las mesas para cantar en coro ésta y otras melodías por el estilo. Se armaban unos borlotes muy simpáticos.

No era ningún sacrificio brindar y cotorrear un rato con las autoridades, pero sí me fastidiaba hacer el amor por merito compromiso. Más cuando a pesar de los esfuerzos no quedaban satisfechos, porque les gustaba gozar mucho. Recuerdo que una tarde llegó Liceaga y me dijo:

—Ahora sí vas a tomar conmigo toda la noche, a ver cuánto aguantas.

Empezamos a chocar las copas de madero cinco equis y cuando vimos ya andábamos en la segunda botella. Sentía basca cuando me dijo que subiéramos al cuarto, donde anclé como pude. Tenía un cuerpo bonito, de manera que no sentía pena de desnudarme frente a un hombre.

Me puse el camisón y me eché a la cama zarandeándome. No tenía ganas, así que me volteé y me hice la dormida. El se acurrucó junto a mí y pensé en

que descansaríamos un rato, pues debía estar igual de borracho que yo. En un momento inesperado, que se me lanza para penetrarme por el segundo cachete, atrás.

¡Ay, ay, ay! respingo y salto de la cama como si me hubieran puesto un chile y que empujo al catrín de mi cama.

— ¡Oiga usted! Estoy tomada, pero no perdida.

Seguí refunfuñando después de tomar aire:

—Ahi como la ve, estoy en mis cinco sentidos, si cree que me alimentaron con hierbas, se equivoca. Me educaron y me dieron bien de comer. A usted lo enseñaron para graduarse de majadero.

Me puse la batita y me pasé al siguiente cuarto ya caminando mejor, porque del coraje se me bajó un poco el cuete. Me senté muy digna en un sofacito.

—Yo creí que te iba a gustar más, que a lo mejor te estrenaba yo por ese lado. . .

—¿Ah, sí? Encima de todo cree que la grosera soy yo, ¿verdad? Yo soy la sinvergüenza. Siempre quieren voltearle a uno el chirrión por el palito. Una persona que tiene educación, que le pagaron la colegiatura, no hace eso. Con su diploma límpiese usted la cola y tírelo a la basura.

—Oye, cuidadito, no me faltes al respeto porque. . .

—Yo no tuve los medios de educación que usted tiene, pero *eso* me lo dio Dios para hacer mis necesidades y no para servirle a usted ni a nadie.

Se largó furibundo y ya no volvió. Pensé que a lo

mejor la agarraba contra mí, porque luego uno no sabe con esos hombres que parece que no rompen un plato: muy propios, de chaleco y ligueros para calcetines y todo, pero resultan ser otros en la intimidad y quizá hasta vengativos. Lo bueno es que ya iba de salida, pronto entraría a tomar posesión el nuevo gabinete.

Una tarde llegó Pedrito Sandoval, el más derrochador de la clientela, se gastaba hasta tres mil pesos en dos días que se quedaba conmigo. Andábamos en el brindis cuando me llamaron de una cantina cercana porque mi casa no tenía teléfono.

Después de atender la llamada, le expliqué a Pedrito que andaba apurada porque Adela Mancilla me había pedido que fuera la madrina de su hijita que estaba enferma, que no pude negarme porque ella trabajaba con Delfina desde hacía mucho tiempo. Necesitaba comprarle ropita y buscar un padrino.

—Si quieres, yo le entro —sugirió él gustoso.

En el centro le escogimos un ropón y zapatitos. Pedrito, muy servicial, no me dejó pagar nada. Con eso hasta me descompasé comprando suetercitos y blusitas. Enseguida nos traslamos a Lagos en su camioneta y vimos que la niña estaba bien sanota. Adela me mintió porque su hija tenía once meses de edad y ya tenía carácter de urgente el sacramento. Nos dio la boleta de registro y corrimos a la parroquia, donde la gente salía del rosario.

Pedrito le dio dos billetes de a cien al sacristán que enseguida nos presentó con el sacerdote ante la pila bautismal.

—Cojan a la niña de los hombritos —indicó el padre indignado por llevarla tan grandota. Echándole agua bendita sobre su cabeza nos habló de la obligación que adquiríamos, porque a falta de padres, padrinos. Le gustó el sermón a mi amigo y le obsequió al cura unos billetes de bolo, lo mismo que a los chiquillos que se juntaron a la salida.

A media noche nos regresamos a León, muy satisfechos por la buena obra. Seguimos tomando y estuvimos juntos tres días. Al despedirse, sacó otros billetes y me dijo:

—Toma, chatita, cómprate un vestido y cada vez que te lo pongas acuérdate de mí.

No le contesté porque sentí coraje por dentro: ¿Pensará que no tengo ni qué ponerme? Pero de todos modos alargué la mano.

Pedro me platicó que tenía una bodega de fruta en Chihuahua. Llegaba en una camionetota, con un candado en la plataforma del piso.

—¿Qué traes ahí? —le pregúntaba.

—La herramienta de la camioneta —me respondía.

Tiempo después supe que lo habían aprehendido por un contrabando de un millón de pesos. Pobre hombre, que Dios lo ayude, parecía bueno, pero no era tanto.

Seis meses después del bautizo, Adela me mandó llamar porque la ahijada estaba muy grave. Corrí a buscar taxi y en un santiamén estaba a su lado para lle-

varla de emergencia con el doctor Ricardo Moreno. Dijo que era el colmo traerla ya moribunda, le puso suero y le recetó medicinas que le fui a surtir a la farmacia. Más tranquila me regresé a León, pero de todos modos se murió la niñita.

—Comadre —le dije por teléfono—, no vayas a comprar la cajita. Te voy a llevar la más bonita que encuentre en León.

En la funeraria Sapián me dieron la mejor, afelpada y con vidrio en la tapa. Compré una tina grande de flores en el mercado de la Soledad. Una se siente grande con estas obras, pero chico estaba el carro para acomodar el féretro. Sudamos porque en la cajuela quedaba toda salida, y no cupo en el asiento de atrás. La atravesamos por encima del respaldo del asiento delantero, pero luego no cabía pasajero alguno. Con las flores haciendo cosquillas en las narices y enroscando el cuerpo llegamos a nuestro destino. El Puerquito, que fue el chofer que me condujo, quedó hecho una sardina.

Después de desacalambrarme, vestí a mi ahijada con el traje de la Purísima, coronada con azahares y alquilé una carroza en 25 pesos para conducirla al panteón.

—Bonita la cajita —comentó el hombre de la funeraria—, pero de éstas también vendemos en Lagos, y a buen precio.

Este no era todo el coraje, lo peor fue enterarme de que mi comadre Adela le ponía a su hija chile de árbol en los deditos para que no se le hicieran cabezones. De esto le vinieron los vómitos y la diarrea que la llevaron a la tumba. La regañé y me regresé a León, jurando no volver a ser comadre.

Seguí trabajando cuando, en 1952, salieron todos mis amigos de la Presidencia, y entraron nuevas autoridades, cosa que destantea de momento porque siente una que le quitan la cuerda de donde se agarra. Eligieron alcalde a Irineo Durán, el tío Neo, que también iba a tomar copas a mi casa. Nombraron inspector de alcoholes a José de Jesús Ramírez, el Chito, mi nuevo amante. Se portaba a todo dar conmigo.

Un año después llegaron dos muchachas de la casa de Ursula a solicitarme trabajo porque no estaban a gusto con ella. Las pasé a que se quedaran conmigo. Durante un paseíto que hice al Salto a ver a mis parientes, llegó al *Poquianchis* el cuñado de Ursula a tomar unos tragos. Estaba de buen humor hasta que la vista se le quedó fija y la boca fruncida.

Las ex pupilas de Ursula sintieron la odiosa incomodidad de la mirada que se clava como un puñal, y se hicieron las disimuladas. De nada valió, porque el hermano del querido de Ursula las bañó con groserías y a grito pelado pidió hablar conmigo para saldar las cuentas. Le explicaron que no estaba, pero creyó que me le estaba escondiendo. Sacó la pistola y arrastrando a una mujer de los cabellos, hizo que lo llevara a revisar cuarto por cuarto. Otra de mis muchachas le habló al comisario para que las defendiera de un tipo armado.

El comisario se presentó y, de bienvenida, recibió un balazo que lo dejó herido. Por esta causa clausuraron mi negocio, poniendo sellos en las puertas y echando a las mujeres a la calle.

Me avisaron, pero era demasiado tarde. Me quedé de la noche a la mañana sin el negocio. Mi última esperanza era recuperarlo por medio del inspector de alcoholes, mi querido Chito, que andaba rendido conmigo. Me prometió arreglar el lío, pero había que dejar pasar un tiempo para que se olvidara el escándalo, y me indicó quedarme en El Salto hasta nuevo aviso.

10 da Dios narices a quien no tiene pañuelo

Luisa González Valenzuela

Delfina se quitaba el zapato y daba de chanclazos entre las rejas para que atendieran a su hermana Luisa, mientras María de Jesús gritaba con todo su ronco pecho que la llevaran a un doctor. Luisa González Valenzuela, al poco tiempo de estar en prisión, empezó a meterse días enteros debajo de la cama con delirios de persecución:

—¡Ahi vienen las Poquianchis! ¡Ahi vienen! Escóndanse.

Delfina suspiraba y comentaba a María de Jesús:

—Mira que no darse cuenta que se trata de sus propias hermanas. Pobre, no aguantó la vara.

—Corazón de pollo siempre ha tenido, salió igualita a mi madre —apoyó la otra.

Delfina recordó entonces que puso a Luisa a cargo de la cantina en las ferias. Se la traía al trote porque Luisa se ponía a bobear frente a la caja registradora y al rato se le movían los piecitos al son del danzón. Dejaba la cuenta encargada por irse tras el primer cliente que le cerrara el ojo y se dedicaba al trago con inusitado frenesí. Luisa juntó 39 mil pesos en diez años de trabajo y dijo una mañana:

—Yo le paro a la putería.

En 1949 viajó a la capital, se compró dos aparatos de cine y rentó unas películas para exhibirlas en las

rancherías cercanas al Salto. Su hijo Ramón le ayudaba a manejar los aparatos y a poner los rollos. Era un buen negocio, según recordaron, porque hasta rentó un salón permanente en Puente Grande, Jalisco. Cerró trato a cuatro años, a cambio de que ella colocara puertas, piso y enjarres. Luisa empeñó hasta los calzones para dejarlo como teatro de primera.

Un amigo le dijo al dueño del salón:

—Ah cómo eres de pendejo, ¿para qué le rentaste a esa zonza el teatro? Está ganando a raudales. Quítaselo, yo tengo un aparato comprado: tú pones el local y nos vamos a medias con el negociazo. Abusado Márquez, quítaselo.

En vez de poner oídos sordos a palabras necias, Márquez acudió con Luisa y le dijo que necesitaba de inmediato el teatro, que se saliera ya y punto.

—Señor, los contratos son los contratos, faltan más de tres años, ya puse mucho dinero en esto —contestó cortésmente Luisa.

—A ver cómo le hace, pero se sale. Los papeles me los meto por el culo.

Luisa se presentó directamente ante el juez de San Pedro Tlaquepaque, el licenciado Tomás Gómez, quien la consoló diciendo que era legal el papel firmado ante el notario público.

—¡Es mío el local y nadie manda más que yo! —le gritó Márquez al juez cuando acudió después de un citatorio.

—No sea bruto, usted tiene enajenada la casa por cuatro años, firmada ante notario, tendrá que esperar.

—Yo mando sobre lo mío y ningún juez hijo de la tiznada me va a fregar.

—Cállese o lo mando encarcelar, Márquez. Aquí no se grita. Más respeto, si me hace el favor.

Se retiró frunciendo el ceño y le dijo a Luisa amenazante:

—Para las leyes, las muelles.

Una tarde, don Isidro se encontraba en la carretera esperando un autobús que lo llevara a León. Traía un paquetote cubriendo un tocadiscos que le había encargado María de Jesús. Pasó por el camino Luisa y le dijo a su papá:

—Vente con nosotros al teatro y luego te ofrezco llevarte a León, mañana temprano.

—Gracias, hija, tú siempre tan buena gente.

Comieron en el segundo piso del local, y como don Isidro acostumbraba la siesta, se recostó en un camastro y al poco rato se oyeron sus ronquidos. Luisa se dedicó a acomodar las cartulinas anunciando la película del sábado y Ramón á revisar los rollos.

Con los rayos del sol brilló la punta del cuchillo que Márquez iba blandiendo rumbo al teatro. Al divisarlo, Luisa enmudeció y sólo se oyó el sonido hueco del cartón al chocar con el suelo. El hijo de Márquez venía unos pasos atrás con un rifle de retrocarga bien agarrado.

—No te manches las manos, hijo, dame el rifle —le dijo Márquez con tono al parecer enternecedor, ante la bola de curiosos que se acercaron. Bastantes miro-

nes eran porque estaban cerca del parque central.

En el intermedio de miradas Márquez-hijo y Márquez-padre, Luisa corrió a esconderse detrás del kiosco de la plazuela. El público pronto se echó a un lado por si el agresor disparaba sobre el bulto, porque dicen que una bala perdida es una muerte jodida.

Con el pecho inflado, apresando el rifle en una mano y con la otra empujando puertas, Márquez penetró al local con ese aire que da el placer de sentirse amo y señor. Subió al segundo piso para echar los enseres por la ventana y casi tropieza con don Isidro, quien roncaba plácidamente. Ni se lo advirtió, nada más apuntó hacia el pulmón y tronó el balazo. Bajó de un hilo las escaleras y se fue a esconder a la planta de luz.

—Ya te pegaron, abuelo —gimió Ramón cuando subió.

—Sí, hijo, me desperté tarde. Mira, me pegó al lado del ombligo. Hijo, llévame al baño, por favor.

Así de detallista era Luisa para contar este pasaje que casi la parte en dos de la pena. Su hijo bajó en brazos al abuelo hasta el carrito y ella detrás, ni las puertas del teatro alcanzó a cerrar. Camino a la Cruz Roja, Ramón presionaba hasta el fondo el acelerador y su abuelo murmuraba: "ya no aguanto, quiero hacer del excusado".

En el sanatorio le dieron parte a la autoridad, la cual hacía un sinfín de preguntas, y hasta en calidad

de detenidos quedaron Luisa e hijo mientras venían las aclaraciones.

—Ellos no me pegaron —decía el padre moribundo—, fue el hombre del teatro.

Luisa pudo luego trasladar a su padre al Sanatorio de la Beata Margarita, en Guadalajara, el 8 de octubre de 1950. Como lloraba sin cesar, fue Delfina la que tuvo que dar la autorización para operarlo y luego llamar a María de Jesús, la que se encontraba en León tomando unas copas con Liceaga. Esta, al saber del drama, sacó el abrigo y una pañoleta del ropero para correr a reunirse con ellos. Isidro murió a los dos días, se le practicó la autopsia y se procedió al juicio.

A Márquez se le buscó para comparecer y no se asomaba por ningún lado. La última vez que lo vieron unos amigos, les dijo:

—¿Qué pueden hacerme las tres hijas del difunto? Son tres putas y ni aire me hacen en la cola.

Luego comentaron que le entró el miedo y andaba escondido en el transformador de la luz, porque era familiar del gerente de la planta. Llegó una orden de cateo y saltó por la ventana que daba hacia un río cercano, pero los agentes lo alcanzaron a ver, hubo disparos de por medio y Márquez se perdió entre la maleza. A los nueve días apareció flotando en el río, ya todo desfigurado, con olor fétido. El teatro fue embargado, los herederos alegaron propiedad y el juicio se quedó dormido.

Luisa se llenó de remordimientos, luchaba en va-

no por continuar reviviendo el juicio, como si por eso su padre pudiera volver a la vida. Puso una casita en El Salto y su hijo Ramón, desde el norte, le mandaba 20 dólares al mes para ayudarle. Un día que se quebró la pierna, María de Jesús le llevó dos mil pesos, mismos que Luisa le aventó en la cara diciendo:

—No recibo un quinto de ningún padrote.

Se hizo entonces ultracatólica. Rezaba quizá más que su madre, servía a los sacerdotes en todo lo que se les ofrecía, ingresó a la Asociación de Cristo Redentor, el Círculo Piadoso, el Coro de Arcángeles, las Hijas de María y otras hermandades. Misa y rosario todos los días. Vestidos deslavados de manga larga y cuello alto.

En 1964, un guasón, después de oírle la tragedia de su padre, que contaba de pe a pa, le aconsejó irse a Veracruz, donde vivía un magnífico abogado llamado Lázaro Cárdenas. Hizo maleta y a toda prisa se fue a buscarlo por todo el estado petrolero.

Ahí se enteró por la radio que sus hermanas estaban presas y que andaban buscando a una "tecera arpía", llamada Luisa González Valenzuela y apodada Eva. Al oír esto se santiguó y tomó un autobús hasta llegar a la redacción de un periódico capitalino. Se identificó y les dijo:

—Vengo a aclararles que yo no he hecho nada, soy inocente. No tienen por qué apodarme Poquianchis ni Eva, me llamo Luisa.

Llamaron a la policía, le quitaron el portafolios

que traía con documentos de su padre y la encerraron en unos cuartitos con rejas —según los describió—, donde le daban de comer su bistec y frijolitos guisados. Luego la condujeron a Guanajuato, en donde del puro susto, le dio *disentería de sangre*. Dentro del sostén traía en cada seno un ojo de pescado, porque su comadre se lo había recetado por ser "bueno contra el cáncer de pecho". Los agentes le descubrieron dicho remedio, y de esto se agarraron chismosos y periodistas para decir:

—¡Bruja, bruja maldita! ¡Organizadora de misas negras y orgías descomunales!

Poco a poco, en el cautiverio acabó de perder el juicio.

En la cárcel de Irapuato, donde se le visitó hace poco, se le aprecia una mirada temerosa, siempre vigilante. Voltea a todos lados y en sus mejillas hay costras de mugre. Le cuesta trabajo hablar porque ya perdió casi toda la dentadura.

En forma incoherente platica que hay drogas en las ollas de la cocina, que esto le contaron sus compañeras, que ella es señorita, que nunca se casó, que cuando vienen los hombres mejor se esconde, que a su hermana María de Jesús la desaparecieron y por eso no viene a verla. En un rato de tranquilidad, cuando se fuma gustosa un cigarrillo que le regalan, dice con la mirada vaga y un brillo producido por el lagrimeo, único signo de su vida latente:

—Señorita, se me aparece esa mujer de cabellos dorados, largos, largos. Es muy bonita y es toda de

oro. Se aparece y me dice que me van a devolver mis propiedades, que me van a liberar. Sus cabellos brillan mucho. ¿Usted no la ha visto? Ora verá, al rato se aparece de vuelta.

Luisa dice que se le aparece una mujer de cabellos dorados.

11 la mala noticia me llegó volando y la buena, cojeando

En El Salto se me figuraba ver a mi padre sentado en la banqueta. Mi pueblo no era el mismo sin él. En la noche me despertaba sudando porque sentía que iba a entrar de un momento a otro. Pensé en abrir una panadería en su memoria.

Esto dio pie para un nuevo encuentro con Juan González, el coqueto panadero. Y para qué les echo mentiras, yo siempre cargaba una pistola calibre 38, porque a falta de marido, me defendía yo sola. Un día me invitó Juan a tomar unas copitas en la trastienda del mercado donde tenía su panadería. Ya amanecía cuando se levantó a revisar el horno que estaba a una cuadra de distancia.

Súbitamente entró al cuarto una mujer que se puso frente a la cama, y de haber estado dormida, ni se los cuento.

—Así te quería agarrar —me dijo encañonándome con un arma.

De puritita suerte traía el seguro puesto, y al apretar el gatillo ni humo salió, tiempo precioso en que jalé mi bolsa, saqué la pistola y le disparé mientras la bruta no hallaba cómo quitar el seguro. Del brazo empezó a salirle un chisguetito de sangre, y en cuanto vi el lí-

quido rojo, rogaba a Dios que no se muriera porque qué cuentas le daba al Creador.

—No me mate —me suplicaba gimiendo la extraña.

—Pero si no quiero, te voy a dejar vivita. Te pegué en defensa propia, para salvar mi pellejo.

Su enorme pistola se me hacía conocida. Claro, era la de Juan. Este se la ha de haber dado para que me viniera a dar en la torre o para presumir de que dos viejas se dieron en la madre por su querer, o qué sé yo lo que pasa en las mentes cochambrosas de ciertos galanes. Juan se creía el mismo Tenorio, vaya tipo.

Delfina me arregló luego este asunto con cinco mil pesos que le dio al juez.

Afortunadamente me mandó llamar Chito de León. Había logrado levantar los sellos del *Poquianchis* y yo sólo tenía que pagar los meses retrasados de contribución, cero infracciones. Regresé animosa porque ya El Salto me hacía sentir como pez fuera del agua.

—¿Cómo te has portado? —me preguntó Ramírez como si fuera su novia santa.

Le dije que muy bien, la respuesta clásica de estos casos. Me dio indicaciones para los papeleos y la reorganización de la casa. Sugirió que me cambiara de nombre para enterrar lo pasado.

En honor a una hermanita que murió a los dos años me puse María de Jesús.

Durante el primer mes no se paraban ni las moscas. Me traje a Guadalupe Moreno para ayudarme en la

cantina. Andaba desesperada cuando Lupe regresó del mandado acompañada del Güero, un albañil que había pintado la casa de San Pancho. Me contó:

—Señora, ando trabajando ahora de cantinero en *El Soconusco,* junto con mi querida, Malena.

—¿Y ella, en qué trabaja?

—En el talón, sabe, es que también le doy a la padroteada.

Como no tenía de donde escoger, pensé en ofrecerle el 50 por ciento de mi negocio si venía a ayudarme. Fue la única forma de convencerlo. De paso le pedí que se trajera a Malena y las amigas que pudiera. A la semana la pareja se estableció en mi casa con tres mujeres que dejaron *El Soconusco.*

Al poco tiempo la vieja del Güero andaba de calumniosa, presumiendo que el negocio era de ellos, y yo me la pasaba aclarando que éramos socios. Todas las noches, el Güero se pasaba a mi cuarto para hacer cuentas de la venta, tratándome tan amable que Malena se ponía celosa y andaba malencarada conmigo. El nunca me faltó al respeto, y además, yo ni soñar con dejar mis ganancias en el bolsillo de un padrotito.

Mi amante era Chito Ramírez, que me visitaba de vez en cuando. Un día hasta me dijo:

—Te voy a llevar a las Cataratas del Niágara.

—¿Dónde queda?

—En los Yunaites. Son unos chorros de agua a todo color, dicen que de ver y no creer. La cascada de tu pueblo es una caricatura junto a las cataratas.

—Te agradezco pero no puedo moverme porque

tengo problemas con mis socios, me pueden comer el mandado.

—¿Por qué no pones el negocio por tu cuenta?

—Es que las mujeres, excepto Lupe, son amigas de ellos, me ha costado sacar la casa adelante, quedó medio saladona.

Para rematarla, Juan González me visitó pidiendo muchas disculpas. Chito ya ni volvió, como tantos hombres en mi vida.

Era la Semana Santa y llegó Delfina con sus hijas, pues les gustaba pasar las vacaciones visitando Comanjilla y el Cerro del Cubilete. A mi sobrina, Guadalupe Torres, se le ofreció el parto y la llevamos al sanatorio de La Parra. En cuanto vi a la bebita me enamoré de ella. Pagué los gastos para ser madrina, olvidándome de los líos que se acarrea uno con esto. Esta bebita era diferente: tenía mi sangre. Agarré de padrino al tal Juan.

Después los papás me la dejaron una temporada porque se fueron a Texas a pasar contrabando. Hasta que la niña cumplió dos años regresaron por ella, pero no reconocía más madre que a mí. Lloré mucho cuando se la llevaron y la niña también, así que mejor me la trajeron de vuelta. A María de los Angeles —así le pusimos— le di todo mi cariño guardado al hijo que el destino me negó.

La niña vivía en el segundo piso para que no se diera cuenta de los borlotes que armábamos en la cantina. Hasta le pagué chofer para que fuera a un colegio

de monjas, el *Maylén.* Cuidaba que no se enteraran de que vivía en una casa de citas, por eso nunca asistí a las juntas de padres de familia.

Una tarde llegaron unos adinerados de Zacatecas acompañados por dos muchachas. Ahí se me ocurrió ofrecerles a estas mujeres un sueldo de 25 pesos diarios por venir a hacer sala, o sea, tomar con los clientes, y aceptaron muy contentas. Malena y el Güero se pusieron furiosos porque ellos no les pagaban a sus amigas y ahí rompimos el pacto. Querían quedarse con mi negocio pero los mandé a volar, gracias a la nueva moda que impuse de pagar por hacer sala.

Mi nuevo y flamante cantinero se llamaba Antonio, el Negro, que también se trajo a Elena Barajas, su mujer, quien taloneando le ayudaba a ganar más dinero. Un día se le prendió el foco al Negro y me aconsejó:

—Oiga, María de Jesús, ¿no se le ha ocurrido poner variedad? Es una idea novedosa, la puedo presentar en el sindicato de músicos de Guadalajara para que contrate artistas. Conozco a una bailarina que se mueve. . . ¡cállese!, le dicen Tongolele porque hasta se parece a la famosa mujer. Andele, anímese.

El secretario general del sindicato me dejó contratarla sábados y domingos por doscientos pesos el día, casa y comida. No hubo problema en el acomodo porque mi casa tenía 14 cuartos. Hacía un numerito de esos en que medio se desnudaba, haciendo bobear a los mirones que ya se la imaginaban en cueros, pero se dejaba el brasier y el calzón.

Incluí a una cantante de ranchero y al Culebro y su pareja, que bailaban elegante y cachondo. Gasté 10 mil pesos de aquel tiempo en poner bocinas de alta fidelidad, un micrófono, luces de colores y tablado en el salón principal. Mi casa subió como espuma y me hice famosa en la región porque era como cabaret de primera y con el servicio de mujeres.

Un cocinero joto que tenía siempre andaba metiendo las narizotas en el salón. Cuando veía al Culebro bailar se ponía chinito de la emoción. De repente se alocaba y salía contoneándose con toallas en las nalgas. Los clientes lo vacilaban comentando:

— ¡No, pos éste aprieta parejo!

Vaya que se le notaba lo puto. Se pintaba la cara y todo. Cada día se descaraba más. Lo amenacé con despedirlo si daba un paso fuera de la cocina y ¿qué creen que hizo? Se metió a un cliente a la cocina y frente a la parrilla, al hervor de las cazuelas, lo estaba fajando cuando me lo cacho con las manos en la masa y con un ¡fuera!, salió corriendo como liebre.

Contraté a una chamaca que bailaba español con traje de olanes y bolitas. Era de lo más graciosa, tenía ocho años de edad y ya tocaba las castañuelas divinamente. Como a estos negocios entraban los de Salubridad, Reglamentos y agentes que revisaban hasta los roperos para ver si no había viejas escondidas sin permisos, un grupo de ellos se sentaron a disfrutar de la variedad. Pusieron el grito en el cielo al ver a la niña con su gracia cándida: sólo alcanzó a dar tres pasos porque luego pararon la música, por ser menor de edad.

—Pero si viene con sus padres, ellos la han presentado en otros cabaretes —les alegué.

A pesar de que sus papás mostraron las credenciales de la asociación de actores, las autoridades la suspendieron.

En las fiestas del 20 de enero llegó una muchacha atractiva a trabajar conmigo. A mi cantinero el Negro le bailaron los ojos como canicas. Por supuesto que María Elena se puso celosa y en venganza le hizo caso a un chofer de taxi. Las cosas se descompusieron entre ellos. Ni porque ya tenían un hijito, José de Jesús, se estuvieron en paz.

¿Adivinen quién fue la madrina? Yo, por supuesto. Acepté porque mi sobrina tendría un compañero para jugar. Su mamá me dijo que quería irse a Guadalajara a probar suerte y que me quería dejar al niño encargado.

—Te lo llevas contigo. Si crees que el Negro lo va a cuidar, te equivocas. Así que mejor te lo llevas.

María Elena desapareció de la noche a la mañana y tuve que acudir al Ministerio Público a contar todo el rollo, aconsejada por el licenciado Aysa que me cobró 300 pesos por asesorarme. Se levantó acta y tuve que regresarme con todo y niño porque me indicaron que si era la madrina, me correspondía el deber.

Todo un trabajo para manejar el burdel. Muchas mujeres que llegaban desaparecían sin dar las gracias, como Carmen, que llegó de Xico, Veracruz, y pare-

cía muy encariñada conmigo. Se llevaba bien con Estela, otra mujer que llegó a mi casa después de talonear en el hotel Emiliano y que también hice comadre.

—María de Jesús, yo también quiero ser su comadre. Estela anda muy orgullosa de que usted haya aceptado bautizarle a su hijito —me dijo Carmen.

—Bueno, es que como nació aquí en la casa no me quedó otro remedio, pero tú, ¿cómo quieres ser mi comadre si no tienes hijo para bautizar?

—No, pero ya pensé cómo, ¿qué le parece si le llevo a bendecir la virgen de Guadalupe que le regaló su hermana?

Carmen pasó a ser mi comadre de segundo grado cuando el sacerdote bendijo la imagen. Más tarde, a la pobre le tuvieron que cortar un pecho porque lo tenía cancerado. Pagué los gastos por mi sagrado deber de comadre. Regresó a curarse, y como su novio la dejó para casarse con otra lloraba día y noche, hasta que se desapareció sin despedirse siquiera.

A Estela se le murió el niño porque lo desatendía mucho, le gustaba la parranda y era afecta a tomar seconales. De manera que la corrí, no me gustaba que se empastillaran o fumaran mota. Al único Mota que se fumó fue a Miguel Angel, cuando era juez de barandilla. Ahora me arrepiento de haber corrido a mi comadre Estela, porque se negó a declarar en mi contra, cosa que siempre le agradeceré.

Llegó a mi casa otra mujer, Lucila Martín del Campo. Era muy guapa, hasta le decían la María Félix. Con tal de que no se fuera le presté dinero para que recu-

perara a su hijo, a quien había dejado con una puta de Irapuato. La acompañé a quitarle a la otra a su hijo David, y se quedó a trabajar de fijo conmigo. Valió la pena porque tenía experiencia en el talón. Cuando Juana Moreno (Beatriz) me traía a ofrecer mujeres en venta, yo la mandaba por un tubo porque eran muchachitas tontas que no sabían ni con qué se comía la taloneada. Buscaba mujeres de oficio, de sueldo y a comer a la calle.

De por sí tenía que andar tras las mujeres como si fuera su propia madre: una vez que se dedicaban a la vida fácil, de a tiro se volvían dejadas a la copa y la parranda. Aceptaban todas las bebidas que les daban los clientes, empanzurrándose con litros de licor y claro, ni que fueran burros para aguantar el ritmo de varios tomadores por noche.

—Muchachas, si se pierden con el vino, ya no pueden corresponder a la satisfacción íntima del cliente, así que vamos a hacer cachirul. La de cinco equis o de presidente, disimuladamente la cambiaremos por sidral y la de bacardí por agua vil.

Claro que hacer el cambio era un arte, porque si los tipos se daban cuenta del cachirul, nos la mentaban por sentirse timados. Como no podíamos hacer siempre el cambio, les di otra idea. Yo tenía dos linoleums sobre el piso: uno rojo y otro azul con flores pintadas, de esos que se limpian fácilmente. Eran los adornos de mis dos sofás de piel niquelada con asas en la orilla para recargar el brazo.

—Fíjense bien, muchachas: háganse locas con la copa y cuando el cliente se distraiga, echen disimula-

damente el contenido por la mera orillita del sillón, dando a entender que se bebieron el contenido del vaso en un sólo trago. Total, lo más que puede pasar es que alguna hormiga o cucaracha despistada se quede beoda y patas arriba.

Siguieron el sistema, pero un sábado que había casa llena y brindis al por mayor, un bebedor pensativo descubrió un río que salía por debajo del sillón:

—A ver, muchachitas huevonas, ¿en estos salones les pesa pararse al baño y se orinan en la sala, o qué?

Eran pocos los observadores que andaban agachados, mirando el suelo a media luz. Por mi parte me cuidé mucho de no enviciarme, porque de haber sido así, me hubiera llevado la trampa.

Otro de mis típicos consejos era el indicarles a diario que no se calentaran con los clientes para no salir embarazadas. En aquellos tiempos no se usaban los anticonceptivos.

—La que no quiere cachondearse, nomás no sale panzona —les indicaba—, pónganse frías frías, sin sentir nada, y verán que no salen con regalito. Si les gusta alguno, mejor cámbienselo a una compañera, porque más vale prevenir que lamentar.

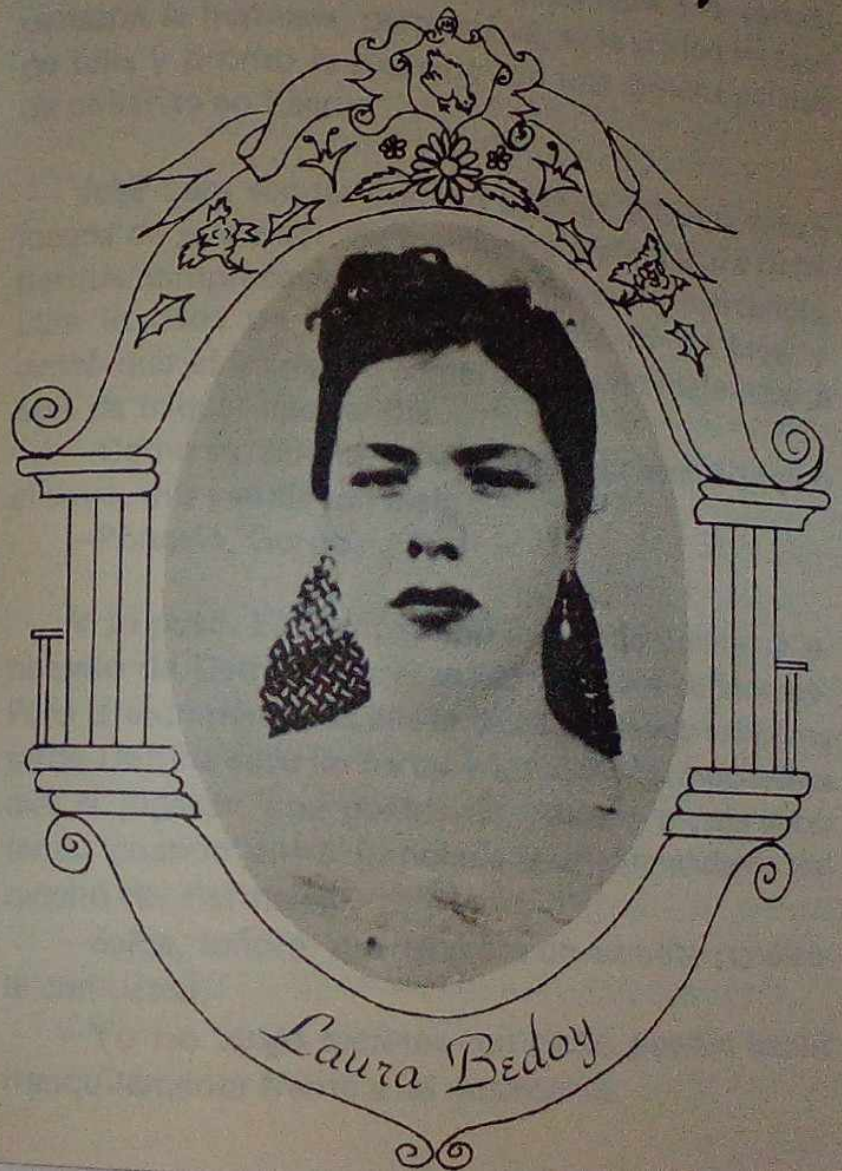
Fueron escasas las embarazadas porque además la mayoría duraba poco tiempo en casa. Una vez panzonas, se iban también a trabajar en otra cosa o convencían a algún hombre de que cargara con ellas. Parece mentira, pero cuando una mujer aprende a relacionarse con ellos en el continuo trato, oyendo todas sus

cuitas al calor del vino, los aprende a manejar. Tal vez las esposas no saben bien porque nunca lo aprendieron, temen embarazarse o quieren seguir de santurronas cogiendo con el camisón puesto. El caso es que en mi casa los machos se destrampaban y hasta llegaban a enamorarse de alguna. Me acuerdo que luego los de la alta sociedad se escandalizaban porque Fulano dejó a su mujer por una puta o Zutano se casó con una perdida. ¿Por qué? Pos pura maña que da la experiencia.

Siempre les exigí limpieza absoluta, que se lavaran bien después de un contacto para no transmitir microbios. ¿A quién le va a gustar una mujer cochina? Recuerdo que iba un tal Gonzalito, el fiscal de timbres, a quien sólo le gustaba que le besaran el miembro. Les daba a las viejas hasta doscientos pesos por una hora, y algunas aceptaban, pero yo me cansaba de decirles:

—No se presten a eso ni aunque les ofrezcan puestos de gobernadoras. ¿Qué tal si vienen enfermos y se los transmiten de boca en boca? Si ya de por sí entran muchas cochinadas por donde son mujeres, con eso basta y sobra. Si no, ¿para qué pagan tarjeta de Salubridad? Hay que estar a raya con la salud. Como dijo Cristo: ayúdate que yo te ayudaré.

12 las gallinas de arriba, cagan a las de abajo



Aburridos y tediosos eran los días en la cárcel. Si Delfina tuviera otra vez el humor de jugar a las cartas, pensaba la hermana, pero qué va, se le venían accesos de bilis y pronto lo asociaba con una curiosa partida de pokarito en Lagos.

José Lara vendía primero colchas, sábanas, loza y juegos de cubiertos. Su marchanta preferida era Delfi, porque compraba de a mucho. Al llevarle la mercancía, Lara le daba un vistazo al movimiento del lugar y pensó que el comercio carnal era mucho mejor que la bola de triques que vendía.

—Como ve, señora, quiero poner un negocio como el suyo, mis ventas van mal.

—Póngalo, Gordo.

Y lo puso. *El Quinto Patio* intentaba superar al lenocinio de Delfina, ser el mejor de Lagos de Moreno. Pero la experiencia de ella lo dejaba bailando solo. Una tarde Delfina sacó las cartas y les dijo a las muchachas que si jugaban una pokareada. Andaba picada apostando cuando entró la policía y un comandante del rancho del Bermalejo.

—Salga, señora, que tenemos un asuntito pendiente con usted.

—Yo no tengo secretos con nadie, pueden hablar tranquilamente frente a las muchachas.

—No, señora, por las buenas o por las malas la vamos a sacar. No ponga resistencia, que por algo traemos esta placa que brilla.

—¿Traen orden de detención contra mí?

—No, pero no se exponga a una bronca. Salga.

Delfina miró a sus pupilas expresivamente antes de salir, como diciéndoles que tomaran nota de lo ocurrido.

En la calle, entre sombras, a la poca luz del farol, bajo juramento de no confiarlo a nadie, le dijo el comandante que el Gordo Lara lo había llamado para ofrecerle cinco mil pesos por matarla y agregó:

—Yo sé que a usted le va muy bien en el negocio, así que si usted me da diez mil pesos cambio el trato y al que mato es a Lara, por su propia seguridad. Cierre el trato si es que usted aprecia en algo su vida. Vea que yo arriesgo mi puesto por darle preferencia a usted, porque aunque no la conozco, siempre me ha caído bien.

Delfina sintió desconfianza y le sacó al bulto. Después de todo, ¿cómo iba a confiar en su palabra, con base en qué? Se limitó a agradecerle la atención de avisarle y se fue a encerrar a su recámara. Al día siguiente llamó a María de Jesús a su casa de León para que fuera de inmediato, porque ella no salía a la calle por aquello de las malditas dudas.

La hermana acudió y le aconsejó a Delfina que dejara la casa encargada con la de su mayor confianza y se fuera lejos.

—Te voy a hacer caso —se resignó la mayor—, ya me cansé de fregarme trabajando tantos años. Se gana mucho, pero siempre hay líos. Dejaré a cargo del negocio a Laura Bedoy, ¿qué te parece?

—Claro, es la más indicada, qué te puedo decir yo si sabes que es mi comadre de primer grado. Ni modo que traicione nuestra confianza —afirmó María de Jesús.

—Oye, ¿y no crees que el Gordo le haga algo a Laura?

—Qué va, manita, ¿no ves que esas viejas son muy ofrecidas y le dan la nalga a todo mundo? No, si a nosotras luego nos pasan cosas porque al darnos la categoría que tenemos, hay gente ponzoñosa que no entiende del respeto humano.

Laura se quedó a cargo del lugar, pero se robó un reloj, sábanas y colchas cuando se fue con un querido, así que lo manejaron luego Guadalupe Moreno y Adela Mancilla.

Delfina se refugió en una casita de Guadalajara, herencia de su padre. Durante una visita de Luisa, ésta le comentó:

—¿A que ni sabes quién es el nuevo procurador de Guadalajara?

—¿Pos quién?

—El licenciado Tomás Gómez, el que era juez de Tlaquepaque cuando tenía el negocio del cine y me ayudó tanto en contra de Márquez.

—Mañana mismo voy a verlo, quiero ser su cuata.

Delfina lagrimeó un poco ante el Procurador, con-

tándole de las dificultades que tuvo con el Gordo Lara.

—Tiene usted suerte de conocerme —dijo Gómez—, porque de hoy en adelante procuraré ayudarla en lo que pueda, nada más que tratándose de servicios aparte del Estado, deberá pasarme los honorarios que usted considere convenientes, ya que esto sería como un trabajo de abogado, ¿me entiende?

—Claro que sí, licenciado, digo, señor procurador, ¿cuánto?

—Lo que guste, pero que sea cuota mensual.

Delfina se fue contenta a su casa, porque aunque se lastimaran un poco sus bolsillos, qué diferencia de amistad con soldados, junto a la de ¡un señor procurador! Pensó que esa noche y las subsecuentes dormiría realmente tranquila.

Tiempo después mataron al Gordo. Entraron dos encapuchados al *Quinto Patio* y, distraído Lara en la barra, no se dio cuenta ni a qué horas se lo quebraron. Su esposa e hijo andaban diciendo que Delfina lo había mandado matar por medio de Tadeo, que por algo se había desaparecido de Lagos. Ella metió demanda por difamación y no pudieron probar nada en su contra. Ya de por sí, su burdel no andaba bien por descuidarlo, apenas salían a mano y con esos chismes podría bajarles más la venta.

Delfina se dedicó con fervor a su hijo Ramón Torres, el Tepocate. Ella mejor que nadie comprendía lo mucho que sufría su hijo porque de chico le pegaron una sífilis, y como no se atrevía a contárselo a su ma-

dre, hasta que fue demasiado tarde lo atendieron. Quedó impotente.

Con la experiencia que le daba el ser madrota, sabía que un hombre sufría mucho ante sus compañeros por este problema. Le compró una motocicleta y acudió al procurador para que le consiguiera un empleo en Tránsito Federal, por lo cual le pagó cinco mil pesos. Trabajó el Tepo en Guadalajara por un tiempo y ya con credencial pasaba carros por la frontera para venderlos.

Delfina veneraba al procurador, y hasta unas mancuernillas de oro que habían sido de su padre le fue a obsequiar una tarde. Gómez agradeció la atención y le dijo que cuando viniera María de Jesús la llevara a su casa porque quería conocerla.

La hermana llegó a arreglar unos asuntos a Guadalajara y aceptó conocerlo después de repetidas súplicas. Así fueron hasta un elegante departamento cerca del templo de Santa Teresa de Jesús, acompañadas del licenciado Jesús Orellana. Desde que entraron, Gómez les ofreció una copa, pero muy propias dijeron "no, gracias", así que el anfitrión se bebió todo el licor que consumirían juntos. Le dijo a su esposa:

—Vete, atiende la cocina porque tenemos que hablar de un asuntito privado.

Solo ante las visitas, se dirigió a María de Jesús según lo cuenta ella:

—La mandé llamar para decirle que quiero que me pase una cuota al mes, porque yo sé que usted trabaja mal.

—¿En qué forma, licenciado?

—A las mujeres como usted, de cualquier forma se las puede uno chingar.

—Mire, licenciado, yo pago mis contribuciones y no trabajo a escondidas de nadie. ¿De qué me va a acusar?

—Más le vale que se ponga bien conmigo.

—Usted no me va a extorsionar así. Si quiere dinero, a ver, ponga usted las nalgas para que lo consiga, a ver. . . Usted manda en Jalisco, pero allá es Guanajuato, yo me entiendo con los de León. Además, tengo mejores gallos en mi corral.

Furibundo empezó a gritonear, con los puños al viento lanzaba amenazas, y decía que ya buscaría la forma de joderla.

—Usted no me va a sacar nada —dijo ella sin miedo.

Durante el reto su amigo Orellana se ponía colorado y movía la cabeza. Al fin se pararon y salieron los tres.

En la calle, Delfina estaba apenada, no se había imaginado el motivo de la invitación, creía que se trataba de un buen hueso.

Refunfuñando, dijo por último María de Jesús:

—Méndigo viejo, le voy a echar más maldiciones que besos le haya dado su abuela. Aprovechado, nomás por el puesto que tiene.

13 no soy de letra, soy de treta

Les daba su propinita a las muchachas del salón de belleza para que me dijeran qué peinado me sentaba mejor: pelo largo en invierno y corto en tiempos de calor. Me pusieron también un mechón güero de lado. Me pintaba las uñas de rosita nacarado y hasta las de los pies. Usaba un anillo de oro en el dedo de en medio y aretes distintos. Compré una gargantilla de brillantes finos, en cuatro mil pesos, a saber si era chueca. Tuve un abrigo de nutria, según decían, y otro de zorro peludo que me regaló mi sobrino, el Tepocate, del otro laredo. Pero mi consentido era un abrigo de casimir rosa que me compré en Agua Prieta, de los Yunaites, costó 82 dólares. Ese me lo puse un día que me llevé a mi sobrinita María de los Angeles (tendría unos seis años) a comprarnos ropa fina en los Almacenes de Hierro, en la mera ciudad de México.

—¿Cuánto nos cobras el flete de dos días? —le pregunté a José de Jesús Aranda, guapetón taxista apodado el Escalera.

—Setecientos pesos y las acompaño para que no se pierdan.

La ciudad era grandiosa, con carros que se venían encima y daban vuelta por un enredo de calles más trajinadas que un panal de abejas. El almacén decía *El Palacio*, y eso parecía en lo inmenso. Había mostradores con muchas cositas y damas encopetadas por todos

lados. Tomé a mi sobrinita de la mano para no perderla de vista. Pongo mi pie en la escalera... ¡Y vámonos! ¿Qué es esto? Se mueve el piso y yo grito:

— ¡Deténgase! Por favor, ¡Pa-a-ren!

Quería agarrar a la niña y asirme al barandal y no supe para dónde voló mi bolso. Cosa de cirqueros. Una temblorina de pavor y las piernas cimbrando. Se me salió el zapato y la gente nomás nos pelaba los ojos.

No aguantaba la pena y quería irme, pero no podía echarme para atrás porque las benditas escaleras me querían arrastrar hacia adelante.

Un experto señor me tomó del brazo y me dijo que saltara el primer escalón y me estuviera quieta. Ahí voy, toda tiesa hacia arriba y para desmontarme, otro lío. Bajé sudando y no compré nada, qué caray, con el susto se me olvidó a lo que iba.

De regreso a León, María de los Angeles, que le decía "tío" al Escalera, le contó lo sucedido y mejor seguimos yendo a las tiendas de provincia, más vale malo por conocido que bueno por conocer.

En esa época, mi casa de León caminaba sobre ruedas. Cada año le enviaba tres mil pesos al sacerdote para pagar la procesión de la Madre Admirable y agradecerle así mi prosperidad.

Me enamoré del Escalera más que de ninguno de mis amantes. Ya no me complacían otras caricias que no fueran las de él.

—¿Por qué me quieres, María de Jesús?

—Pues porque estás hecho a mi medida.

Hay que celebrar cuando alguien sale a la medida de una, porque unos tienen un miembro rasposo, muy grande y que lastima, otros lo tienen muy chico y no complace igual, pero el pene que se acopla perfectamente, es la pareja de la oveja, la media naranja, el destino natural.

José de Jesús Aranda era diez años más joven que yo y, sin embargo, estaba prendado de mí. Yo creo que les gustaba a los hombres por mula que era. Sus compañeros de sitio le aconsejaban:

—Sácale dinero, no seas pendejo.

—Yo te doy cuerpo y nada más, si te parece, bien —ésa era mi línea de acción.

La dueña del carro de sitio que manejaba el Escalera, de unos 35 años, era virgen. Una tarde, esta mujer llamada Esperancita lo invitó a tomar copas y en el camino le preguntó:

—¿Qué, te falta ser hombre?

Ante el desafío, el Escalera no tuvo más remedio que violarla. A ella le gustó tanto que lo llamaba seguido, pero él se le escondía, hasta que un día lo contrató para ir a Silao y ahí sí hicieron sus cositas. Tan contenta estaba la mujer que hasta salió embarazada.

Los hermanos de ella buscaron al Escalera y le costearon el matrimonio en la parroquia de León. Asistió a la boda una novia guapilla que tenía el Escalera, y ante la marcha nupcial se le rodaron las lágrimas.

Yo no sabía nada. A las siete de la noche llegó el taxista, me arreglé y salimos a cenar un pollito a bordo de mi Ford 56. Tomamos unos helados y nos regresamos al burdel. De mi recámara ya no quiso salir, pidió unas cubitas y escuchamos el radio hasta las cinco de la mañana en que decidió bañarse y ponerse ropa limpia, porque ahí tenía algunas mudas.

A las diez de la mañana llegaron unos clientes que pidieron muchachas, pero yo les dije que estaban dormidas. Pasaron a tomar unas cervezas y al rato llegó el Puerquito, taxista amigo, a curarse la cruda. Se sentó a platicar conmigo y lo primero que hizo fue preguntar:

—¿Cómo está de pesar, señora?

—Estoy sana y contenta, ¿de qué me voy a quejar?

—¿No sabe que el Escalera se casó ayer a las siete de la mañana?

—¿Pero, cómo? Si estuvo conmigo toda la noche...

—Ya se supo, por eso la novia trae los ojos hinchados de tanto llorar, la dejó chiflando en la loma.

El licor me hacía gorgoritos en el estómago, quería patear sillas y aventar mesas. En la tarde llegó Miguel Torres, el dueño de la tenería, y de puro coraje me puse de coqueta y bailé con él. Cuando llegó el Escalera a preguntar si andaba ocupada, le dije que sí, igual que él y lo mandé al demonio.

A los quince días me amarré a Salvador, el Coyote, un ranchero adinerado que al entrar me dijo:

—A esta tuna me la como, aunque me espine la mano.

Era cariñoso en la cama y me ayudaba a encuetarme para tratar de olvidar. La carne es débil y yo seguía obsesionada.

—Soy casado y con hijos —me contó el Coyote—, pero si te vas conmigo, te pongo casa en Guadalajara, Deja este changarro.

Pensé: este desgraciado me va a ir a hacer caricias nada más cuando lo deje un rato su mujer. Ni que me gustara tanto para sacrificarme de ese modo.

Por menos que eso le di su zarandeada al Escalera.

—Tengo un rancho bonito —continuaba—, mis hijos están creciditos, uno se parece a mí y el otro es igualito a su mamá. Son rete listos y vivarachos, sacaron buena calificación y el otro día el más chiquito golpeó a un grandote con el puño cerrado porque...

—Cámbiale de disco, ¿no? Platica mejor de otras cosas —lo interrumpía—, porque un hombre que se pavonea de su mujer y sus hijos resulta insoportable, es como si le aventaran a uno el pastel en la cara.

Estábamos bien enganchados en mi recámara, pero ¡maldición!, me imaginaba estar cogiendo con el Escalera. En plena faramalla, por la ventana entraron los compases de un trío y la voz inconfundible de mi ruletero: *Se me hizo fácil, borrar de mi memoria, a esa mujer a quien yo amaba tanto...*

¿Ese qué tanto canta?, preguntó Salvador, y yo mejor me hice la desentendida, pensando a fuerzas que encontraba un buen reemplazo en un rancherote

de buena posición. Total, que el Escalera ni un regalito me daba, me repetía en la mente para no dar otra vez el ranazo.

Supe más tarde que a Salvador lo mataron en una carrera de caballos en San Pedro y que hasta le hicieron *El corrido del Coyote.*

Estaba sentada en el salón al filo de las diez de la mañana, curándome la treintava borrachera del olvido, cuando llega el Puerquito y me dice:

—Señora, la llaman afuera.

—¿Quién es?

—No sé, un cliente que no conozco.

Salí con batita a ver de quién se trataba cuando el Puerquito me atrancó por atrás y ya no me dejó meterme. El Escalera me tomó la mano, y yo como niña chiquita gritaba para que me soltara. Se acercaron mi comadre Estela y otras dos y dijeron:

—La van a raptar, la van a raptar, ¡qué suave!

El payaso me subió a su taxi a jalones. Ya me daba pena hacer más escándalo en la calle a esas horas del día.

—Mamacita, déjame contarte, me tienes que escuchar.

En la carretera rumbo a Silao me habló de las dos tristes veces que se metió con Esperancita porque lo retó a ser hombre, y de que me quería porque después del banquete de bodas se refugió conmigo.

—Te vuelvo a aceptar —le dije— si prometes que ya no vas a dormir con tu mujer.

—Bueno.

Esa noche hicimos el amor como si tuviéramos la misma práctica de antes. Nos vinimos dos veces, como era usual, pero agregándole el fervor que proviene de algo que se siente perdido y dan ganas de revivir con todo el corazón.

Desde entonces se fue a dormir conmigo al término de su horario nocturno de trabajo. Luego me enteré de que Esperanza tuvo otros hijos con él. Me imagino que se los hizo a mediodía. Llegó la situación al extremo de que la mujer lo iba a buscar a mi casa cuando tenía algún problema. Se paraba en la esquina y con un muchacho le mandaba recado. Un día que se les enfermó una de las hijas, la llevó en brazos a mi casa preguntando por el Escalera. Yo misma les recomendé al doctor Alvarez, y hasta fui a la farmacia a comprar las medicinas.

La partera Ramona, que vivía por la calle de Santo Domingo, atendió el parto de mi comadre Estela y de otras muchachas. Una madrugada corrió Estela a prevenirme:

—Comadre, acabo de ver pasar el carro del Escalera, ha de haber ido a apapacharse con la partera, ya me vinieron a decir que anda con ella, y si el río suena es que agua lleva.

—Acompáñame, voy por mi pistola.

Con el arma enfundada, contraté a unos mariachis y me paré frente la casa de Ramona, segura de que mi ruletero estaba ahí porque el auto estaba estacionado

casi frente a la puerta de la partera. Les pedí a los cantores melodías de desprecio, y después de cantar unas diez, el tipo no asomaba la cara. Me lleva la trompada, pensé.

Estaba tan ardida que se me ocurrió tirarle al carro, que al fin todavía era mío, él nada más había dado mil 500 pesos de abono. Gabriel Pérez, de San Juan, me lo había vendido en 14 mil pesos. Le disparé a cada llanta y al minuto se apareció una patrulla, atraída por el ruidajo que armé. Me condujeron a la cárcel preventiva ante el agente del Ministerio Público, el licenciado Baca, y ante el juez, el licenciado Rufino Guerrero.

Mi comadre Estela se fue a buscar a mi cantinero, el Negro, mientras yo permanecía sentada, con el canijo frío que me estaba cortando hasta la cruda. Me trajeron una cobija y al licenciado Víctor Alvarez, a quien contraté para salir del atolladero. Le expliqué que el auto era mío, pero arreglar el escándalo, dijo Víctor, me iba a costar seis mil pesos, dos mil para Baca, dos mil para el juez Guerrero (era tío de Estela pero no le dirigía la palabra por andar de huilota) y dos mil para Alvarez.

Se fueron a sacar la lana del ropero, bajo mis advertencias de que no fueran a tomar más de lo debido, porque yo no sabía exactamente lo que tenía guardado. La secretaria, escribe y escribe a máquina, pidió mis generales y luego preguntó:

—¿Usted, con hecho intencionado, le tiró a las llantas del carro?

—Sí, señorita.

—¡No, no! —gritó Rufino—, cambie el papel, ¡qué barbaridad! Póngale usted: "Como la señorita iba en estado de ebriedad, no se dio cuenta ni a dónde tiró ni dónde pegó, no se acuerda de nada porque estaba alterada de sus facultades".

Ya no volví a abrir la boca ese día. Firmé los papeles, di las gracias y me fui a casa a las once de la mañana a tomarme un jugo de naranja. En la tarde, los periódicos publicaron: *La Poquianchis armó un escándalo en la vía pública.* ¿Tan pronto se enteraron? ¡Qué bárbaros! Le mandé pedir mi auto al Escalera, y como rehusaba devolvérmelo, se lo quité por medio de Antonio Silva, un judicial.

Antes del mes ya estábamos otra vez reconciliados. No era muy valiente, sino más bien medio gallina, pero tenía buenos sentimientos y hacía el sexo rete padre. Nueve años duré con él, el tiempo récord de mis amantes. El cínico llegó a tener cuatro mujeres al mismo tiempo. Después de Ramona la partera, se metió con la hija de ella, ¿cómo la ven?

Boyante y a gusto estaba con mi casa de asignación, cuando a la una de la mañana se presentaron un grupo de agentes alegando que venían a cumplir con la nueva disposición: el gobernador José Torres Landa prohibió la prostitución en el estado de Guanajuato.

Clausuraron mi negocio junto con todos los del Estado. Esto ocurrió en 1962, después de doce años de lidiar en este negocio. Nos despedimos todas las mujeres con lágrimas en los ojos, deseándonos suerte,

en el despiste total por no saber qué nos deparaba el futuro. Sólo se quedó conmigo Luz Ramos Aréchiga, quien había trabajado con Delfina años atrás y me ayudaba en la cantina, después de Lupe.

Nos regresamos con todo y chivas a la casa de Lagos, mientras decidía en qué otra cosa la podía yo girar. Nos recibieron las encargadas Adela y Lupe. El lugar lo cerraban usualmente hasta las cuatro de la mañana, pero esa noche cerraron más temprano porque había escasa clientela. Platicamos y luego me acosté en una cama, Luz en otra junto a la mía y Adela en el sillón, porque insistió en quedarse en el cuarto a acompañarnos. Sonó el timbre y de un brinco Adela se levantó a ver quién era. Creí que eran clientes, pero se oían voces de mujeres cacareando de tanta alegata.

Parece que me clavaron una espina y sin aguantar la curiosidad me puse las pantuflas y me acerqué a la puerta para oír lo que decían.

—Ya le dije que no está la señora —decía Adela a la mujer desconocida.

—No le hace, con ustedes traté y quiero que me cambien a esta mujer porque no sirve para trabajar, cámbiamela por otra. A ver, enséñenos las que tienen.

Se medio asomó la extraña, como queriendo entrar, y al verme preguntó quién era.

—La hermana de Delfina —le aclaré.

—Pos le digo también a usted que Adela y Beatriz me hicieron trampa. Ellas nos pasan mujeres a nosotros, pero ésta de a tiro no sirve, es una ranchera idiota.

—Yo no sé de esto —intervine—, no he necesitado

de viejas amancilladas ni cuerpos encerrados, no sé cómo les dan a ustedes permisos para trabajar así.

—¿Y quién habla de permisos? No se haga, son tratos de persona a persona. Hace tiempo que intercambiamos pupilas para nuestro burdel, *Los Naranjales*, en la frontera de Reynosa. Años de esto sin mayores dificultades, pero ora sí ya ni friegan, esta mujer está de a tiro. . .

—Pues se van a la chingada con esa mujer que traen —hablé así de claro—, y si no, llamo a la policía para que los detengan aquí.

—Ay, señora, perdone la interrupción, mejor nos pintamos —dijo a la vez que se fue con la muchachita y otro señor que manejaba un carro verde.

Cerré la puerta dejándola bien atrancada y le dije a Adela:

—Mira comadre, tú ni entregas bien las cuentas a Delfina en el manejo de este negocio. Hacen y deshacen como se les pega la gana, son las que gozan y ella ni siquiera sabe bien de sus movidas. No sé por qué mi hermana no vende esta fregadera y las manda por un tubo. A mí por cosas menores me amenazaban con clausurar, imagínense si se enteran de la trata de blancas. Prefiero mantener a Delfina que verla con nuevos líos.

Temprano me arranqué para Guadalajara a ver a Delfina y le expliqué lo sucedido, sintiendo el peligro que corría con esos tratos.

—Tú no te metas, hermana, ellas trabajan el negocio y sabrán cómo le hacen, son de toda mi confianza.

Tú trabajas de un modo y yo de otro. Y ya vez, a ti ya te partieron.

Me establecí en otra casa cercana a la de ella, en la 44A, un predio heredado por mi padre. Lo acondicioné porque en Jalisco seguían otorgando permisos para lenocinios.

Contraté a dos pupilas a quienes pagaba 40 pesos diarios por hacer sala. Me fue mal porque no caían clientes. Salí a la calle a repartir tarjetas por todos los alrededores y me metí a un hotel.

Se me acercó el dueño, un hombre alto, güero, de pecho velludo, que me preguntó de dónde venía. Le expliqué mi situación y me dijo:

—Vamos a su casa para conocerla. Tengo experiencia en esto.

Encantada de salir colgada de su brazo, hasta subimos a un carrazo Pontiac de cola enorme, nunca me había sentado en algo mejor. Le invité copas en casa y luego nos pasamos a la intimidad. Me pagó 500 pesos, cosa que me dejó lela, ni pensaba cobrarle.

—Mire, María de Jesús, quiero que sea mi amante y socia. Yo surto las mujeres que necesite. Tengo unas trescientas, regenteo distintas casas, ése es mi negocio.

—Ay Dios, ¿y cómo le hace?

—Uso una táctica muy buena: en vez de manejarlas a ellas, manejo a sus padrotes, son los que están de acuerdo conmigo. Las esperan a la salida de su trabajo, les sacan dinero y las traen perfectamente controladas. Busco a los candidatos en ranchos o fábricas, que sean

fornidos y de buen bigote. Alégrese porque yo la puedo ayudar mucho.

Me le quedé viendo a ese güerote que llevaba una medalla de oro en el pecho, pantalón de casimir y guayabera blanca, como su piel. Usaba huaraches y por eso le decían el Ranchero. Le consulté a mi conciencia y me dije: aguas, María de Jesús, te pones tierna, das el changazo y te padrotea a ti con la mano en la cintura.

Tamaño muñecote te exprime hasta las tripas.

Le agradecí su "desinteresada" colaboración y dije que estaba acostumbrada a manejar las cosas por mi cuenta, despidiéndome del tipo para siempre. Ya ni volteé a ver el carro para no ponerme verde de envidia.

Mi amante Jesús Aranda, chofer de taxi apodado el Escalera. Discute con las pupilas de Delfina en el juzgado. Se defendió como gato boca arriba y logró salir libre por falta de pruebas en su contra.

14 la fealdad no es signo de castidad

Luz o Guillermina Ramos Aréchiga, vieja pupila de Delfina, da la bienvenida a su celda en Guanajuato. Siente tantas ganas de platicar con alquien que ella es la que interroga:

—Me preguntan aquí: ¿Bueno, y tú por qué no te ríes? Pos porque he vivido amargada, me acusan de secuestro y ¿qué secuestré? Pago lo que no debo pagar y sufro lo que no tengo que sufrir, mi delito es estar presa de la ignorancia, a eso se atiene una por huérfana. Dicen que soy mala pero soy buenita, y luego quieren que una se ría, ¿pos de dónde o de qué?

Pide dispensa para cocinar verduritas y frijoles mientras empieza a recordar los buenos tiempos como si fueran un sueño:

—Hubo una época en que sentí de cerca la suerte. Todavía estaba joven y no tan maltratada como ahora. En la casa de León, había muchachas libres, pues María de Jesús consiguió blancas y bonitas que andaban luciéndose en una sala adornada con unos muebles que ¡uh!... La puerta permanecía cerrada y pip, pip, llegaban carros y nos asomábamos a ver: puros hombres de fábricas de León, de tanto dinero que hasta pagaban con cheques. Aparecía yo con zapatillas de tacón, medalla de oro y reloj, con vestidos hasta importados de Japón. Prestado todo.

Yo no debía dinero, simplemente estábamos mis hermanas y yo desde chicas, nos acostumbramos a eso y la pasábamos bien mientras estábamos nuevas, porque ya de viejas éramos unas mugrosas sirvientas y nada más.

—Pero fíjese que la suerte de la fea la bonita la desea. Alegre y ligera para el baile, me llegaron a pagar hasta 500 pesos por un ratito, pero el dinero lo recibía la encargada. Atendía la cantina y los señores, tan buenos, me decían: "toma cien o 200 pesos de propina", mismos que le pasaba a la jefa para mejoras de la casa.

Nos prohibían tener amante. Cinco minutos con los hombres y nada más. Pero aun así llegaba a sentir ternura por ellos. Un día que me enamoro del jefe de patrullas, pero María de Jesús se dio cuenta y me amonestó.

Trabajaba ahí una mujer que me dijo: "oye, tú me gustas", y luego luego la corrieron, porque esas señoras no eran perversas. Si llegaba un hombre pervertido lo corrían, nada de por atrás o besos ahí. Un señor muy rico dijo: "les doy mucha lana pero quiero que todas las mujeres se desvistan conmigo". Ni así. "Veinte, treinta mil pesos". Ni así. María de Jesús decía que más valía poquito pero sin pecar ni ofender a Dios con esas cosas.

Yo no estuve con ellas cuando hubo muertas, es más, me llevaba bien con ellas porque no les daba problemas. Hacía sala toda la noche y atendía en León a la sobrina, María de los Angeles, arreglaba la cantina y los cuartos, lavaba la ropa. Tanto me querían que una le proponía a la otra: "pásame a Guillermina", "no qué va, es mi brazo derecho".

Mi defecto era tomar. Un día me empujé yo solita cinco botellas de cinco equis y claro, a la media noche no me daba cuenta ni dónde hacía del baño. Me decían que tirara el vino, pero yo no lo hacía por no desairar a los clientes tan buenos que me invitaban las copas. . . Creo que se portaban gentiles porque les era agradable.

Me veía bien de talle delgado, pelo corto con rizo grueso. Bailaba y reía, pero cuando me emborrachaba yo decía: sufro, sufro, no sé por qué, pero sufro.

Había una muchacha rete bonita, de ojos azules, que cantaba lindo y parecía artista. Era callada y seguido la sorprendía sollozando. Me pegaba entonces su tristeza. Cuando clausuraron la casa de León, se fue con nosotras a San Juan de los Lagos y otra vez lloraba, pero no se iba. María de Jesús se hartaba de su melancolía y decía que la iba a poner entre viejas bravas para quitarle lo chillona. Con ella fue que yo reaccioné: en sus ojos tristes vi mis ojos. Le imploré a la virgencita de Guadalupe: ayúdame, ayúdame.

Era una noche de sábado en que me habían dado un escobazo por barrer mal. Fue en el año de 1962. Hice cuentas: más de veinte años de trabajar. Vino a mi mente el día que Delfina me contrató de sirvienta en el Salto, y como era un animalito de indefensa, pos me convencía sola. Más que estaban trabajando con ella Victoria mi hermana, Indelisa y también Irma. Inclusive Victoria encargó a su hija Maurilia con los papás de Delfina. Esto recordé cuando dieron las cinco y el sol empezaba a salir, lastimando mis ojos.

Todas estaban dormidas. Temí portarme como una traidora. Los ojos tristes de esa pobre muchacha no los soportaba. Me atreví a robarme cinco pesos. Avú-

dame virgencita, no quiero seguir en Lagos, en una casa de segunda. Salí corriendo, corriendo y me subí a meditar en un cerro todo el día.

Bajé del monte a las ocho de la noche y entré a una iglesia a rezar. Una pañoleta me cubría la cara y un hambre canija me estrujaba el estómago. Fui a la terminal y esperé un camión para ir a Guadalajara, lo que hice después de recibir una ayuda de 20 pesos de caridad.

Busqué a la única hermana que no trabajó con las González Valenzuela, a Consuelo, casada con un mariachero de los portales de San Juan de Dios. Trabajé de cocinera porque María de Jesús me enseñó a guisar divinamente.

Tenía 35 años cuando salí un día de descanso y me senté en los pastitos del parque Morelos. Se me acercó Antonio, un señor de 60 años, el que enseguida me convenció de llevarme a conocer su rancho de Tuxpan, Nayarit. Nos arrejuntamos. Yo no lo quería, pero sentía cariño porque me trataba bien. Hacía un calor inaguantable en primavera, así que le pedí que me dejara visitar a Consuelo en Guadalajara, y él tan bueno, me dio permiso.

Estábamos las dos oyendo el radio y que dicen una bola de cosas de las Poquianchis: que las habían apresado, que eran malas, que explotaban mujeres, que habían matado. Sentí un escalofrío y me santigüé para dar gracias a la virgen por haberme salido a tiempo. Decía la radio que además iban a confiscarles sus bienes para pagar a las mujeres que habían trabajado con ellas. Mi hermana, que estaba junto a mí, me dijo: "orita vuelvo".

Ay Dios, que regresa con dos policías para que me presentara en la Delegación. Ella alegaba que me tocaba herencia, que fuéramos a reclamar a como diera lugar. "Veinte años de trabajo, ¡te puede tocar mucho!", me repetía tomándome del brazo para que me fuera con los policías a reclamar en el juzgado. No pensé que Consuelo era malita, me metió en la boca del lobo. . . fue puro desconsuelo. Llegué a pedir herencia y a cambio de eso me dieron 26 años en prisión.

Ya presa me enteré que las mujeres mataron a mi hermana Irma Ramos, pobrecita. Dijeron también las pupilas que mataron a Indelisa, pero sufrí y lloré de balde, porque luego supe que está viva. Trabaja por allá en el norte. No investigaron bien, todo de prisa, yo le dije al juez: "¿Qué podemos hacer si ustedes son cuchillo y nosotras carne?"

No eran las Poquianchis las que nos tenían agarradas, eran los del mismo gobierno, a los que les pagaban. Al procurador Tomás Gómez le pasaban dinero. Y afuera hay gentes realmente malas, pero como son letradas, no pisan la cárcel. Yo nunca creí para aquí por todo eso. Estoy aprendiendo a leer, mire mi tarea. Yo sé que si hubiera sido letrada la vida me hubiera sonreído.

Luz o Guillermina Ramos muestra orgullosa un cuaderno con ejercicios caligráficos y pide permiso para hablar de otra cosa, porque hasta el hambre se le fue de llegar al final del relato para toparse con su realidad actual. Se despidió en la tarde, rogando que la fuera a visitar aunque su humilde celda era la única cosa que podría ofrecer.

Con un nudo en la garganta, esta entrevistadora salió dando de gritos: ¡Es inocente! ¡Es inocente! ¡Pobre mujer! Pobre...

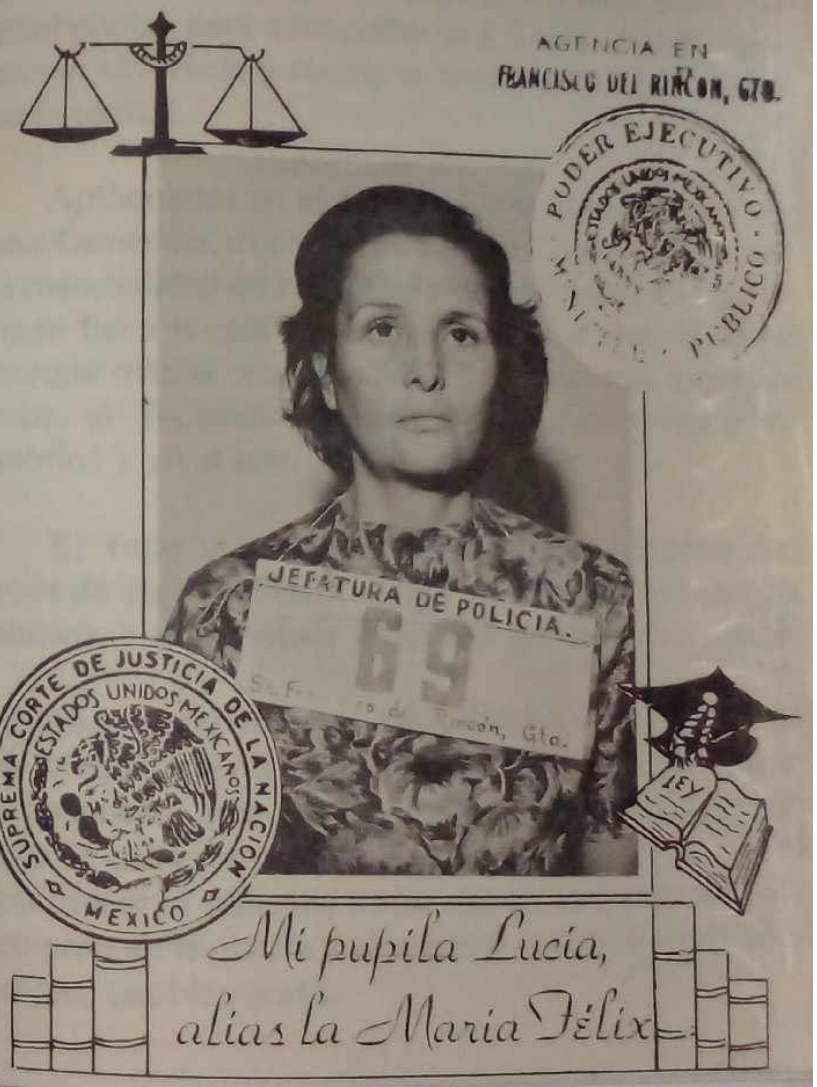
El guardia que escuchó las lamentaciones, pidió calma y opinó:

—Yo siento lo mismo, ella no es capaz ni de matar a una mismísima mosca.

Se le explicó que ni siquiera estuvo presente cuando ocurrieron las muertes, ya que salió del burdel dos años antes del encierro en San Pancho.

—Así debe ser —finalizó el guardia— pero no se puede hacer nada. Mire, aquí entre nos: ¿Cómo se puede hacer algo después del escandalazo? Cállese, que esto es asunto in-ter-na-cio-nal. Por eso, chitón.

15 palo dado, ni Dios nos lo quita



tras las viejas seguían metidas en casa de mi hermana con sus miedos y sus esperanzas. Había veces que la misma Delfina iba a San Pancho a llevarles comida, nada más que tenía que rodear Lagos por miedo a que la pescaran por haber disparado aquella maldita noche. Rodeaba por La Piedad, Michoacán, hasta llegar a San Pancho para entregarles costales de maíz y frijol acompañada de su chofer. Luego éste iba solo, pero también le empezó a dar miedo y flojera porque las cosas no se componían pronto. Nuestro dinero en efectivo empezaba a acabarse.

Delfina consiguió la concesión para montar una gasolinería en San Angel, así que decidí arreglar un poco la granjita porque los tres míseros cuartos que tenía estaban a medio acabar, ni puerta tenía por el lado del potrero y unas viles láminas cubrían la entrada. Salvador Estrada, mi compadre y jardinero, cuidaba el lugar y arreglaba las matas. A mi alberquilla le estaban saliendo resquebrajaduras y ni quien la usara.

Compré una maderas en San Pancho para las mejoras y de paso visité a la mujeres. Nomás me acerqué y se me amontonaron con una bola de lamentos y reclamos. No me querían porque ya sabían que le quería sacar al parche.

Mi comadre Adela me dijo:

—¿Te acuerdas del perro salchicha que me regalaste, comadre?

—Sí, ¿qué? ¿ya se murió?

—No, resulta que mi hermana Ernestina tiene contacto con el animal. Ya la regañé pero no hace caso.

—¡Jesús de la Macarena! Llama a Ernestina.

La trajo ante mí y le pregunté por qué hacía eso.

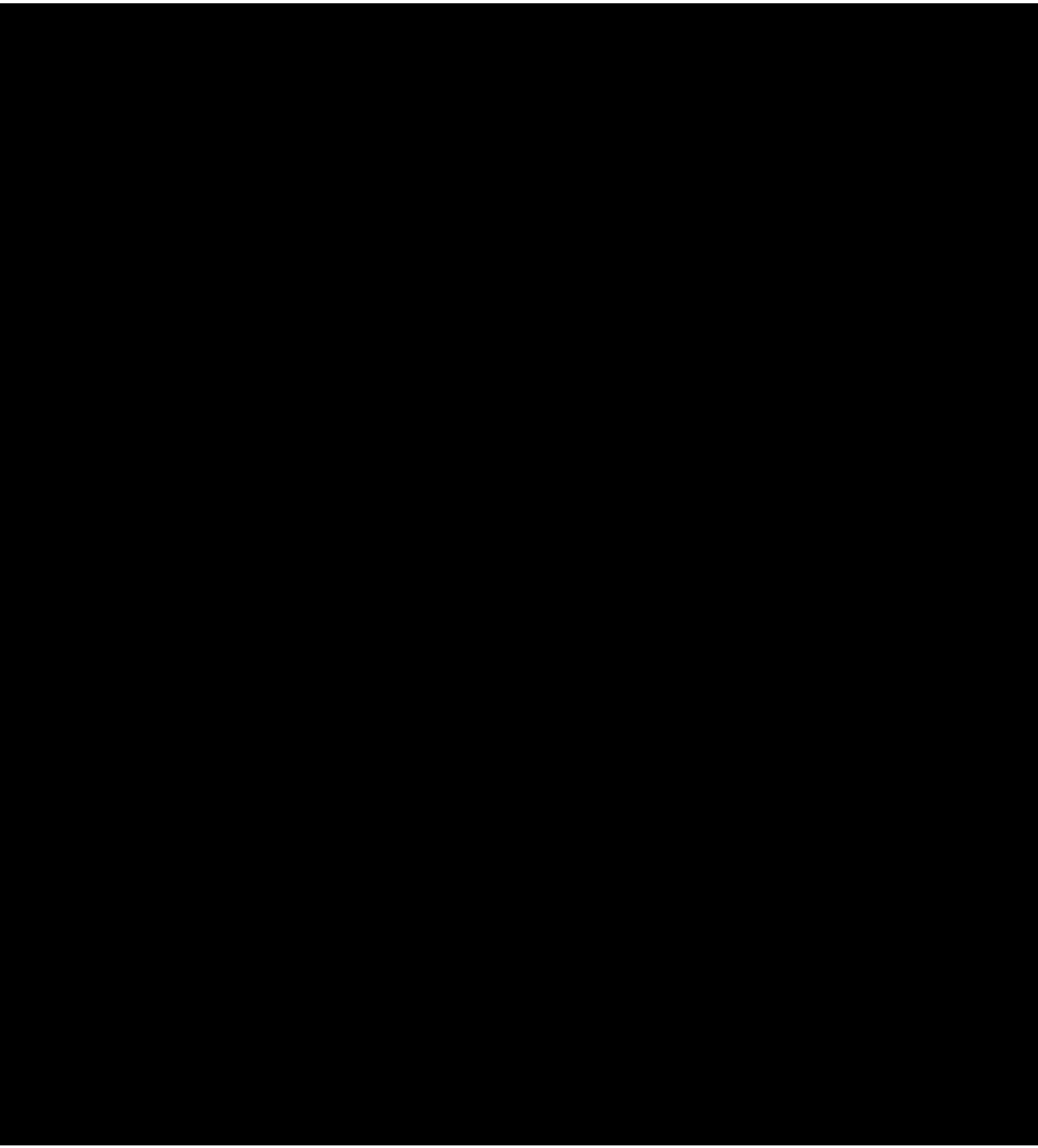
—Ay, señora, pos. . . Adela ya ni me quiere por cochina.

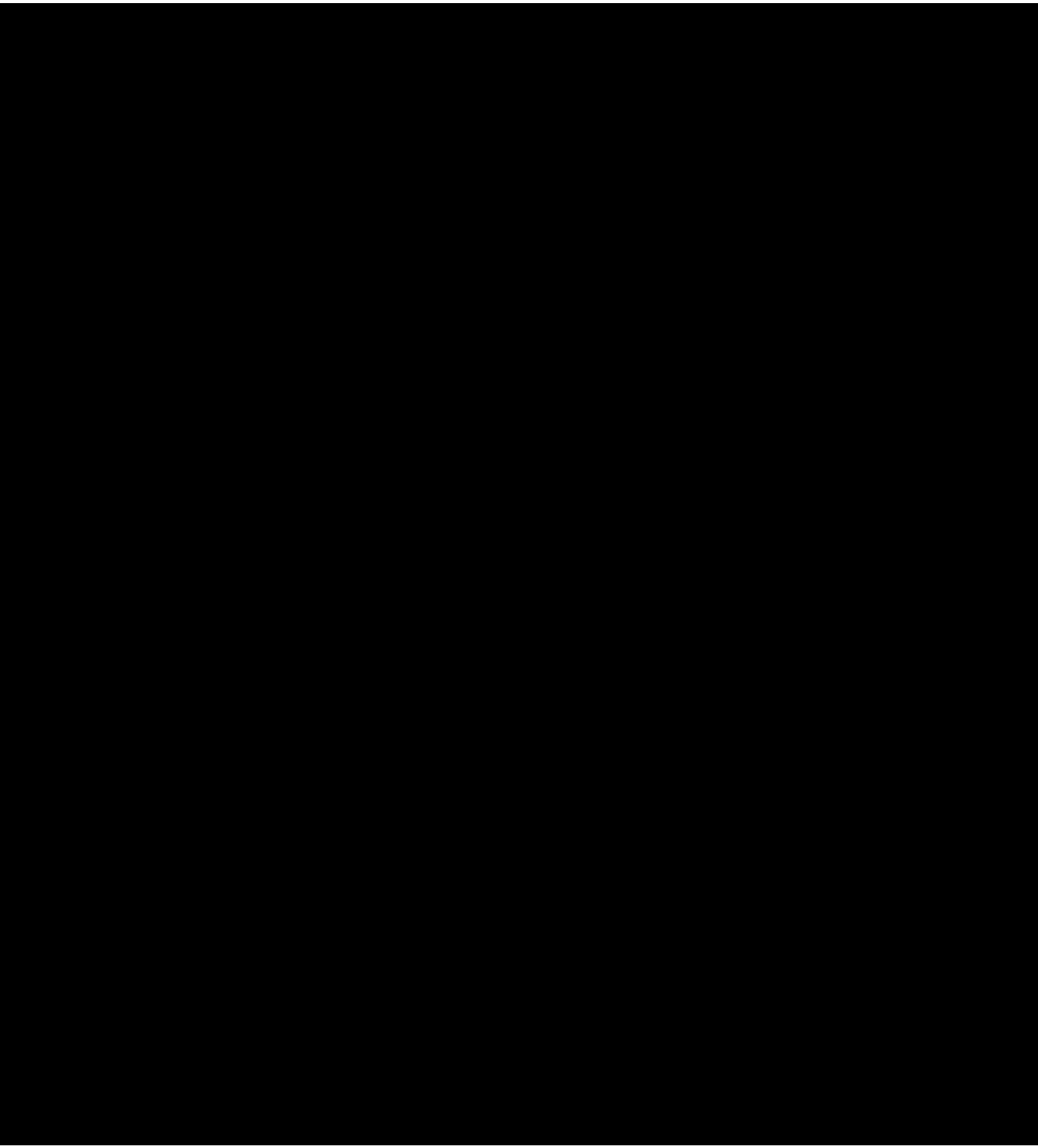
—Habiendo tantos viejos en el mundo —le dije enérgica —salte por ahí al mercado y búscate un cabrón que te quite las ganas.

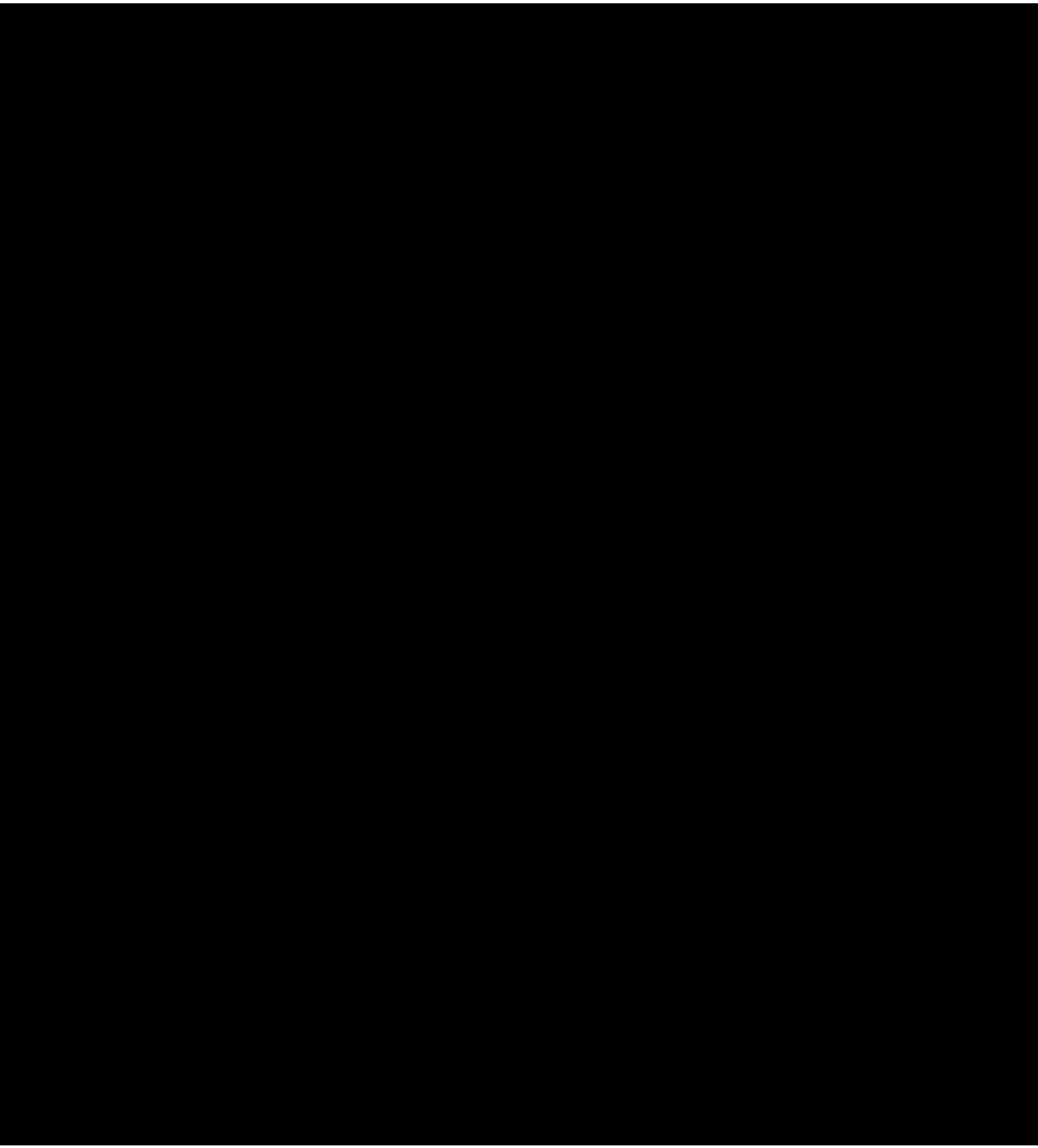
Me despedí hablando pestes y de paso le pedí a Guadalupe Moreno que llamara al carpintero para apurarlo con los tablones de madera que había encargado. Ella muy servicial como siempre, me dijo que hasta se ofrecía a transportarlos a la granja.

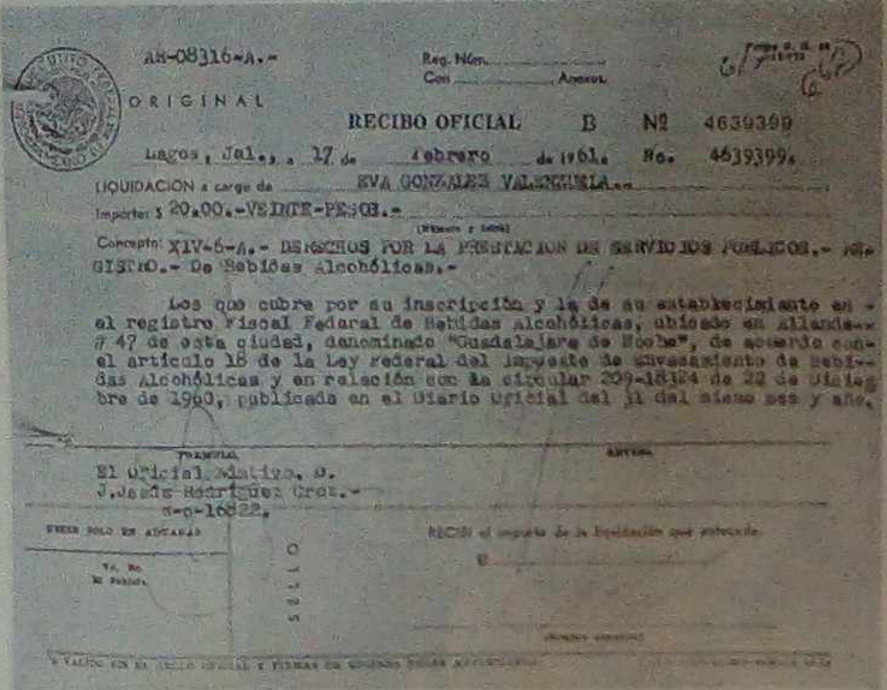
A los pocos días que estaban terminados, Lupe no encontraba modo de llevar los tablones, si en burro, en bicicleta o qué. No iban a dejar llevarlos en camión de línea. Se le ocurrió pedirle a un campesino cuate que cargara las maderas en su tractor y aceptó con una corta feria que dejé para el acarreo.

Muy entusiasmada, la Lupe se sentó junto al tractorista para indicar el camino. A pesar del ruidazo del motor en movimiento, ella iba entrada en la plática cuidando que el viento no le alzara las enaguas. En eso, obra del aire o del descuido, las tiras del rebozo se enredaron en una de las llantotas. Sintió primero un jalón de cabeza y en un santiamén se fue a tierra. En cuanto el agricultor se dio cuenta de que se quedó hablando solo, paró la máquina y se asomó para buscarla. Alcanzó a ver una bola de trapos enredados, pies y manos cual arañas. Sacó a la mujer del atascadero llena de moretones y raspaduras pero a Dios gracias con vida.









AR-08316-A.-

Reg. Núm. ______
Con ______ Anexos

ORIGINAL

RECIBO OFICIAL B Nº 4639399

Lagos, Jal., a 17 de Febrero de 1961. No. 4639399.

LIQUIDACION a cargo de EVA GONZALEZ VALENZUELA.-

Importe: $ 20.00.-VEINTE-PESOS.-

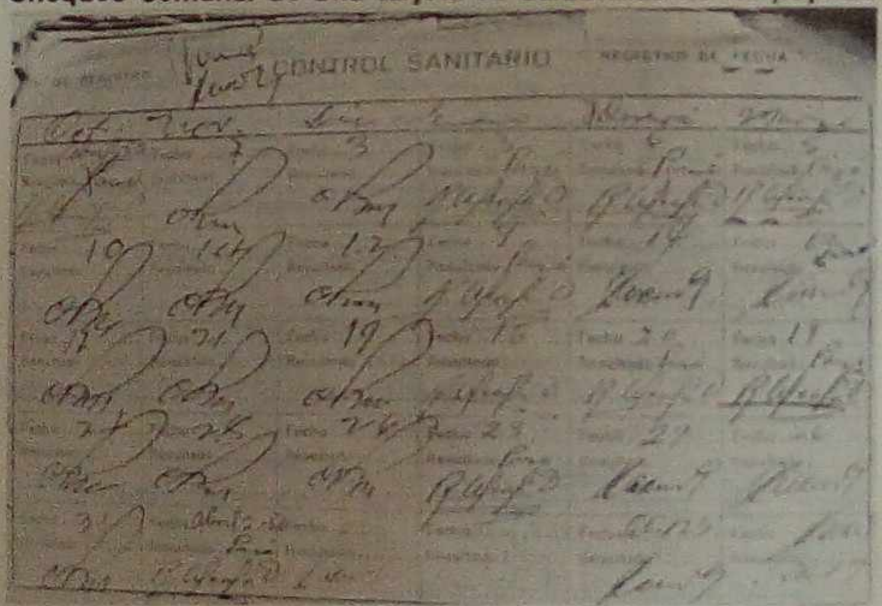
Concepto: XIV-6-A.- DERECHOS POR LA PRESTACION DE SERVICIOS PUBLICOS.- REGISTRO.- De Bebidas Alcohólicas.-

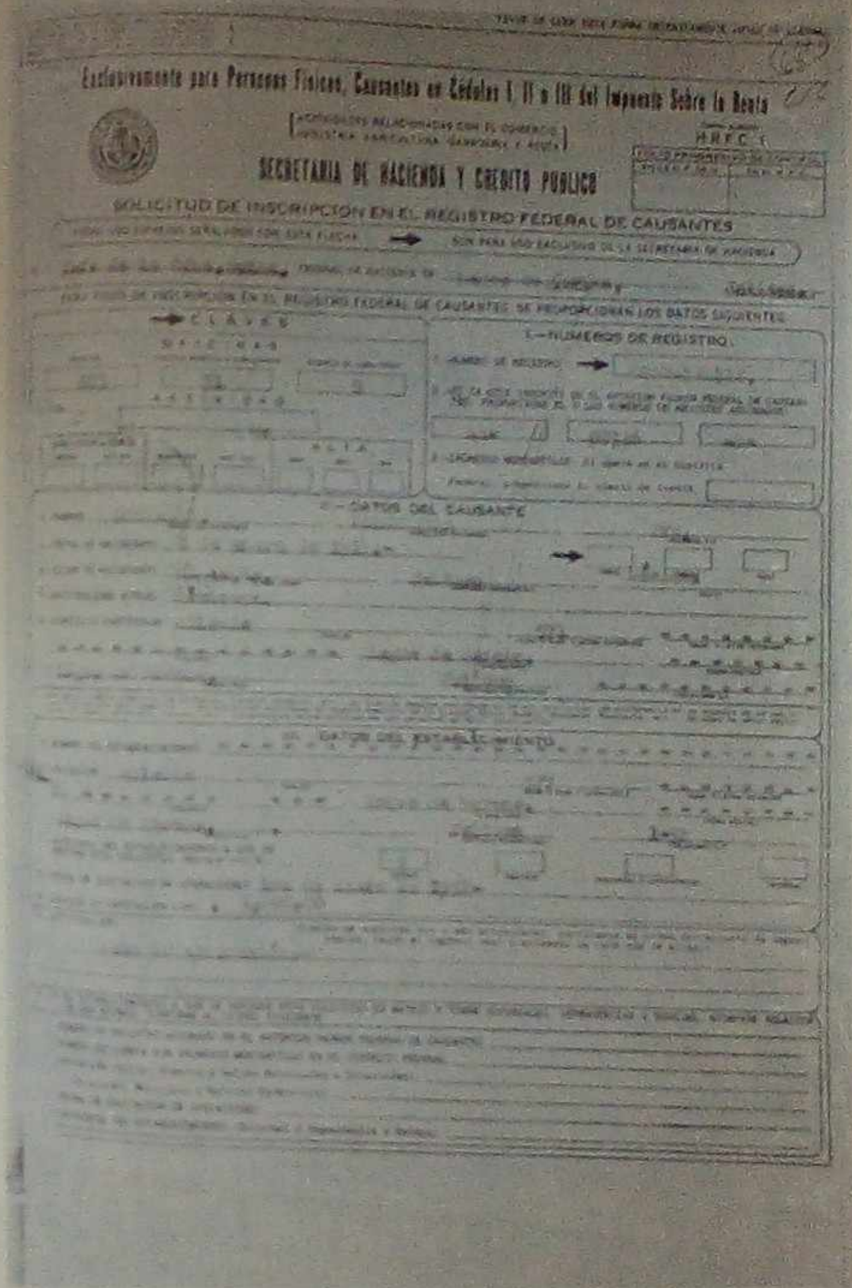
Los que cubre por su inscripción y la de su establecimiento en el registro Fiscal Federal de Bebidas Alcohólicas, ubicado en Allende # 47 de esta ciudad, denominado "Guadalajara de Noche", de acuerdo con el artículo 18 de la Ley Federal del Impuesto de Envasamiento de Bebidas Alcohólicas y en relación con la circular 309-18124 de 22 de Diciembre de 1960, publicada en el Diario Oficial del 31 del mismo mes y año.

El Oficial Ejecutivo. O.
J. Jesús Rodríguez Cruz.-
S-O-16822.

Recibo Oficial

Chequeo Semanal de una tarjeta de Salubridad de las pupilas.





Exclusivamente para Personas Físicas, Causantes en Cédulas I, II o III del Impuesto Sobre la Renta

SECRETARIA DE HACIENDA Y CREDITO PUBLICO

SOLICITUD DE INSCRIPCION EN EL REGISTRO FEDERAL DE CAUSANTES

1.—NUMEROS DE REGISTRO

2.—DATOS DEL CAUSANTE

3.—DATOS DEL ESTABLECIMIENTO

Elena Barajas regresó por su hijo José de Jesús cuando se enteró por la prensa la captura de las Poquianchis.

Las mujeres que se encontraban en la granja San angel cuando la policía las localizó. (Archivo de Excélsior).

LIACION

Nombre .....

Edad .....

Originaria de .....

Domicilio .....

Señas Particulares .....

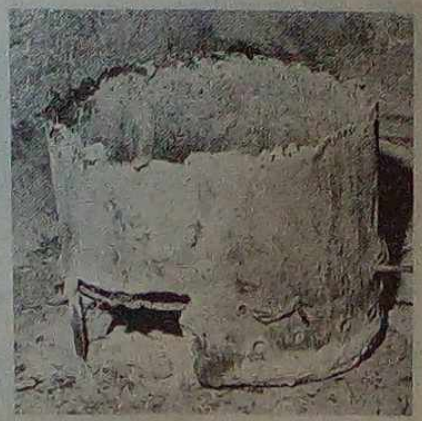
.....

Sn. Fco. del Rincón, Gto., ... de

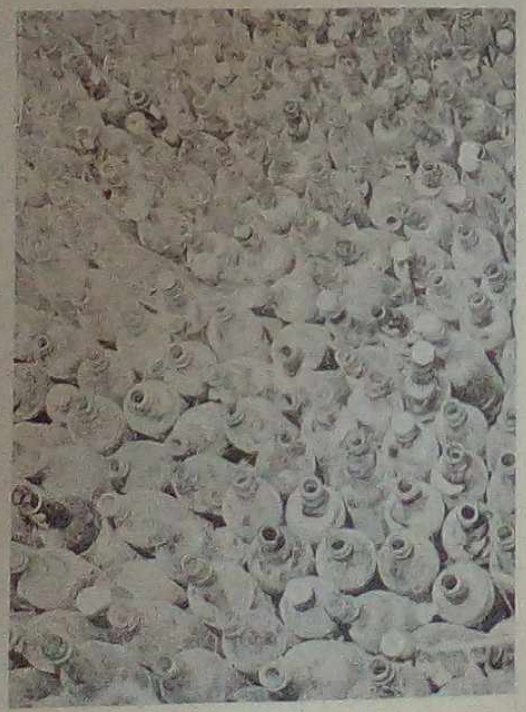
..... de 195....

El Médico Mpal.

Santa Ríos desapareció de manera extraña.



Hallazgos de huesos que no se sabe si son de animales o de restos humanos y un supuesto "horno crematorio" que bien parece un comal.



Alarma publicó que en Lagos de Moreno, Jalisco, se encontró esta fosa. Dijeron que dentro de cada botella estaba metido un feto. ¿Cómo le harían?

CONTRADICCIONES EN LAS PRUEBAS

Casi todas las declaraciones confirmaron que Ernestina fue la primera muerta en la granja durante los ocho días que permanecieron ahí. Inclusive la misma Adela confesó que mató a su hermana al cuarto día de ser trasladadas. La necropsia de Ernestina afirma que tenía *tres meses* de muerta en San Angel. Si en ese tiempo las mujeres estaban encerradas en San Pancho, ¿qué fantasma mataría a Ernestina en la granja?

En las páginas 220 y 221, se aprecian los nombres de Berta Molina (Flor) y de María Flores, certificadas por el Ministerio Público y aportadas como pruebas visuales de los cadáveres. Hasta un niño podría darse cuenta que las fotografías son idénticas y no de dos personas distintas. ¿Podríamos responsabilizar al Juzgado de matar a una por cuenta propia o de tener el poder de convertir a una muerta en dos?

Doce mujeres afirmaron que Graciela N. murió durante su estancia en San Pancho, unos cinco meses antes de trasladarse a la granja. Unas declararon inclusive que vieron quemarla con gasolina y otras que desapareció. La autopsia que mostramos de Graciela N. dice que murió de quemaduras de segundo y tercer grado y *también por desnutrición*, con fecha probable de seis días antes de la certificación médica. O sea, que debió haber muerto en la granja donde ellas estaban en ese tiempo, pero ¡oh!, resulta que fue encontrada en San Pancho. ¿Cómo puede una mujer morirse en épocas distintas y además, con testigos que no estando en el lugar donde falleció, la vieron con sus propios ojos?

La necropsia practicada a María Flores indica que murió de desnutrición avanzada sin presentar golpes, mientras las mujeres dijeron que la pobre murió toda golpeada. Flor presenta golpes producidos por una caída, pero la causa de muerte probada es de desnutrición avanzada, lo mismo que Graciela N. De la defunción de Ernestina se desconoce la causa, así como el origen de las piezas óseas encontradas. ¿Será lo mismo morirse de hambre o enfermedad que ser asesinadas como concluye el Ministerio Público?

Santa llega a parecerse al mismo personaje de la película mexicana, por lo novelizada que aparece en las diversas versiones. Dijeron que estaba paralítica de un brazo y una pierna debido a golpes y un mal parto. Unas dicen que la bajaron arrastrando de los pelos y aún viva, le echaron petróleo y basura e incinerada la botaron a la carretera. Otra dijo que Delfina le puso veneno en una coca cola que se bebió hasta el fondo. También que la llevaron a un hospital a curar y ya no regresó. No se llega a saber siquiera si murió unos meses o hasta tres años antes de la aprehensión. El médico legista dijo que con sus propios ojos la vio medio quemada, entonces ¿por qué no aparece el certificado médico correspondiente? Se presenta una fotografía de ella en la página 233, único acierto de su existencia.

Entre otras contradicciones que el lector encuentre, vale la pena cuestionarse cómo le harían las Poquianchis para secuestrar a cientos de mujeres durante 26 años en un lugar público donde entraban clientes, inspectores y diversas autoridades, además de que ellas salían al mandado y a Salubridad, siendo trasladadas

también de un burdel a otro. En las fotografías aquí presentadas del expediente, en que se les aprecia saliendo de la granja (al igual que las tomadas por *Alarma* unos días después), no se les ve tan desnutridas ni tampoco visiblemente golpeadas, ni mucho menos desnudas. Además, no parece ser humanamente posible que pudieran sobrevivir a quince días sin alimento y a ocho meses sin agua. Si se dice que en los burdeles están muy bien cotizadas las vírgenes, no se explica el motivo por el cual las Poquianchis decidieran designar a las encargadas y a los amigos o "socios" para violar a sus pupilas.

¿Por qué no hay siquiera dos declaraciones totalmente congruentes en datos y fechas entre tantos testigos? La supuesta verdad está plagada de mentiras.

ANALISIS DE LOS EXPEDIENTES

El proceso merece la pena de ser cuidadosamente revisado por un jurista. Es el licenciado Samuel Cruz Lara Coutiño, abogado penal, quien presenta sus conclusiones encaminadas a evidenciar los errores, omisiones e injustificada tardanza del fallo de amparo por parte de la Suprema Corte de Justicia de la Nación. He aquí su análisis:

La prostitución ha sido a través de los tiempos la oveja negra de la actividad humana. Perseguida implacablemente, la sociedad se ha desgarrado las vestiduras ante el escándalo del comercio carnal. Sin embargo, no solamente ha sido tolerada, sino también legalizada y hasta propiciada ante el arrollador éxito económico de su explotación. En México, cientos de muni-

que la ley concede, dando por probados hechos cuya realidad estaban muy lejos de conocer plenamente, como es el caso de piezas óseas encontradas, las que no pudo determinarse a quiénes pertenecían, las causas de la muerte y la existencia real de las personas a quienes se atribuyen los despojos mortales. No es creíble que en un lapso de tres años se hubiesen desintegrado los esqueletos de las cinco personas que, según los testigos, fueron encontrados en cierto lugar. La fe ministerial fue demasiado lejos y el juzgador debió exigir mayor minuciosidad en la demostración de la verdad histórica.

No es congruente dar por consumado el homicidio de cinco personas adultas y varios niños por la simple declaración o suposición de que fueron enterrados en un mismo sitio, donde lejos de encontrar un pequeño cementerio, hallaron restos óseos tan pequeños e indefinidos que los peritos médicos opinaron que "al parecer" pertenecían a niños y personas adultas. De esta vaga información surgen los cadáveres que se dice pertenecen a Irma, Socorro, Santa Ríos y Margarita, personajes a los que no se identifica ni se precisa su real existencia anterior.

En cuanto a los tres cadáveres descubiertos en la granja, se describe la exhumación y curiosamente en las fotografías se les identifica como dos personas distintas cuando en la misma foto puede observarse que se trata del mismo cuerpo, lo que es un evidente error de señalamiento que da entrada a un personaje que probablemente no tuvo papel alguno en la obra. De esta suerte, el juzgador llega a conclusiones erróneas sin que exista enlace lógico entre los cuerpos por razones de tiempo, lugar o identidad.

Por otra parte, no se determinó en forma indubitable que la muerte de las personas encontradas en la granja y en Allende 15, tuviera como origen una actividad delictiva de las tres hermanas acusadas, ya que los certificados médicos de legistas no son pruebas suficientes de homicidio calificado.

El secuestro

Cuando la privación de la libertad se realiza en determinada forma, prevista por la ley, adquiere el carácter de plagio o secuestro y su penalidad puede ser de las más altas, según la legislación local de que se trate. El delito consiste en el apoderamiento arbitrario de una persona, privándola de la libertad con el propósito de causarle un daño o perjuicio cualquiera. El bien que el legislador protege es la libertad de obrar o de moverse. En el caso que comentamos, no se acreditó el apoderamiento, ya que todas las mujeres involucradas inicialmente concurrieron por su propia voluntad en virtud de un engaño (servir mediante el pago de un sueldo) a trabajar en las casas de asignación.

Descubierto el engaño, es evidente que aceptaron su situación con los clientes, con el médico municipal que periódicamente les hacía exámenes médicos (teniendo que acudir a tomas fotostáticas, expedición y chequeo de tarjetas de salud), amén de muchas otras oportunidades de buscar su libertad o pedir auxilio, sometiéndose dócilmente al confinamiento. Faltó el testimonio de personas no involucradas en el caso para apoyar el dicho de estas pobres mujeres, que dada la uniformidad de sus declaraciones, se deduce que

firmaron lo que les pusieron enfrente. A mayor abundamiento: las actuaciones, más que firmas, consignan borrosas huellas digitales sin mayor requisito, las que indican la oficiosidad de los redactores y el triste analfabetismo de las declarantes. Unas con el ánimo de perjudicar a sus ex patronas y otras por el temor de verse involucradas en los crímenes, asumieron el papel de víctimas, como en el caso de Luz Ramos Aréchiga, que en cuanto conoció el caso por medio de la prensa, se presentó en busca de una indemnización y le dieron a cambio 26 años de prisión.

En realidad, de acuerdo con tipificaciones delictuosas tan imaginativas, más se adaptan los hechos a la descripción de la modalidad de privación de la libertad que hace el Código Penal de Guanajuato, cuando describe la prestación de trabajo o servicios personales sin la debida retribución.

Cabe aquí hacer notar que la declaración unánime de las mujeres secuestradas, en el sentido de que únicamente les daban de comer "cinco tortillas y cinco frijoles cocidos", privándolas de beber agua, se antoja fantasiosa y manipulada, pues la evidencia ministerial y fotográfica no indica el grado de desnutrición que se trata de establecer. De la simple observación de las muchas fotografías publicadas y de las que obran en el expediente, aunque no son precisamente de un grupo pletórico de salud, tampoco hacen suponer que salían de un campo de concentración.

Asociación delictuosa.

El delito de asociación delictuosa se tipifica por la existencia de la asociación de una o más personas

organizadas para delinquir. Se entiende que es una libre y voluntaria concurrencia para asociarse con fines ilícitos, y resulta en el presente caso que todos los componentes manifestaron que se vieron **forzados** *a laborar con las Poquianchis. No se preocuparon de probar en el proceso que ellas fueron* **las jefas** *de la asociación y, por último, no existió la finalidad de delinquir, pese a que se señaló en la sentencia que se probaba mediante la justificación de la existencia de elementos. No puede existir tal organización porque falta* **la voluntad de delinquir**, *a pesar de que el juzgador señala que la asociación tenía por objeto la explotación del comercio carnal. Cuando operaba la supuesta organización no estaba prohibido el lenocinio y se tenía la debida autorización dispuesta por el artículo 158 del Código Penal del Estado de Guanajuato.*

El error más increíble es el caso de Luisa o Eva González Valenzuela, porque nadie se refiere a ella como personaje con intervención en los delitos con su apodo o su nombre. En ninguna parte se le hacen imputaciones directas. Ella se presentó voluntariamente a declarar y manifestó que las visitaba ocasionalmente y sabía que regenteaban casas de asignación, pero en ningún momento admitió participación en las actividades de sus hermanas. **El parentesco por consanguinidad con el delincuente no es delito.**

Debe ser muy interesante el proceso mental que siguieron los juzgadores para evaluar las pruebas, proceso que los llevó a la convicción de la culpabilidad de Luisa, esto es:

a) Ninguna imputación directa de participación personal en la muerte de cualquiera de las mujeres señaladas como víctimas,

b) ninguna testimonial,

c) ninguna prueba material o personal,

d) no se probaron los elementos típicos del delito.

La comisión de un delito sin pruebas es como si jamás se hubiera cometido. *(Julio Acero, jurista).*

El fallo del amparo

En 1968, las tres hermanas González Valenzuela interpusieron un amparo en contra de los acuerdos de la Segunda Sala como Ordenadora y del director de la Penitenciaría como Ejecutor, por violaciones a las garantías individuales.

En doce años, el Supremo Tribunal de la Nación no ha resuelto el amparo solicitado. Se impone la siguiente reflexión: ¿Qué pasaría si la Corte concediera el amparo a su favor? ¿Cómo se resarciría a las inculpadas por los años pasados injustamente en prisión?

Delfina ya murió, Luisa ha perdido sus facultades mentales y María de Jesús languidece presa en Celaya. ¿Cúal será la razón o justificación del Supremo Tribunal para no resolver (ya sea en pro o en contra) en un plazo tan largo?

Hoy el circo está desierto. El drama se ha esfumado. Sólo queda un voluminoso y empolvado expediente. Entre bambalinas, desfilan las sombras de las Poquianchis. Todos los actores cumplieron con su parte, menos la Justicia.

17

que chingue su madre la muerte mientras la vida me dure

Mejor me hubieran dado un balazo como a Rosita Alvirez, en el mero corazón, no que así me voy muriendo cachito por cachito. (Foto: Miquel Angel Romero)

celda, gracias a que vendieron un terrenito de mi papá y me dieron parte. Tengo fe y le pongo una veladora a San Antonio aunque gaste ocho pesos y no tenga ni de donde. Rezo para que me ayude a esclarecer todo: el fallo del amparo que espero hace doce largos años, que me devuelvan mis propiedades que voy a pelear con un licenciado y que Antonio, que cumple en dos años su condena, no me deje al salir libre. El amor será lo último que defienda.

Si yo saliera de aquí, . . . sueños que tiene uno, no me acercaría a una puta ni a mil metros de distancia. ¡Válgame, después de irme como me fue!

Viajaría lejos, a donde nadie me conociera, a poner inyecciones o un puestito de tacos, aunque fuera, junto con Antonio, por supuesto. Que nadie me diga despectivamente "Poquianchis".

Duele.

Aquí me hacen preguntas como: "Y tú, ¿por qué mataste niños?" ¿Te consta? ¿Te consta? les replico. Qué feo se sienten las pedradas.

Me he enredado tanto porque lo que antes creía que era bueno, resulta que es malo, y lo que pensaba malo, es bueno. Si yo actuaba al lado de las autoridades, me creía muy salsa, del lado justo. Pero no. Triste es saber que hay un rey en esta tierra: el dinero. Sólo me queda pedir piedad al Tribunal, comprensión a los lectores y perdón a Dios, que espero verle un día la cara.

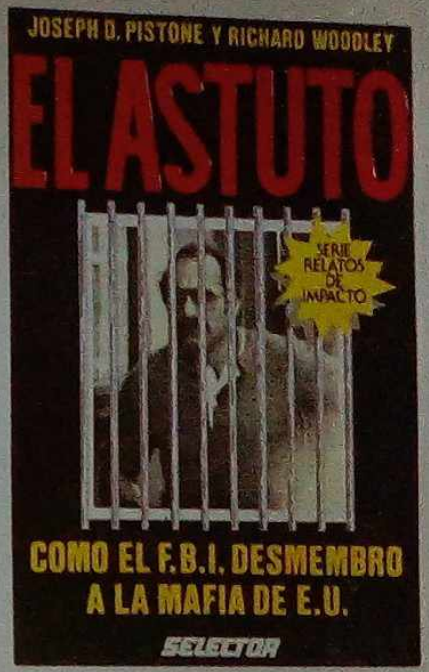
Metí las patas, sí, pero antes de que la muerte me sorprenda, seguiré de pie luchando hasta el final.

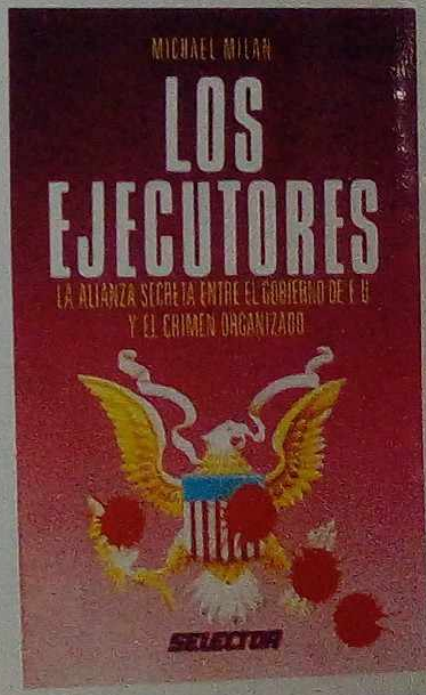
Pos qué caray, cabrona fui, pero cobarde, nunca.

Elisa Robledo, ganadora de dos premios en el Certamen Nacional de Periodismo, es autora con Irma Serrano de *A calzón amarrado* y *Sin pelos en la lengua*, libros que batieron récords de ventas. En *Por Dios que así fue*, resultado de una investigación exhaustiva, Elisa Robledo consigue rescatar el lenguaje íntimo, fresco y arrabalero de la Poquianchis y recrear ese mundo tenebroso donde la lujuria hace juego en todo momento con la muerte.

Esta edición de 1,000 ejemplares se imprimió en abril de 1993, en Avelar Editores, S.A., Bismarck 18, 03510 México, D.F.

DE LA MISMA SERIE.





Las Poquianchis aborda uno de los casos criminales más escabrosos y controvertidos en la historia policial mexicana.

Tres hermanas, llamadas "Las Poquianchis", son acusadas de torturas, trata de blancas y aberraciones sexuales. Las investigaciones revelan cientos de muertes de mujeres y fetos humanos. La noticia salta a las planas de la prensa internacional.

El famoso juicio contra las "tres hermanas diabólicas" las hunde sin demostrar su culpabilidad, y el odio popular termina aplastando a dos de ellas. Sólo una sobrevive para contar, con intenso dramatismo, la historia verdadera.

SELECTOR
actualidad editorial
MIER Y PESADO 128 MEXICO, D.F. 03100
TELS: 682-57-17/543-70-16 FAX: 682-06-40

ISBN: 968-403-431-8